

JAZMÍNTM

 HARLEQUINTM



LIZ FIELDING

UNIÓN IMPOSIBLE

Portadilla

Jazmin

LIZ FIELDING
UNIÓN IMPOSIBLE



Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2004 Liz Fielding
Unión imposible, n.º 1939 - 01.10.26
Título original: Her wish-list bridegroom
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).

HarperCollins Ibérica S.A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9791370176662

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Prólogo

Juliet, ya es la hora.

Juliet Howard levantó la vista de los documentos que estaba revisando y le dedicó una sonrisa al hombre que la miraba desde el umbral. Paul Graham llevaba el uniforme clásico de un ejecutivo: traje oscuro, camisa blanca y una discreta corbata de rayas, pero en él todo parecía excepcional. Tenía los rasgos ardientes de un actor o de un modelo y Juliet pensaba que en todas las oficinas debía haber algún hombre así.

Por suerte, aquel hombre era suyo, o al menos lo sería a finales de mes, cuando él acabara su periodo de traslado del banco y la norma que Juliet se había impuesto a sí misma, nada de relaciones con compañeros de trabajo, dejara de tener validez. Paul lo había respetado con tan sólo algunas muestras de impaciencia que, por otro lado, resultaban muy halagadoras.

—Te he dicho que no hagas eso en la oficina —le susurró, aun consciente de que su advertencia sería en vano, cuando él se inclinó sobre el escritorio para besarla.

—Te juro que no volveré a hacerlo —dijo él con seriedad.

No era la respuesta que ella hubiera imaginado, pero lo dejó correr.

—Espero que así sea.

Él alargó la mano y le pasó el pulgar por los labios.

—Te he estropeado el maquillaje al besarte. Será mejor que vayas al tocador a arreglarlo antes de venir a la sala de juntas. Nuestro nuevo presidente no aprobará que no estés perfecta.

Su nuevo presidente no ocultaba el hecho de que creía que el sitio de las mujeres estaba en casa, criando hijos y ocupándose de un

trabajo demasiado aburrido para los hombres. No le gustaba ella y no hacía nada por ocultarlo, pero por suerte Juliet era muy buena en su trabajo y no tenía excusa para deshacerse de ella. Cuando Juliet presentara su plan para optimizar el transporte en la empresa, tendría que asumir que la vería mucho más a menudo.

—Que mi maquillaje esté perfecto o no será el menor de los problemas de ese pobre diablo a partir de la semana que viene, pero tienes razón, será mejor no darle más preocupaciones.

Juliet sonreía. En realidad, sonreía muy a menudo durante las últimas semanas. Había llegado a Markham & Ridley aferrándose a su licenciatura en Administración de Empresas, hacía siete años, con una sola ambición: un puesto en la junta directiva de una de las empresas más conservadoras, controlada por hombres, del país.

La empresa se dedicaba a la extracción de piedra, áridos y sus derivados, y durante años se había contentado con antiguas licencias de explotación que le daban un monopolio virtual en ciertos lugares.

Ella había investigado sobre la compañía antes de pasar a formar parte de ella y se había dado diez años para lograr su objetivo.

Hacía tres meses, John Ridley le había pedido que elaborara un informe sobre recorte de gastos y mejora de los niveles de productividad. Se trataba, evidentemente, del paso previo a la oferta de dirección. El lunes era cuando ella entregaría su informe.

Estaba a punto de conseguir todo aquello con lo que había soñado; el puesto de dirección probaría que era igual a cualquier hombre de la empresa, pero tener a Paul, el hombre más atento y encantador del mundo, probaba que también era muy mujer.

Tenía todo el derecho del mundo a sonreír, pero aquél no era el día más apropiado para llegar tarde.

—Iré a empolvarme la nariz. Pídeme una copa de champán.

Se arregló el conservador peinado, a juego con la empresa, y se pintó los labios. Después se colocó la chaqueta y volvió a sonreír ante el espejo. Había sido una larga etapa de duro trabajo, pero al final tendría su recompensa.

La sala de juntas ya estaba llena de gente cuando ella llegó y no pudo ver a Paul. Tomó una copa de champán de la bandeja antes de

hacerse hueco entra la gente. Parecía haber sido la última en llegar y haber pasado más tiempo soñando despierta de lo que creía.

Cuando el director general alzó su copa para ofrecer el brindis al presidente, ella dejó de lado sus pensamientos. Tomó un sorbo de champán y esperó el inevitable discurso.

Fue más corto de lo esperado, pero no lo suficiente.

–Estoy realmente complacido por haber sido honrado de este modo, pero además, voy a tener el placer de darles la noticia que había deseado desde que me convertí en su padrino, hace treinta años –extendió el brazo para colocarlo sobre el hombro del hombre que tenía a su lado.

Juliet se puso de puntillas para poder ver quién era.

Paul.

Se produjo un silencio de expectación y dos o tres personas se giraron para mirarla.

¿Paul era el ahijado de Markham? ¿Por qué no se lo había dicho?

–Todos conocéis a Paul Graham –continuó él–. Se unió a la compañía hace un par de meses y ha aprovechado bien su tiempo. A continuación va a explicarnos cómo podemos hacer mejor las cosas. Se incorporará a la junta con efecto inmediato y asumirá la responsabilidad de poner en marcha su plan para optimizar la organización y recortar en gastos de transporte. Dentro de un año Markham & Ridley será una empresa en plena forma, un verdadero galgo competitivo ante sus oponentes.

La pausa que siguió al anuncio fue demasiado larga, y esa vez nadie la miró. Pero ella no se daba cuenta de nada: sólo tenía ojos para Paul.

¿Su plan? ¿Un galgo? Esa comparación era una copia directa de su propio informe.

¿Qué demonios estaba pasando? ¿Qué estaba haciendo Paul en el lugar donde tenía que haber estado ella? ¿Por qué no la miraba? Aquello era una broma... tenía que serlo.

–Os invito a que levantéis vuestras copas y os unáis a mí en el brindis: por Paul y por un futuro brillante para todos nosotros.

No era una broma. Paul era el ahijado de Markham. Mientras levantaba su copa, él la miró con altanería. La sonrisa de

superioridad lo decía todo.

Cuando dio un paso al frente, pareció abrirse un camino ante ella entre la multitud y, por primera vez en su vida, Juliet Howard, la chica más cuidadosa del mundo, la que había planeado su vida de arriba abajo, actuó sin pensar en las consecuencias.

En su mente no había sitio para pensar: estaba demasiado ocupada revisando cada momento pasado con Paul, recordando cómo la había alabado, cómo la había hecho sentirse segura sin presionarla. Siempre había estado a su lado desde el día en que ella accedió a su petición de convertirse en su sombra.

Siempre, hasta hacía unos minutos, cuando le había dado aquel último beso de Judas.

Sólo había una palabra para describirlo, y fue la que ella pronunció antes de lanzarle el champán a la cara.

Capítulo 1

Arriba, Jools!

Aunque Juliet Howard había oído la voz de su madre, no se movió. Empaquetar sus cosas, o más bien mirar a su madre hacerlo, y el camino hasta casa, en Melchester, en el asiento del acompañante, había acabado con sus últimas fuerzas. Le resultaba imposible levantarse de la cama, y era así desde hacía semanas. Incluso le costaba abrir los ojos.

Las cortinas se abrieron y dejaron entrar la luz a raudales, que le hizo enterrar la cara en la almohada mientras intentaba ignorar el ruido que hacía su madre al sacar algo de ropa del armario para ella.

—He hecho la lista de la compra. No he tenido tiempo de comprar este fin de semana, y si a ti no te importa comer, a mí sí. Muévete y te dejaré en el pueblo de camino al trabajo. Puedes apuntarte a la agencia de trabajo que está cerca de la parada del autobús cuando hayas recogido mi libro de la librería de Prior's Lane. Dile a Maggie Crawford que la veré en el bingo esta noche.

Su vitalidad resultaba agotadora.

—Tú también deberías venir —añadió la mujer.

—¿Al bingo?

—¡Aleluya! ¡Puede hablar!

Oh, genial. Juliet se dio la vuelta en la cama. Su madre no decía en serio lo del bingo, sólo quería hacerla reaccionar.

—Mamá, no tienes que hacer esto.

—Intenta convencerme. Levántate y date una ducha mientras preparo el café.

—Llegarás tarde al trabajo.

—No, si te das prisa.

—No...

Pero su madre, que no había llegado tarde al trabajo ni una vez en toda su vida, no se entretuvo en discusiones. Nunca lo hacía, no tenía tiempo. Nunca había permitido que el hecho de ser madre soltera la hiciera parecer poco fiable ante un empresario. Nunca se había compadecido de sí misma, al menos si había alguien delante que pudiera verla, pero, ¿cuántas lágrimas habría derramado en soledad por las noches?

Asqueada de sí misma, Juliet se dio la vuelta y permitió que la gravedad condujera sus pies hasta el suelo. Era la misma técnica que había usado de pequeña, cuando ir al colegio le había parecido un purgatorio.

El sol radiante era una afronta a su desgracia y el olor a café le hacía sentir náuseas, pero su madre le había entregado toda su vida, le había dado todo lo que tenía para que tuviera la oportunidad de conseguir algo mejor.

Incluso en aquel momento estaba recogiendo los mil pedacitos en que se había roto Juliet. Había sacado tiempo de donde no lo tenía para ir a Londres y poner el piso de Juliet en manos de una agencia inmobiliaria que lo alquilaría para pagar la hipoteca. De ese modo podría tener dónde volver, pero mientras la llevó a la habitación de su infancia.

En su adolescencia había sido lo suficientemente fuerte como para levantarse cada día y enfrentarse a sus desgracias, pidiendo que los matones del colegio no se fijaran en ella.

En aquella ocasión no fue precisamente la fuerza, sino el sentimiento de culpa, lo que en realidad la empujó hasta la ducha, la ayudó a vestirse y a caminar hasta el coche.

Aunque lucía el sol, aún era marzo y era un día ventoso.

Su madre la dejó en la acera.

—No te olvides de mi libro y compra un ramo de narcisos en el mercado.

Primero fue a la agencia de trabajo. Rellenó el impreso que le dieron y se sentó mientras la mujer del mostrador echaba un vistazo a sus notas universitarias y al progresivo avance de su currículum en la única empresa en la que había trabajado desde la universidad.

–No ha respondido a la pregunta de por qué dejó su último empleo.

–No –ésa era una pregunta complicada–. Lo siento –tomó la hoja, escribió «síndrome de Bridget Jones» y se la pasó.

–¿Se lió con su jefe?

–No. Yo era el jefe, pero ya sabe cómo son los hombres, siempre quieren quedar por encima –no era estrictamente cierto, pero solucionó la respuesta complicada.

Y estaba segura de que Paul se habría sacrificado, si ella no hubiera tenido tantos reparos y miramientos por su carrera...

–Oh, de acuerdo –la miró comprensivamente–. Está excesivamente cualificada para nosotros, para ser sincera. Lo que necesita es acudir a una agencia en Londres.

–Sólo quiero algo temporal hasta que valore mis opciones –era lo que le habían dicho en la última agencia de contratación de ejecutivos que había visitado. No habían necesitado preguntarle si había tenido una crisis; con sólo mirarla habían sacado sus propias conclusiones.

–¿Quién te convenció para que comprases este basurero, Mac?

Gregor McLeod echó un vistazo a su última adquisición con satisfacción. En su día había sido un almacén boyante, pero ahora era poco más que un solar lleno de trastos y una desastrosa oficina. Pero aquellos sitios pequeños no podían competir con las grandes superficies de bricolaje que habían surgido en los polígonos empresariales, en las afueras de la ciudad, y él llevaba mucho tiempo queriendo comprarlo.

–Ha sido por puro sentimentalismo, Neil. Yo trabajé aquí. No estuve mucho tiempo, pero fue una gran experiencia.

Su empleado lo miró.

–No lo sabía.

–Sí, mientras tú estabas en la universidad, yo estaba aquí, sudando para Marty Duke.

–No son recuerdos muy agradables, ¿no?

–No todo fue malo. Había una chica en la oficina: pelo largo y brillante, piernas indescritibles, voz cálida y aterciopelada como el chocolate suizo y una sonrisa que convertía el venir a trabajar en toda una experiencia.

Neil sacudió la cabeza.

–¿Qué te pasa con las niñas bien, Mac? Ya tenías que haber escarmentado.

–Bueno, en su caso no era yo solo. Ella no era capaz de hacer nada bien a la primera, pero Duke le pagaba un buen sueldo porque los clientes hacían cola para babear mientras ella anotaba sus pedidos.

–¿Porqué me imagino un final terrible para esta historia?

–Porque me conoces. Cuando vi que Duke ponía sus manos donde un jefe no debía ponerlas, no dudé en señalarle que el acoso sexual en el trabajo era algo fuera de lugar. Le pegué un puñetazo y él me despidió cuando aún no había conseguido levantarse.

–Espero que la diosa de voz cálida te lo agradeciese como debía.

–Pues no demasiado. Estaba muy ocupada jugando a las enfermeras con el jefe. Y debió de hacerlo realmente bien, porque él le ofreció un puesto a tiempo completo.

–¿Como secretaria?

–No, como su esposa. Está claro que me equivoqué. Tal vez estuviera dispuesta a tontear detrás del armario del material, pero sus ambiciones iban más allá de estar con un trabajador de diecinueve años sin futuro.

Neil sonrió mientras miraba el desastroso solar.

–Está claro que se equivocó.

–¿Eso crees? Yo no tenía nada que ofrecerle y ella, por otro lado, me hizo un gran favor. Me enseñó que las mujeres, entre los músculos y el dinero, siempre se quedan con el dinero. Y además me enseñó que no estoy hecho para trabajar para nadie.

–Así que por eso compraste un solar que no necesitabas y salvaste a Duke de la ruina... ¿Por gratitud con su mujer? ¿Porque le debes tu fortuna?

–Yo le debo mi fortuna a mi visión para los negocios y a una gran dosis de suerte. Compré el solar por varias razones, pero la mejor de

todas, he de admitir, es la de oír a Duke llamarme «señor McLeod».

–¿Y su mujer? ¿Estaba allí?

–Sigue siendo su secretaria, aunque sea difícil de creer.

–Ya te dije que no había sido un movimiento muy inteligente. ¿Te dijo algo?

–No, hasta que me acompañó a la puerta –hizo una mueca–. Después dijo: «Llámame...»

Juliet salió de la agencia de trabajo con la promesa de que la llamarían si tenían algo apropiado para ella. Había hecho todo lo que había podido, al menos todo lo que podía en aquel momento. Una cosa menos, pensó mientras se dirigía a las tiendas. Cuando antes acabara con las compras, antes iría a casa.

Tomó la cesta de su madre sin mirar el cuadernito en el que estaba anotada la lista de la compra. Su madre anotaba todo lo que tenía que hacer y se sentía mejor cuando iba tachando cosas, y le había inculcado ese hábito. Aquello le demostraría que lograba cosas, incluso algo tan sencillo como recordar comprar el pan.

Al tomar el cuaderno en las manos se dio cuenta de que había sido uno de sus regalos de Navidad. Recordaba sus tapas negras y brillantes y las anillas rojas. Hasta entonces todos sus cuadernos habían tenido dibujitos infantiles y aquél le pareció un cuaderno de persona mayor, así que le había puesto una etiqueta: «Juliet Howard. Plan de vida».

La etiqueta apenas se podía leer ya y el brillo de las tapas había desaparecido por haber estado escondido en el fondo de la mochila, a salvo de los matones del colegio.

Tragó saliva al recordar lo solitaria que había sido su niñez y decidió entrar a una cafetería y pedir un café que no le apetecía sólo para estar un momento tranquila con sus pensamientos.

Recordaba los grandes planes que había hecho en su niñez: ir a una buena universidad, sacar matrículas de honor y llegar a tener tanto éxito en la vida como la mujer que había abierto su propia cadena de tiendas de aromaterapia en la ciudad.

Algunas cosas no cambiaban nunca.

Siguió pasando las cosas del cuaderno mientras el café se le enfriaba. Leyó que sus primeras metas habían sido tener sobresaliente en matemáticas, entregar los trabajos a tiempo y ordenar la habitación. Después venían los sueños: tener el pelo corto para ponérselo de punta con gomina, como las chicas populares del colegio, unas deportivas imposiblemente caras y unas vacaciones en Disney World en París. Todos sus compañeros de clase habían ido y no quería parecer una pobretona a ojos de los demás.

Como muchos otros sueños, aquel tampoco había sido tachado.

Y no había nada que le impidiese agarrar las maletas y volar a París, pero sería muy patético ir a Disney World sin sus hijos. Vio que había planeado tener cuatro, como reflejo de su infancia de hija única, y que incluso había indicado el padre.

Aquél era el último elemento de la lista, justo antes de abandonar el cuaderno. Ése era el problema de hacerse un plan de vida: éste tenía una progresión ascendente, mientras que la vida era como el juego de la escalera: lleno de subidas y bajadas.

Volvió la página. La lista de la compra no estaba escrita en el cuaderno, sino en una hoja adhesiva amarilla. Su madre le había dejado aquel cuaderno para recordarle sutilmente que la vida no había llegado al final simplemente porque el objetivo que se había marcado al principio había pasado de estar a su alcance a ser imposible.

Era cuestión de empezar una lista nueva, escribir un nuevo plan a cinco años. Y los sueños imposibles...

–Poco a poco, mamá –murmuró para sí, dejando el libro en el fondo de la cesta.

No había nada en la lista de la compra que no pudiera esperar, ni siquiera el libro o los narcisos. Estaba segura de que su madre se los había pedido por su alegre color amarillo.

Se arriesgó a comprar narcisos blancos y después se dirigió a la librería. Cuanto antes acabase, antes podría irse a casa. ¿Y después qué? ¿Mirar a las cuatro paredes y compadecerse de sí misma? ¿Se había comportado su madre alguna vez de un modo tan lamentable?

¿Por qué se estaba portando tan bien con ella? ¿Por qué no le decía que lo superase de una vez?

Echó un vistazo al cuaderno en el fondo de la cesta y se dio cuenta de que lo estaba haciendo, o al menos sugiriéndole que era hora de escribir una nueva lista. El primer punto sería fácil: dejar de compadecerse de sí misma. Pero las cosas no eran tan fáciles. Tenían que ser cosas reales que poder tachar, como encontrar un trabajo. Así estaría demasiado ocupada como para lamentarse.

Lamentablemente, nadie en su sano juicio daría trabajo a una ejecutiva que arruinó el gran día del presidente de su compañía tras bañarlos a él y a su protegido en champán.

Aunque hacer una lista mental de las cosas terribles que quería hacerle a Lord Markham y a su maldito ahijado tuvo un cierto efecto catártico, eran cosas del todo imposibles de tachar.

Lo bueno consistía en tachar cosas de la lista para sentirse mejor, pero eso parecía imposible a corto plazo.

Se detuvo y miró a su alrededor para ver dónde estaba. Prior's Lane estaba en el centro medieval de la ciudad, no muy lejos de la catedral y del río, infinitamente alejado del área comercial abierta al tráfico llena de cadenas de tiendas iguales a las de otras muchas ciudades.

En aquella zona las tiendas, mucho más pequeñas, parecían anticuadas y estaba claro que necesitaban una capa de pintura. Se enfadó al pensar que en otras ciudades, barrios como aquél estaban llenos de turistas que contribuían de manera notable a conservar la zona y a mejorar su bienestar.

No todo eran malas noticias. Tal vez fue el ejercicio al que no estaba acostumbrada lo que le provocó una punzada de hambre, o el olor a pan recién hecho. Decidió que después de comprar el pan pasaría por una tienda italiana a comprar unas aceitunas negras y queso cremoso, que a su madre le encantaban, para recompensarla por su esfuerzo.

En la zona de Londres donde vivía antes de arrojar su vida y su carrera por la borda del mismo modo que arrojó el champán a Paul, una tienda como aquélla habría estado llena de fanáticos de la pasta fresca y el aceite de oliva, pero allí todo era diferente.

La campanilla tintineó cuando abrió la puerta de la librería. Estaba tal y como la recordaba, sin concesiones a la modernidad. Encontró sin dificultades el libro de misterio que su madre le había pedido, y eligió otro para ella. Después, como nadie venía a cobrarla, llamó en voz alta:

–¿Hola?

No hubo respuesta, así que decidió dirigirse a la parte trasera de la tienda, donde descubrió con asombro varios sofás y sillones entre estanterías de libros usados.

–¿Señora Crawford? ¿Hay alguien...?

Entonces vio a Maggie Crawford en el suelo. A su lado, la silla volcada, narraba la historia de lo ocurrido. Por un instante Juliet, pálida, pensó que estaba muerta y su primer impulso fue el de salir corriendo y dejar que otra persona la encontrara. Después se impusieron un «No puedo» y un «¿Por qué yo?» y, dejando caer todo lo que tenía en las manos, corrió hacia la mujer.

–¿Señora Crawford? ¿Puede oírme?

Ella abrió los ojos y pareció ligeramente sorprendida.

–Oh, hola, cariño. ¿Eres Juliet, verdad? Tu madre me dijo que vendrías –su voz era débil, pero estaba lúcida–. ¿Qué estoy haciendo en el suelo? –dijo después.

–¡No! –dijo Juliet, impidiendo que se levantara cuando intentó incorporarse–. Quédese aquí. Se ha caído.

Sacó el teléfono móvil del bolsillo del abrigo antes de quitarse éste último para echárselo a la mujer por encima.

–Se trata de la señora Crawford. La librería de Prior's Lane.

–Oh, qué molestias te estoy causando.

–No digas tonterías, Maggie –dijo cuando colgó el teléfono. Se arrodilló a su lado y le tomó las manos entre las suyas – Enseguida vendrán a ayudarnos. ¿Cuánto tiempo has estado en el suelo?

–No lo sé. Sólo quería poner un trozo de cartón en la ventana – dijo ella–. Para que no entrara el aire. Cuando me levanté, me sentí mareada y...

–Shhh.

–No, no lo entiendes. No puedo dejarlo así.

Juliet levantó la vista y vio un cristal de la ventana roto. Daba la impresión de ser producto de un intento de robo, pero la oficina parecía intacta.

Al ver una estufa eléctrica, fue a encenderla para contrarrestar el frío que entraba por la ventana y le dijo a la mujer:

–No te preocupes, me ocuparé de ello lo mejor que pueda tan pronto como...

En ese momento oyó que se abría la puerta.

–¿Hola? ¿Ha llamado alguien pidiendo ayuda?

–¡Por aquí! –se sintió aliviada al poder dejarlo todo en manos del personal sanitario. Los primeros auxilios nunca habían sido uno de sus puntos fuertes.

La ventana, por otro lado, sí era algo que ella pudiera arreglar. Había una ferretería cerca de allí con un letrero que decía que era una tienda «de las de toda la vida». Desde luego, parecía un museo, y decidió probar si también daban un servicio como el de «toda la vida».

–Necesitarán unos minutos antes de poder moverla, ¿verdad? –preguntó a los médicos–. Quiero que alguien venga a arreglar la ventana.

–Tal vez pueda hacerlo cuando nos hayamos marchado, señorita. Necesitamos unos datos, si no le importa.

–Pero... –estaba claro que alguien tendría que quedarse hasta que arreglaran la ventana, y no había nadie más que ella–. Claro.

Les dio su nombre y respondió a todas las preguntas que le hicieron.

La campanilla de la puerta volvió a sonar. Al ver que no se movía, la persona que le hacía las preguntas le dijo:

–Creo que eso es todo. Puede ir a atender a su cliente.

Estuvo a punto de aclararle que ella era la cliente, pero no dijo nada. Alguien tenía que salir y decir que la tienda estaba cerrada temporalmente y poner el letrero de «Cerrado».

–Lo siento –dijo ella acercándose a una mujer que esperaba junto al mostrador y buscaba algo en su bolso–. Ahora mismo no hay nadie que pueda atenderla.

–No necesito que me atiendan. Sólo he venido a buscar un libro que encargué y dejé pagado –dijo, mostrando el recibo. Después, cuando vio que Juliet estaba perdida, añadió–: Maggie suele guardar los pedidos bajo el mostrador.

–Oh, de acuerdo. ¿Es éste? –dijo, mostrando un grueso romance histórico. Había varias copias más del mismo libro bajo el mostrador–. Parece que es un libro muy popular.

–Es la lectura romántica que ha escogido el grupo de lectura para el mes que viene. Maggie siempre las pide para nosotros.

–Oh, ya veo –dijo, metiendo el libro en una bolsa y dándoselo a la clienta. Después anotó en un cuaderno junto al teléfono el libro que había entregado.

–¿Está bien Maggie? –dijo la mujer, que no parecía tener prisa.

No tenía sentido negar nada. La ambulancia estaba en la puerta de la tienda.

–Ha sufrido una caída.

–Qué pena –dijo, sacudiendo la cabeza–. Ya no es joven y estas cosas hacen que uno pierda la confianza en sí mismo. Si se ha roto algo supongo que será el final de la librería de Prior's Lane.

–¡Seguro que no!

–¿Quién va a encargarse de ella? Estas tiendas pequeñas no pueden competir. Es más barato comprar en los supermercados, aunque allí sólo tienen bestsellers y sería imposible encontrar libros como éste –dijo, señalando el libro que le había entregado Juliet.

–Imagino que no.

–Señorita Howard, vamos a llevarla al Hospital General de Melchester. Si llama dentro de un par de horas podremos darle alguna noticia sobre su estado –le dijo a Juliet uno de los médicos.

–Oh, pero... –lo dejó correr. Sus propias preocupaciones no importaban–. Maggie, ¿quieres que llame a alguien?

–¿Puedes ocuparte de la ventana? –preguntó, con la mente aparentemente fija en eso–. No paran de romperla.

Le costaba hablar y Juliet no la forzó más. Llamaría a alguien para que la arreglara y seguro que encontraba un número de contacto en la oficina.

–Me ocuparé de todo. Después cerraré e iré a verte al hospital.

–Pobre –dijo su clienta mientras metían a la anciana en la ambulancia–. Sólo tiene un hijo y está trabajando en Oriente Medio. Bueno, me marchó. Buena suerte.

–Pero...

Pensó que aquel día había puesto más «peros» que en los últimos siete años: su respuesta habitual solía ser: «No hay problema».

Enfadada consigo mismo por ser tan patética, puso el cartel de «Cerrado» y echó el pestillo.

Realmente no sería tan difícil encontrar un cristalero, alguien que se ocupara de la tienda y convencer a Maggie de que todo iría bien.

Eso era todo, un juego de niños para alguien con su experiencia y habilidad . Se sentó en una banqueta tras el mostrador. Ventana... Cristalero... La ferretería.

Primero tenía que encontrar las llaves de la tienda, no podía salir y dejarla abierta ni dejar que se cerrara si luego no iba a poder entrar.

Cuando por fin las encontró en un cajón del escritorio decidió llamar por teléfono en lugar de ir en persona, por si volvían los ladrones. También tendría que hacer algo con el contenido de la caja registradora: ponerlo a salvo. Tomó un bolígrafo, sacó su cuaderno de la cesta de la compra y empezó a hacer una lista.

–¿Qué vas a hacer con el solar?

Greg miró a las sucias ventanas de la oficina, preguntándose qué habría sido de los hombres que trabajaban allí.

–El acuerdo no sólo incluía la parcela con el solar y la oficina, sino la propiedad vitalicia de algunos edificios y propiedades en la parte vieja de la ciudad.

–Genial: rentas bajas y altos costes de mantenimiento –el teléfono empezó a sonar y, al ver que Greg iba a contestar, Neil dijo–: Déjalo, Duke ha cerrado definitivamente.

–Duke Yard –respondió Greg al teléfono.

–Y, además –continuó Neil con resignación para sí mismo–, es la hora de comer.

–Oh, menos mal. Me han dado su número en la ferretería, pero no estaban seguros de que siguieran... –dijo Juliet al otro lado de la

línea.

Greg concentró toda su atención en la voz que salía del teléfono, ignorando a Neil por completo. Algunos días eran más que buenos...

–¿Que siguiéramos qué?

–Que siguieran trabajando –como él ni confirmó ni desmintió, ella continuó–: Debían de estar equivocados. Qué suerte. Mire, es algo urgente. ¿Pueden echarme una mano?

–Pruébeme.

Se produjo una breve pausa.

–Bien. Necesito que me reparen una pequeña ventana rota. ¿Podrían venir hoy a hacerlo?

Algunos días eran perfectos, decidió él.

–¿A qué hora?

–Cuanto antes, mejor. Está en Prior's Lane, la librería.

–La conozco. ¿Cómo se llama usted?

–Howard.

–¿De verdad? Suena más bien como una Emma, o una Sophie o...

–Juliet Howard.

–O una Juliet.

–Mire, ¿pueden venir hoy?, porque si no pueden...

Parecía estar al límite de su paciencia.

–¿Me puede dar su número de teléfono, Juliet?

–¿Por qué lo necesita?

–Porque, por raro que le parezca, hay mucha gente que llama y nos manda hacer trabajos sólo por fastidiar. Yo le haré una llamada para comprobar que es usted y que está donde dice.

Ella decidió que no tenía opción, porque tras un minuto de silencio le dio su teléfono y él lo anotó con la promesa de estar allí en diez minutos.

–¿En serio? –preguntó ella, que parecía dividida entre el alivio y la incredulidad, con esta última a la cabeza.

Neil sacudió la cabeza con frenesí a la vez que señalaba su reloj: «¡hora de la comida!»

Greg sonrió y le susurró:

–Chocolate suizo –y después le dijo a ella–: ¿Hay algún problema?

–No, estaré aquí –replicó ella, aunque parecía estar pensando que esperaría sentada.

–¿Y bien? –gruñó Neil cuando Greg colgó el teléfono–. Aparte de tener una voz de chocolate suizo, seguro que lleva jersey, chaquetita azul a juego y pendientes de perlas.

–Si tienes razón, habré hecho la buena obra del día, si no... –dijo Greg, encogiéndose de hombros.

–¿Si me equivoco?

Su voz era rica y cálida, con un toque de vulnerabilidad. Irresistible.

–Ya me conoces, Neil. Creo que debo seguir jugando mientras la suerte esté de mi lado.

–¡Suerte! Primero nos colocas este solar caro e inservible y después te escapas de una comida de trabajo por jugar tus cartas con una desconocida con la voz bonita.

–Tranquilo... –replicó él–. Recuerda que soy yo el que ha pagado por este caro solar, no tú.

La respuesta de Neil fue corta y escatológica.

–Vale; digamos que esta zona va a ser incluida en el nuevo plan de desarrollo de la ciudad.

–Tú... Pero... ¿Duke no lo sabía?

–Desde luego, yo no se lo dije. Puesto que tú no vas a ir a comer a costa mía, puedes aprovechar este tiempo para averiguar qué pasó con sus empleados y si no tienen trabajo, entérate de qué podemos hacer por ellos.

–¡Oh, por Dios! –exclamó Juliet tirando sobre la mesa su teléfono móvil.

«Pruébeme»... Lo último que necesitaba era un tipo creído que se creyera la respuesta a las oraciones de todas las mujeres del mundo.

Ella tampoco podía permitirse enfadarse; Duke era la última opción de su lista, y aquel caballero andante había sido el único que podía hacer el trabajo aquella misma semana. Pero, a pesar de haberlo dicho, no le había devuelto la llamada.

Si por fin aparecía, esperaba que, si tenía hueco en su agenda. no fuera por ser tan inútil que nadie quería darle trabajo. Menos mal que el trabajo no era del todo complicado. Probablemente incluso pudiera hacerlo ella sola si supiera dónde comprar el cristal, si tuviera las herramientas...

Se dio cuenta de que sus manos temblaban. Había una minúscula cocinita al lado de la oficina, y en ella una cafetera. Empezó a llenarla de agua y después buscó el café.

Estaba sirviéndose una taza cuando oyó una serie de golpes sobre la puerta que ignoraban por completo el letrero de «Cerrado». Tal vez en la librería hiciera frío, tuviera poca luz y le faltase organización, pero no faltaba gente con ganas de entrar en ella.

En aquel momento se dio cuenta de que podía ser el cristalero, por extraño que pareciese, que venía a arreglar la ventana, así que fue a comprobar quién era.

Por precaución, preguntó:

–¿Quién es?

–Caballeros Andantes, Sociedad Limitada. Especializados en damiselas en apuros.

Genial. No sólo se creía irresistible, sino también gracioso. Pensó que por lo menos no había respondido con el habitual «Romeo», y al abrir la puerta se encontró con un hombre de un metro noventa de alto, de musculosa masculinidad y vestido con una chaqueta de cuero y unos vaqueros que parecían haber sido moldeados sobre su cuerpo. Llevaba el pelo negro demasiado largo, y tenía una sonrisa experta y unos ojos terriblemente azules. El efecto era agresivamente masculino. Arrogante. Y la moto a sus espaldas completaba la foto.

Gregor McLeod, pensó ella, no había cambiado ni un poquito.

Capítulo 2

Juliet se quedó helada, con la mente en blanco. Lo único que podía pensar, desear y pedir era que no la reconociera.

—¿He venido al sitio correcto? —preguntó él, rompiendo un largo silencio. ¿Cómo no había reconocido su voz? Suave, grave y demasiado sexy para ser decente—. ¿Llamó para que le arreglasen un cristal?

Todo iba bien. No había mostrado el más leve signo de haberla reconocido.

Juliet no creía que él hubiera sabido nunca cómo se llamaba, por eso la llamaba «princesa», y el resto de compañeros se burlaban de ella sin piedad, aunque nunca en su presencia.

En aquella época ella era una niña flacucha de trece años, vestida con ropa de segunda mano, gafas con montura metálica, antes de que Harry Potter las hiciera populares, y el pelo recogido en una larga trenza. Una niña que seguía a su héroe como si fuera su sombra.

Pero él no era un héroe, porque entonces no habría desaparecido de su vida sin decir una palabra.

—Sí —dijo ella, recomponiéndose, ignorando el pequeño golpe de desilusión que había sufrido al ver que no se acordaba de ella. No quiso lamentarse de no haber puesto más cuidado al arreglarse, de estar sin maquillaje y con el pelo recogido en un moño—. Esto es la librería, pero no necesito caballeros andantes, sino un cristalero, o alguien que se encargue de la ventana. Salió a la callejuela que corría por la parte trasera de las tiendas y le mostró el vidrio roto, agachándose después para recoger un trozo de cristal del suelo y no mirarlo a él. Ya lo había mirado bastante.

–Deje eso –dijo él, tomando el cristal de entre sus dedos. Ella lo miró sorprendida–. Puede cortarse.

–Ah, gracias –no había cambiado mucho; había ganado musculatura y tenía algunas arrugas en la cara que le daban carácter a su rostro, pero era el mismo, y ella sintió que, al mirar su lista de ambiciones y objetivos, lo había conjurado desde el pasado–. Me gustaría que lo hiciera hoy –añadió ella.

–Si lo que quiere decir es que no he llegado en los diez minutos que prometí –replicó él con tono divertido–, piense que si me hubiera abierto la puerta cuando empecé a llamar, habríamos ganado unos treinta segundos.

–¿Oh, era usted? –no recordaba haberle dicho que pasara, pero allí estaba él, dentro de la oficina, haciendo que pareciera mucho más pequeña e incómoda. Al tenerlo tan cerca, sentía cómo se se le erizaba el pelo de la nuca–. He supuesto que...

–¿Que al decir diez minutos estaba siendo demasiado optimista?

–Bueno, sí. No, realmente ha sido muy rápido. He creído que sería un cliente.

–¿Y lo ha ignorado? No voy a decirle cómo tiene que llevar su negocio, Juliet, pero de ese modo no va a vender muchos libros.

–Tiene toda la razón –replicó ella–. Pero yo no vendo libros.

–Vale, ahora tiene sentido –dijo él con una amplia sonrisa.

Algunos hombres no podían evitar mirar a las mujeres, aunque no les gustaran, y ella estaba bastante segura de no ser su tipo, al igual que él no era el de ella.

Estaba perdiendo su tiempo con ella. En el duro proceso de subir a lo más alto en un mundo de hombres, ella había aprendido con rapidez que el único modo de tratar con ellos era mantenerse serena y con un tono nada personal, sin mostrar que apreciaba atractivo sexual.

Con eso podía ganarse una reputación de mujer frígida, pero había cosas peores. La estupidez, por ejemplo. Por suerte, los tipos como él no resultaban duros de pelar: en cuanto veían que una no quedaba impresionada por la amplitud de su caja torácica, iban enseguida a mostrársela a otra.

Sin embargo, los hombres tranquilos y con cerebro eran los más peligrosos.

–Estaba esperando a que llamara para confirmar que no era una adolescente bromista.

–Ninguna adolescente puede tener su voz, princesa.

Ella tragó saliva y apretó los dientes ante el ridículo picor que había empezado a sentir en los ojos. Estaba claro que debía de llamar de ese modo a cualquier mujer con que se encontrase, algo mucho más fácil que tener que recordar nombres.

–¿Puede ocuparse del trabajo? –preguntó ella con un tono un poco agresivo–. ¿Puede hacerlo hoy?

–Para eso he venido.

–Bien –dijo ella–. ¿Cuánto tardará?

–Veamos. Voy a medir la ventana, comprar un cristal del tamaño necesario, limpiar esto y colocarlo. Usted puede prepararme un café con leche y dos azucarillos y contarme la historia de su vida.

–¿Cuánto tardará? –repitió ella en el mismo tono.

Él parecía encontrar aquello muy divertido; al menos estaba sonriendo.

–Con una hora debería bastarme. Depende de lo interesante que haya sido su vida hasta ahora.

¡Por favor! Una hora entera de charla y flirteo.

–¿Y cuánto me costará una hora de su tiempo?

–¿Por qué no me invita a comer y con eso lo arreglamos?

¿Y era él el que le reprochaba que no sabía llevar su negocio?

–Puedo comprarle un filete en la carnicería de la esquina. Lo quiere crudo, ¿verdad?

Él sacó una cinta métrica del bolsillo y midió la ventana, sin tener que subirse a una silla.

–¿Sabe? Había quedado para comer. Estaba saliendo cuando usted llamó, pero respondí al teléfono y no le dije que estaba ocupado.

–¿Por qué no lo hizo? –preguntó ella.

–Porque usted parecía necesitar ayuda.

Ella se negó a dejarse seducir por su aparente simpatía.

–Y la necesito. La de un cristalero. No necesito charla, así que ahórrese ese tiempo y llame a la persona con la que había quedado

—se negó a sentir un toque de celos—. Debe de llevar media hora esperándolo.

—¿Usted lo habrías hecho? —dijo él, mirando hacia atrás por encima del hombro.

Ignorando el modo desconcertante en que empezó a latir su corazón, Juliet dijo:

—No habría quedado nunca con usted.

—Puede considerarlo una pregunta hipotética.

Aquello era culpa suya. Había roto la norma número uno: no tener una relación con alguien del trabajo. Seis meses antes, tres incluso, habría podido controlar perfectamente aquella conversación. Incluso con Gregor McLeod.

Pero su calma permanente había desaparecido por completo por la jugada de Paul, y cada vez que pensaba en ello, la ira explotaba en ella como si fuera un volcán a punto de entrar en erupción. «Calma, calma... puedes mantenerte fría si quieres».

—En caso hipotético, si hubiera quedado para comer con usted y me llamara para decirme que cancela la cita porque está salvando a una damisela en apuros... —se detuvo, segundos después de haber caído en la trampa.

—Continúe —dijo él sin ocultar la diversión que le provocaba.

—Estoy segura de que ya pensará usted algo.

—¿No querrá decir que tengo práctica en inventar excusas?

—No puede evitarlo —dijo ella, viendo que la calma y la frialdad no estaban funcionando y decidiendo probar con algo más espontáneo—. Es un hombre y le viene de serie.

Ella oyó las palabras que salieron de su boca con cierta fascinación horrorizada. Para una mujer que nunca antes se había arriesgado a nada y había mantenido encerradas sus emociones, aquello era todo un cambio.

Por fortuna, su caballero errante estaba ocupado anotando las medidas de la ventana en un cuaderno muy similar al suyo que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Por favor, acepte mi más profunda gratitud por su sacrificio —dijo ella en un esfuerzo por distraerse.

Aquello provocó una reacción, nada excesiva, consistente en un leve movimiento de ceja que sugería que en algo lo había afectado su declaración de gratitud.

—Sin embargo, le agradecería que acabase pronto el trabajo para que los dos pudiésemos seguir haciendo nuestras cosas —dijo ella—. Supongo que tiene vida propia.

Él levantó la mirada y ella se dio cuenta de que habría sido más fácil si se hubiera ceñido al trabajo.

—La cosa es que a mí me gusta interesarme por mis clientes, crear un vínculo con ellos y conocerlos.

—Muy loable —mejor, más distante—. Le prometo que si necesito que me arreglen un cristal en el futuro, lo llamaré a usted.

—El sarcasmo no es algo atractivo en una mujer, Juliet.

Aquello no era sarcasmo.

—Bien, gracias.. —él usaba su nombre para que ella le preguntara por el suyo, y el caso era que había estado a punto de usarlo sin pensar. Si lo hiciera, él querría saber cómo se había enterado y sería un duro trago el recordarle que no se acordaba de ella, pero a Juliet le resultaba más embarazoso que se diera cuenta de que no se había olvidado de él—. Tomo nota.

Eso sí que era un comentario sarcástico, se dijo ella.

Pero entonces se dio cuenta de que él tenía razón y que aquello no era atractivo, aunque no le importó.

—¿Qué le ha pasado a Maggie Crawford? —preguntó él—. ¿Se ocupas usted de la tienda?

—No.

—¿Trabaja para ella?

—Tampoco.

—Una pena. A este lugar le vendría bien algo para animarlo.

En eso estaban de acuerdo, pero ella no iba a admitirlo. Y en cuanto a ella animándolo...

—Maggie se ha caído de la silla esta mañana mientras intentaba tapar la ventana con un cartón para que no entrase el viento. Ahora está en el hospital.

—Lo lamento mucho —dijo él de un modo muy convincente—. ¿De qué la conoce? —seguía insistiendo.

–¿No iba a salir a buscar un cristal?

–¿Sabe? Empiezo a sentirme un poco hambriento. Tal vez aún pueda...

–¡No!

–¿No?

–Mire, lo siento, pero ha sido una mañana muy dura. Vine a buscar un libro para mi madre y me encontré a Maggie en el suelo.

–¿Y se ha quedado para arreglar lo de la ventana? –preguntó él, que al volverse se encontró con su mirada–. ¿Por alguien a quien no conoce? –sus ojos azules parecieron más peligrosos que traviesos.

–Ella estaba muy preocupada, y sí la conozco. O más bien, mi madre. Solía venir aquí cuando estaba en el colegio y ella me dejaba sentarme a leer libros que no podía permitirme comprar.

–Ya veo. Lo siento. Acabo de darme cuenta de que tal vez tenga que volver al trabajo.

–No pasa nada. Ahora no estoy trabajando.

–Parece que aquí va a quedar un puesto libre, al menos temporal.

–Bueno, le preguntaré a la señora Crawford qué necesita de mí cuando pueda hablar, pero hasta entonces, no puedo dejar la tienda abierta para los posibles ladrones.

–No creo que esto lo hicieran para intentar entrar aquí, sino más bien en la farmacia de al lado.

–Genial, eso me deja mucho más tranquila.

–Puede poner un letrero en la puerta : «Esto es una librería. Si quiere cometer un atraco, diríjase a la farmacia de al lado».

–Seguro que el farmacéutico estará encantado.

–Tendrá un buen sistema de seguridad –se dirigió a la puerta–. Traeré el cristal. ¿Por qué no intenta conseguir un par de bollos de chocolate para tomar con el té, ya que ha cancelado el almuerzo? Ha pasado mucho tiempo desde la hora del desayuno.

–Esto es una librería, no un supermercado... –pero se vio hablando sola a una atmósfera llena de feromonas ambientada por el ruido de la moto alejándose.

Gregor McLeod parecía recién salido de la Edad Media, o más bien de las cavernas. ¿Cómo podía haber pensado que era...? Bueno, no importaba lo que ella hubiera pensado. El caso es que parecía saber

lo que estaba haciendo y había venido cuando había dicho. Tal vez no debiera haber sido tan dura con él.

Juliet se aseguró de que la puerta estaba bien cerrada y empezó a buscar la dirección del hijo de Maggie en su agenda, sin suerte. Tampoco encontró nada en los cajones y el bolso de Maggie no estaba allí. Tendría que esperar hasta que fuera al hospital. Tenía que tener algún familiar o amigo que pudiese llevarle sus cosas y ocuparse de la librería.

Después, su estómago le recordó que, en efecto, hacía mucho de la hora del desayuno, y que por cierto, no había comido. Echó un vistazo al reloj y calculó el tiempo que había pasado desde la marcha de su caballero andante. Terrible. Probablemente había encontrado otra cosa que hacer o retomar su cita para comer.

Suspiró. No tenía que haber dejado que la afectase; él no tenía la culpa de su admiración infantil, o sí, pero lo único que había hecho había sido levantarla del suelo cuando la empujaron. Después la había ayudado a recoger sus cosas y por ese gesto de amabilidad había mantenido alejados a los matones y tigresas durante meses. No volvieron a molestarla hasta que él desapareció.

Si no volvía pronto, sería ella quien probase a poner un trozo de cartón en la ventana sobre la temblorosa silla. Estupendo.

Pero decidió dejarlo para llamar al hospital y ver cómo seguía Maggie, haciéndose pasar por un familiar. No había nada nuevo, aparte de que la habían ingresado y estaba tranquila.

Se preparó una taza de café y se dio cuenta de que estaba hambrienta. De hecho, hacía semanas que no tenía tanta hambre, así que partió un trozo del pan que había comprado antes, encontró un minúsculo cuchillo en la cocina y untó un poco de queso cremoso sobre él.

Acababa de morderlo cuando llamaron a la puerta trasera. Pensando que pudiera ser un ladrón, no corrió a abrir, sino que preguntó, decidida, con la boca llena de pan y queso:

–¿Quién es?

–¿Juliet? –contestó Gregor.

–Lo siento –dijo cuando abrió la puerta, con el trozo de pan aún en la mano.

–Gracias –dijo él, agarrando el trozo de pan como si ella se lo hubiera ofrecido—. Me muero de hambre.

–¿Por qué ha tardado tanto? –preguntó Juliet.

Él se acabó el trozo de pan y, después de chuparse un poco de queso del pulgar, dijo:

–Como es muy fácil acceder a la ventana, he estado buscando algo más disuasorio. ¿Puede sujetar la puerta mientras meto las cosas?

–¿Cosas? ¿Qué cosas?

Él abrió el portón trasero de una vieja furgoneta en la que ponía «Duke» y le pasó una caja que, según la etiqueta, contenía una alarma antirrobo.

–No. Espere... –lo miró—. No puedo...

–¿Qué?

¿Qué le pasaba? Estaba insegura como una chiquilla en su primer día de trabajo, y eso que en su primer día de trabajo no se sintió insegura. Tenía muy claro lo que quería hacer, pero... se sentía como una niña frente al chico más atractivo del colegio, el que todas querían que se fijase en ellas. Incluso las flacuchas con gafas.

–Lo siento, señor... Caballero –iqué divertido!—. Señor... Errante. ¿O es usted el señor Duke? –preguntó, inocente.

–Ahora está siendo un poco insultante. Mi nombre, si es lo que pregunta, es Gregor McLeod.

–Entonces, lo siento, señor McLeod, pero no puedo afrontar el gasto sin hablar antes con la señora Crawford.

–Greg o Mac –dijo él—. Sólo la gente que me cae mal tiene que llamarme «señor». ¿Y quién ha dicho nada de gastos? Invíteme a cenar y estamos en paz.

Bueno, él tenía claras sus prioridades: una ventana valía una comida y una alarma, una cena. No quería saber lo que pediría por la reja de metal que estaba sacando de la furgoneta.

–Por otro lado –reflexionó Juliet–, seguro que se decide a pagar la instalación si sus cosas van a estar seguras.

–Le saldrá más barato invitarme a cenar –dijo, siguiéndola dentro.

–No estoy interesada, señor McLeod.

–Las mujeres me llaman Greg o Gregor –insistió él.

–Yo sólo llamo por el nombre a la gente que me cae bien, pero te tutearé y quitaré lo de «señor». Te prepararé esa taza de té.

–Eres un cielo –dijo él–. Toma, he traído los bollos –y le pasó un paquete que se sacó de la chaqueta.

–Qué bien –contestó ella. Decidió no abrirlo inmediatamente para no mancharse los dedos de chocolate derretido y no tener que chupárselos delante de él.

Dejó el paquete en la mesa; si quería bollos, tendría que abrirlos él mismo.

–Salgo muy barato como pareja –dijo él.

–Me lo apunto por si alguna vez necesito una pareja que me salga barata –contestó Juliet cruelmente.

Ella se marchó a la cocina a poner la tetera y le dio a entender que ya no volvería hasta que el trabajo estuviera acabado. Pero cuando él no acudió a buscarla para ver dónde estaba, se sintió algo decepcionada.

Gregor se había quitado la chaqueta y la camiseta se le ajustaba al pecho como una segunda piel. Sólo un hombre que quisiera mostrar sus credenciales de Tarzán se vestiría de ese modo, incluso para ir a trabajar. Su silencio repentino se debía a que estaba concentrado en quitar los restos de cristales de la ventana, y cuando se estiraba, los músculos de sus brazos y de sus hombros tiraban de la camiseta hacia arriba, amenazando con exponer unos pocos centímetros de piel de su cintura.

Al darse cuenta de que estaba conteniendo el aliento ante la expectativa de lo que podía ver, se volvió con rapidez y apagó la tetera antes de volver a la tienda a ordenar las mesas llenas de libros y recuperarse de la oleada de lujuria que le acababa de pasar por encima sin avisar. Tenía que admitir que era refrescante sentirse atraída por un hombre en vaqueros, frente a los trajes cortados a medida, las camisas hechas a mano y los caros cortes de pelo de Paul Smith o el resto de hombres que la habían rodeado hasta hacía poco tiempo.

Gregor llevaba el pelo un poco largo, pero parecía que su peluquero sabía lo que hacía.

–Tal vez te interese saber que la tetera ya está lista –dijo él, sacándola de sus ensoñaciones–. Te vendría bien una de esas teteras que se apagan solas.

Ella fue a la cocina para encontrarla llena de vapor y poner una bolsita de té en una taza antes de verter encima el agua hirviendo.

Se suponía que aquella tetera se apagaba sola, pero se veía que tenía muchos años de uso. Como el resto de la tienda y el resto de la calle.

–Supongo que Maggie tendrá otras ideas en la cabeza –le dijo, poniéndole la taza de té con leche y mucho azúcar delante.

–¿Y quién se ocupará de todo mientras está en el hospital? –preguntó él, colocando el cristal nuevo.

–No tengo ni idea –contestó Juliet, apartando la mirada de él sin deseos de continuar con la conversación–. Tal vez su hijo pueda volver y arreglar las cosas.

–¿Jimmy? Lo dudo. Tenía mucha prisa en marcharse.

–¿Lo conoces?

–Fuimos al mismo colegio. ¿Y tú?

–¿Que si fui al mismo colegio que Jimmy Crawford? –dijo ella, más bien para evitar su pregunta.

–¿Tú? Hablas como las niñas uniformadas del colegio St. Mary's o algún otro similar.

Parecía que los rumores que habían surgido después de su desaparición no andaban del todo desencaminados. Gregor tenía mucha información acerca de ese colegio.

–Me preguntaba si conocías a Jimmy –insistió él.

–Ya. Supongo que lo habré visto alguna vez en la librería, pero nunca hablé con él. No vivó en Melchester desde que me fui a la universidad.

Él se encogió de hombros.

–Sigo sin comprender cómo te has metido en este lío. Podías haber echado el cerrojo a la puerta y haberte marchado cuando se llevaron a Maggie al hospital.

–Soy una ciudadana responsable –replicó ella, intentando no pensar en el pánico que había sentido al principio.

—De acuerdo, eso lo explica todo. ¿Dónde vivías? ¿En Londres? — ella no lo animaba a seguir hablando, pero él no lo necesitaba—. Y has vuelto a casa... ¿Qué ha sido? ¿Ruptura matrimonial?

Era incansable. Si seguía insistiendo tendría que contarle su triste historia de vuelta al hogar.

Unos golpes sobre la puerta la salvaron:

—Creo que iré a ver quién es. Discúlpame un momento.

Se marchó sin esperar respuesta. No tenía ni idea de cómo funcionaba una librería, pero tenía que ser mucho más fácil que tratar con Gregor McLeod.

Greg la miró alejarse. Aquella mujer tenía mucha clase, no sólo en la voz, aunque parecía algo arisca y tener prisa por algo. No llevaba maquillaje y tenía el peinado descuidado, así que su primera impresión había sido algo negativa, pero cuando ella se inclinó a recoger el cristal roto del suelo y lo miró, fue como si ya la conociera.

Había algo familiar en sus enormes ojos plateados y los mechones de pelo rubio oscuro que se escapaban de su moño, tanto que estuvo a punto de preguntarle si se conocían de antes. Por suerte, no lo había dicho. Ella no podía haber dejado más claro su desinterés, y no había que ser muy imaginativo para adivinar la respuesta que le hubiera dado a una pregunta clásica de flirteo como ésta.

Capítulo 3

Qué estás haciendo?

Juliet dejó de luchar con la pesada mesa y se dio la vuelta. McLeod estaba apoyado contra un estante mirándola. Se había puesto la camisa y parecía llevar allí un tiempo, lo que la irritó sin motivo.

—Estoy moviendo esta mesa —explicó ella, como si hablara con un niño pequeño.

Por su mirada, Juliet dedujo que estaba considerando responder con uno de sus sarcasmos habituales, pero al final debió de pensar que sería mejor no hacerlo.

—Está claro que no me he expresado bien. ¿Qué haces peleándote con esa mesa?

—Está en medio —soltó ella.

Las tres veces que la había rodeado para buscar un libro se había golpeado en la espinilla y con eso había tenido suficiente. No había tardado en darse cuenta de que la tienda necesitaba una reorganización.

—¿De qué sirve tener tantos libros si la gente no puede echarles un vistazo? —preguntó ella.

—Lo único que tenías que haber hecho era llamarme —acabó él, agarrando con fuerza la mesa y llevándola hasta el otro lado—. ¿Dónde la quieres, Juliet?

Estaba frente a ella y parecía tan fuerte... Tenía aquella mirada que parecía tentarla a interpretar su pregunta como ella quisiera. Juliet se aclaró la garganta y dio un paso hacia atrás.

—En ningún sitio.

—¿En serio?

Aquella pregunta también podía tener muchos significados, y una gran dosis de incredulidad. Ella sospechó que la respuesta que él esperaba y la que solían darle era «donde sea». Se había equivocado al pensar que podría manejar a un hombre como aquél; Gregor McLeod no era un hombre normal, era único. Tiempo atrás ella había pensado que su amabilidad era única.

—En serio —dijo ella, ignorando el hecho de que tenía mucho calor, a pesar de ser marzo y de la baja temperatura de la tienda, pero por nada del mundo pensaba quitarse el jersey.

Entonces comprendió que él sólo intentaba provocarla.

—En ese caso, será mejor que quites los libros primero. Si las patas se pueden quitar, podré meterla en la furgoneta.

—¿La furgoneta? —estaba consiguiendo irritarla.

—¿No querías quitarla de en medio? La llevaré al basurero.

—¡No puedes hacer eso!

—No es molestia —hizo una mueca con la boca, levantando un lado, como una media sonrisa—. Lo pondré en la factura.

Una perla de sudor empezó a rodar por la nuca de Juliet.

Aquel hombre también tenía una sensualidad única.

—¡No! Cielos... quería decir... —no tenía ni idea de lo que quería decir—. Olvídalo. ¿Has terminado?

—Listo para pasar revista.

—Bien. Eso quiere decir que me puedo marchar.

Ella le dio la espalda a la mesa y se dirigió a la puerta de entrada, giró el pestillo y se agachó para girar otro cierre en la parte inferior de la puerta. Cuando se incorporó se encontró a Greg a su lado.

—Te olvidabas de uno —dijo él, levantando el brazo para girar otro cierre en la parte superior, mostrándole de cerca su ancho pecho y envolviéndola en una oleada de fragancias masculinas: cuero, un ligero toque de aftershave y aceite de linaza.

—¿Estás segura de lo de la mesa? —preguntó él, dando un paso atrás para dejarla pasar.

—¿Qué? ¡Oh, sí! —tenía casi treinta años, por Dios. No era de las que babeaban por un hombre, ni siquiera por Paul, pero se sentía vulnerable tras haber bajado la guardia una vez.

Se arregló un mechón de pelo que se había escapado de las horquillas.

—¿Te dedicas a la retirada de muebles?

Ella logró sonreír.

—No, McLeod. Soy, o al menos lo he sido hasta hace poco, ejecutiva —aunque cómo alguien tan bueno en gestión había acabado su carrera de un modo tan penoso era algo difícil de comprender.

—¿En serio? ¿Tiene algo que ver con mudanzas de muebles?

—Tiene que ver con solucionar problemas —dijo ella.

—Y la mesa es un problema. Dime, princesa, si te dijera que tengo un problema, ¿vendrías corriendo a ayudarme a solucionarlo?

No podía creer que él hubiera dicho eso.

No podía creer que se estuviera poniendo colorada.

—Me temo que tendrás que ponerte a la cola. Ahora mismo soy yo la que tiene problemas y hasta que no encuentre un trabajo y un sitio para vivir... —se detuvo. No tenía por qué darle tanta información—. Lo que no necesito es la carga de una librería que se hunde poco a poco, como todo lo que la rodea. ¿Qué le pasa a esta gente? Con un poco de imaginación y una capa de pintura, esta zona sería mucho más atractiva.

—Lo que esta zona necesita es una apisonadora y empezar de cero.

—¿Estás de broma? Prior's Lane está lleno de carácter, de historia. La catedral y el castillo podrían ser verdaderas atracciones turísticas, y por aquí solía haber sitios donde la gente se gastaba el dinero.

—Ya no, desde que abrieron el centro comercial.

—El centro comercial es como todos los demás del país, pero esta zona es diferente.

—Eso es cierto.

—Lo único que necesita son buenos sitios para comer, un lavado de cara y la publicidad adecuada para atraer a los comerciantes a la zona. Como Portobello Road, en Londres o The Lanes en Brighton.

—El mercado de las antigüedades está un poco saturado ya, ¿no crees?

—No estoy hablando de eso. Aquí solía haber buenas tiendas, y aún quedan algunas, como la panadería, la tienda de comida italiana y la ferretería, donde aún se pueden comprar clavos al peso —ella veía que él no lo entendía—. Lo que Prior's Lane necesita son el tipo de tiendas que no se encuentran en ningún otro sitio. Solía haber una sastrería y una tienda de sombreros...

—¿Una tienda de sombreros?

—Sí, cuando era pequeña me quedaba hipnotizada mirando el escaparate, soñando... —al ver su expresión se dio cuenta de que se estaba dejando llevar, así que se encogió de hombros—. Se trata de ir de compras por placer.

—Desde luego, eso debe de ser cosas de mujeres, aunque lo de comprar clavos sueltos suena bien —y le dedicó una sonrisa que debería ser considerada delito—. Veo que llevas tiempo pensando en ello.

—No se necesita tiempo, sino echarle un vistazo a la zona —sería un proyecto interesante, algo que merecería la pena si no tuviera otros problemas de los que ocuparse—. No tengo tiempo para más, ni para empezar a mover muebles —por mucho que la tienda lo necesitara—. Y además, parece que a Maggie le gusta así.

—Tal vez. O tal vez no tenga a nadie que la ayude a cambiar todo esto. Tal vez pudieras hacerle un favor.

—Es posible, pero no es asunto mío. ¿Cuánto te debo?

—Como acabas de decir, eso no es asunto tuyo —dijo él, encogiéndose de hombros.

—Yo te llamé, así que seré yo quien pague el trabajo.

—¿Por qué no le envías la factura al casero? —propuso él.

—Pero no sé quién es.

—Yo sí.

—De acuerdo —después Juliet frunció el ceño—. ¿Pero se hará responsable del cambio de la ventana?

—Si lo pone difícil, te llamaré y me invitarás a cenar como has prometido.

Ella ignoró el leve estremecimiento que la recorrió. Ya había cometido suficientes errores por un año, y aún no había llegado la Semana Santa.

–No te he prometido nada, McLeod. ¿Qué pasará con la reja de seguridad y la alarma antirrobo?

Él abrió más los ojos y esbozó una sonrisa.

–Oh, eso es otra historia, pero estoy abierto a negociaciones.

–¿No se enfadará el señor Duke por que hagas trabajos por tu cuenta con su furgoneta y su material?

–Duke no se enterará.

–Ya veo.

–¿Ah, sí?

Ella se dio cuenta de que la estaba involucrando en el asunto.

–Creo que lo llamaré y arreglaré con él el asunto de la factura directamente –dijo Juliet.

Aquello acabó con la sonrisa.

–¿Acaso quieres causarme problemas? ¿Habiendo cancelado mi cita para comer por ti?

–Oh, no, claro que no –dijo ella, que había vuelto a perder pie–. Supongo que preferirás que te pague la alarma en efectivo –dijo, intentando recuperar la razón y recordar dónde había dejado su bolso.

–Ya te he dicho que no quiero tu dinero.

A ella nunca le había costado tanto librarse de la mirada de un hombre. No podía apartar los ojos de él.

–Es muy generoso por tu parte –consiguió decir a pesar de que tenía la boca seca–. Estoy segura de que Maggie estará muy agradecida cuando se lo diga.

Él volvió a sonreír de un modo tranquilo que la dejó con la incómoda sensación de que sabía algo que ella desconocía.

–Creo que será mejor que te enseñe cómo funciona la alarma antes de marcharme.

¿Se iba a marchar? ¿Ya?

Gregor se giró y fue hacia la oficina.

–¿Quieres comprobar la ventana?

–Está bien. Gracias –dijo ella.

–No pareces muy entusiasmada.

–Oh, lo siento. Estoy muy agradecida; has hecho un buen trabajo

–¿Entonces me recomendarás a tus amigos?

¿Amigos? No tenía amigos. Sólo unos cuantos conocidos y compañeros de trabajo que no querrían volver a hablar con ella.

–Claro.

–Te lo has tenido que pensar, Juliet, pero te agradezco el esfuerzo –le mostró el interruptor que había colocado en la pared–. Es muy sencillo. Sólo tienes que encenderlo cuando te marches. Hacia abajo está encendido y hacia arriba, apagado. Tienes diez segundos antes de que empiece a sonar como si quisiera despertar a los muertos.

–¿Eso es todo? ¿Sin códigos ni nada de eso?

–No. Es un aparato muy sencillo; un cable conectado a la puerta trasera y a la ventana –dijo él mientras se lo mostraba–. Pero hace mucho ruido, lo que suele ser suficiente para disuadir a los ladrones oportunistas –y después dijo–: ¿Estás segura de que no quieres que te ayude a mover la mesa antes de marcharme?

–Segura.

–De acuerdo. Entonces me marchó –sacó una tarjeta del bolsillo de la camisa y se la dio–. Aquí está mi número de móvil, por si tienes algún otro trabajito para mí.

¿Se iba a marchar así? Ella esperaba que por lo menos le repitiera la invitación a cenar, pero se subió al asiento de la vieja furgoneta, la miró y se marchó tras hacerle un informal saludo con la mano.

Bueno, de acuerdo. Así estaba bien. Ella también quería que se marchara.

Juliet cerró la puerta. Colocó una nota en la puerta indicando que la tienda estaba temporalmente cerrada y pagó los libros que había comprado, no sin dejar una nota indicándoselo a Maggie. Después recogió la cesta de la compra y las flores, encendió la alarma y salió por la puerta trasera de la tienda.

Juliet puso los narcisos junto a la cama y saludó:

–¿Maggie?

–Hola, cariño –dijo. Parecía muy pequeña en la cama del hospital, y muy frágil–. Son muy bonitas.

–Son de parte de mi madre. Dice que jugará un cartón al bingo por ti y repartiréis las ganancias.

Maggie rió.

–Eso es lo que hacemos siempre. Es encantadora, igual que tú. No sé lo que habría sido de mí si no me hubieras encontrado.

–Hice lo mismo que hubiera hecho cualquier otro –dijo, sintiéndose culpable–. ¿Cómo te sientes?

–Muy estúpida. Ya les he dicho que no tengo más que magulladuras. Me sentí mareada y me caí, eso es todo.

–Bueno, no te molestaré mucho rato, pero supuse que estarías preocupada por la tienda.

–No, cariño. Dijiste que te ocuparías de todo y confío en ti.

–Ya han arreglado la ventana y he cerrado todo –no tenía sentido explicarle todos los detalles de la rudimentaria alarma que había instalado McLeod.

–Qué buena has sido.

–No ha sido molestia, y me han dicho que le mandarán la factura al casero.

–¿Al casero? –intentó reírse, pero era demasiado esfuerzo–. Ese hombre no se ocupa ni de lo que más le interesa.

Juliet le ofreció un vaso de agua.

–No te preocupes por ahora –tendría que ir a la tienda de Duke a intentar encontrar a McLeod para arreglar cuentas–. Lo que necesito saber es qué quieres que haga con el dinero de la caja. Debería estar en el banco, y además está también la llave... ¿Qué quieres que haga con ello?

–¿Dinero? Había muy poco.

–Bueno, pero mientras estuve allí entraron varias personas, y yo también compré un par de libros...

Entonces se dio cuenta de que Maggie había cerrado los ojos y decidió ir a buscar algún sitio para poner las flores.

A su vuelta la detuvo una enfermera.

–¿Fue usted quien llamó antes? ¿Es pariente de la señora Crawford?

Oh, había olvidado aquella mentirijilla.

–Sí y no. Soy Juliet Howard y fui yo quien llamó, pero no soy pariente suyo. Sabía que no me dirían nada a no ser que fuera de la familia.

–¿Y quién es usted?

–Nadie... Bueno, ella es amiga de mi madre. Encontré a la señora Crawford esta mañana en el suelo y fui yo quien llamó a la ambulancia –se encogió de hombros–. Lo siento. ¿Hay algún problema?

–No realmente. Pero a Maggie le vendría bien tener ciertos efectos personales, como un camisón y un cepillo de dientes.

–¿No ha venido nadie más a verla? ¿No les ha dicho que llamen a nadie?

–Nos dijo que su hijo estaba en el extranjero y no nos quiso dar su número para no preocuparlo.

McLeod había sugerido que no le gustaría que lo llamaran. Y ella le había dicho la verdad al decir que no recordaba a Jimmy Crawford. Tal vez fuera mayor que McLeod.

–Me temo que Maggie tiene razón en que él no podrá hacer nada por solucionar lo del cepillo de dientes –después dijo–: Tengo sus llaves. Le preguntaré si quiere que le traiga algunas cosas –tal vez encontrara algún vecino que quisiera encargarse–. ¿Cuánto tiempo se quedará en el hospital?

–Es difícil de saber. Ella dice que tuvo un mareo, pero por las pruebas que le hemos hecho parece que ha tenido una pequeña apoplejía.

–En ese caso, habrá que decírselo a su hijo para que él haga lo que sea necesario.

Juliet se dio cuenta de que la enfermera había visto algo tras ella que había atrapado su atención, así que se dio la vuelta para ver qué era.

No era un «algo», sino «alguien». McLeod.

La enfermera lo miró esperanzada y Juliet aclaró:

–No es su hijo, sino un amigo suyo que se encarga de las chapuzas.

Ya no llevaba vaqueros, sino unos bonitos pantalones informales, una camisa de algodón y una chaqueta de ante. Y llevaba un ramo de flores en la mano que harían palidecer aún más sus narcisos. En aquel momento, lo único que pudo pensar fue que se alegraba de haberse tomado la molestia de lavarse el pelo y haberse maquillado.

No lo había hecho pensando en que tal vez viera a McLeod, sino por la posibilidad de encontrar a algún antiguo compañero de clase, alguien que la recordara. Al menos, eso se había dicho a sí misma.

Su madre no había dicho nada, pero había sonreído al pasarle las llaves del viejo coche que Juliet le había pedido para ir al hospital.

–Me alegro de verte, princesa.

–Por favor, no me llames así.

Él se encogió de hombros.

–¿Cómo está Maggie?

–Tan bien como se podría esperar –después, al ver la expresión esperanzada de la enfermera, repitió–: No es su hijo –después se volvió hacia él–. ¿Qué haces aquí? Oh, no me lo digas: Maggie me ha dicho que el casero se negaría a pagar la factura del cristal.

Sus ojos se oscurecieron por un instante y ella pudo sentir la oleada de rabia.

–Estoy seguro de que cuando lo pienses te arrepentirás de haber dicho eso.

Ella no necesitaba más tiempo, porque ya estaba arrepentida, pero había algo en toda aquella testosterona desatada que la irritaba. Pero al menos era capaz de sentir algo: cualquier cosa era mejor que el estado de depresión en el que había estado sumida las últimas semanas.

–Te llevaré donde está ella –dijo, conduciéndolo a la sala donde estaba la cama de Maggie.

No tenía que volverse para comprobar si la estaba siguiendo: la ola de cabezas volviéndose a su paso lo decía todo.

–Está dormida –dijo él.

–No tienes que quedarte si tienes cosas que hacer –contestó Juliet, colocando el florero que llevaba sobre la mesita –. Le diré que has venido cuando se levante.

–No tengo prisa –le sonrió a una joven enfermera y le pasó las flores–. ¿Puedes buscarme un florero, cariño? –la chica enrojeció y las tomó sin decir nada.

–¿Por qué no le has pedido también un café con leche y dos azucarillos? –preguntó Juliet–. Ya que tenías la sonrisa puesta...

–Te acuerdas –la miró fijamente un momento tan fijamente que ella empezó a ponerse roja. Después, aparentemente satisfecho, se volvió hacia Maggie.

–Hola, Maggie –dijo él, besándole la frente–. He oído que te han herido en combate.

–Gregor... –sonrió–. Me alegro de verte. ¿Has venido a ver a alguien?

–A ti. Me he enterado de lo que te ha pasado y he venido a ver si te podía ayudar en algo. ¿Quieres que intente localizar a Jimmy?

–Oh, no. No lo molestes. Está demasiado ocupado para venir a casa por esta tontería.

–Alguien tiene que ocuparse de la tienda –señaló–. Juliet ha hecho un buen trabajo.

–Maggie –interrumpió Juliet. Lo último que necesitaba era preocuparse por la tienda–. Necesitarás algunas cosas. Si quieres te las puedo traer, o llamar a algún vecino.

–Oh, ya casi no queda nadie. Nadie quiere vivir encima de las tiendas, y ahora todo son oficinas.

–¿Oficinas? –Juliet miró a McLeod buscando una explicación.

–Maggie vive encima de la librería. Creía que lo sabías.

–No –dijo ella–. Si me lo hubieras dicho, le habría traído algunas cosas. Después volvió a cerrar la boca. No tenía por qué enfadarse con él, no era culpa suya–. Da igual, iré a buscarlas ahora. ¿Quieres que te traiga algo en especial, Maggie?

–Eres muy amable, cariño, pero no necesito nada. No paro de decírselo, pero no me hacen caso. Si me trajeran mi ropa...

–No puedes irte a casa aún –dijo Juliet con dulzura–. Tienes que quedarte hasta que te hagan unas pruebas.

–Oh, eso es imposible. Tengo que ocuparme de la tienda, como ha dicho Gregor.

Juliet lo fulminó con la mirada. Qué hombre tan insensible, preocupando a la pobre mujer enferma. Nadie podía decir cuándo estaría lista para volver a la tienda.

Él sonrió a modo de revancha.

–Como te decía, Juliet ha hecho un buen trabajo hoy. De hecho, había empezado a mover muebles.

–Oh, desde luego, no vendría nada mal. Tengo que llamar a alguien para que se lleve la mesa, no paro de darme golpes en las piernas con ella.

–Entonces ella es tu chica. Se dedica a la gestión –insistió Gregor.

–No a la gestión de un pequeño comercio –dijo Juliet.

–Y, por suerte, está buscando trabajo. ¿Por qué no le dices que se ocupe de todo hasta que tú puedas volver? –continuó él como si ella no hubiera dicho nada.

–Oh, no puedo pedirle eso –dijo Maggie, ahorrándole la vergüenza de explicar que eso sería imposible.

–No sería una molestia para ella, ¿verdad, Juliet? –insistió McLeod–. Además, tenéis mucho en común. A ella le encantaría que Prior's Lane volviese a ser como antes.

–De verdad que me encantaría ayudar, pero... –empezó a decir Juliet.

–Y además está el piso de encima de la tienda. ¿Sigue vacío, verdad? Juliet también está buscando casa.

–¿De verdad? Supongo que vivir con tu madre es algo agobiante para las dos. Yo tendré que dejar pronto ese piso. Todas esas escaleras ya son demasiado para mí.

–¡McLeod! –saltó Juliet–. Maggie, no le hagas caso. No puedes querer que alguien a quien apenas conoces se ocupe de tu tienda y viva en el piso de arriba.

–Oh, te conozco desde siempre, y tu madre es el tipo de persona a la que confiaría mi vida. Pero no es por la tienda: tengo que ir a casa por Archie.

–¿Archie? –dijeron Juliet y McLeod a la vez.

¿Qué o quién era Archie?

–No puedo dejarlo solo, al pobre –dijo, ignorando la mirada de extrañeza que los otros se acababan de intercambiar–. Lo pasa muy mal cuando está solo, y además tengo que darle de comer. ¿Encontraste su comida, verdad?

Aquello borró la sonrisa de la cara de McLeod, pero Juliet no pudo alegrarse por ello.

–Claro que sí –dijo él, adelantándose–. ¿Te importa que lleve a Juliet a recoger tus cosas?

–No necesito que me lleven –especialmente en la parte trasera de la moto–. Tengo coche –viejo, muy distinto de su BMW de la empresa, que había desaparecido al igual que su puesto de trabajo–. ¿Necesitas algo en especial?

–No te preocupes, me voy a casa –Maggie intentó incorporarse, pero tras el esfuerzo inicial se dejó caer sobre las almohadas–. Tal vez tengas razón y deba quedarme esta noche. Pero sólo lo haré si prometes quedarte con Archie.

–Claro que lo hará –prometió McLeod por ella–. ¿Verdad, Juliet?

–Claro –repitió ella tras dudar un segundo–. Hablaremos de ello cuando vuelva. McLeod se quedará acompañándote –dijo mirándolo–. Eso si no has quedado para cenar.

Él sonrió de forma traviesa, sin dejarse amilanar por su mirada hostil.

–Bueno, eso depende de ti, Juliet.

Capítulo 4

Greg le permitió que se escapara, pero sólo para disfrutar de la vista de su trasero, bien marcado por los pantalones ligeramente estampados que llevaba. Juliet estaba a punto de echarse a correr pensando en que Archie, fuera lo que fuera, no había comido.

Él dedujo, por la ropa que llevaba, que debía de haber tenido un buen trabajo en Londres. ¿Qué estaba haciendo otra vez en Melchester? Aunque la ciudad estuviera creciendo mucho, no podía compararse a Londres para una persona en un puesto de directivo.

–Qué chica tan encantadora –dijo Maggie.

–Justo lo que estaba pensando.

–Permíteme dudarlo, Gregor –su risa fue seguida por una serie de toses, y después cerró los ojos–. ¿Por qué no vas con ella? No está bien que una chica ande por ahí sola por la noche.

–Justo lo que estaba pensando –repitió, pero ella ya no lo escuchaba.

Avisó a una enfermera de que volvería más tarde y se dirigió al aparcamiento.

Lo primero que vio fue la inconfundible figura de Juliet inclinada sobre un viejo coche con el capó abierto. Habría reconocido aquel precioso trasero en cualquier parte.

–Te había imaginado como dueña de un coche elegante y de moda.

–¿Sí? Bueno, no siempre puedes tener razón –dijo ella, incorporándose.

–Eso es cierto, pero sí puedo ser útil.

–Demuéstramelo haciendo que esto arranque.

–Lo único que puedo hacer por este lamentable coche es llamar a un desguace y dejarlo descansar por fin.

–O sea, que no se te da bien la mecánica

–Esa táctica no funcionará conmigo, princesa. No tengo nada que probar, especialmente cuando estoy deseando llevar a una dama en apuros.

–¿Me estás ofreciendo un paseo en tu moto?

–Ni hablar, lo que te ofrezco es llevarte a la ciudad. En coche.

–Lo siento, McLeod, pero mi madre me dijo que nunca me subiera en un coche con un hombre extraño.

–Yo no soy un extraño.

Ella se quedó callada, como si le hubiera tocado la fibra sensible, y la sensación de que la conocía creció en su interior. Gregor se preguntó si habría trabajado en alguna de sus oficinas, pero en ese caso, ella también lo habría reconocido. Y si lo había hecho, ¿por qué no iba a decirlo?

Anticipándose a la discusión, decidió que investigaría sobre ella más tarde, y dijo:

–Antes de que puedas decir nada, te advierto que tendrás que esperar unos veinte minutos a que venga un taxi, como mínimo, y aunque sospecho que creerás que merece la pena, deberías pensar en el pobre y hambriento Archie.

–Estoy intentando con todas mis fuerzas no hacerlo –dijo ella, bajando el capó de un golpe. Sacó su bolso del interior del coche y dijo–: Te prometo que es lo único por lo que acepto que me lleves.

–Y yo te prometo que es lo único que podría convencerme para llevarte.

Y entonces ella sonrió.

–Supongo que eso me lo he ganado a pulso.

–Sin duda, pero ya hablaremos de tu actitud hostil hacia mí en otro momento –dijo, sin devolverle la sonrisa ni sin sugerir que la cena sería un buen momento para hacerlo. Ella lo estaría esperando y podría darle cualquier excusa–. Ven conmigo, ahí está mi coche.

Ella se detuvo al acercarse al imaculado Jaguar antiguo y ver que él le abría la puerta.

–¿Es tuyo? –preguntó sorprendida. Desde luego, no esperaba algo así.

–A veces me dan buenas propinas –contestó él.

–No...

Primero la sonrisa y después ese azoramiento, el mismo que había tenido cuando, en la tienda, se levantó después de echar el cierre inferior y se lo encontró a su lado. Le resultaba muy atractivo hacer que una mujer tan segura de sí misma perdiera el control por unos momentos. El toque de color de sus mejillas le sentaba muy bien.

–Quería decir... –su gesto indicaba que no tenía muy claro lo que quería decir, pero él se lo podía imaginar.

–¿Quieres decir que si lo he tomado prestado? ¿Si me han dado permiso para conducirlo?

–Sí... o más bien... ¡No! Lo siento, no sé lo que digo.

Y una disculpa. El lote completo. Por fin estaba llegando a algún sitio.

–Es un coche muy bonito –dijo deslizándose en el asiento como una mujer que sabía como hay que entrar en un deportivo bajo, primero el trasero y después las piernas–. Es un clásico.

–Sí –dijo él–. Y te puedo asegurar que tengo el permiso del dueño.

Ella lo miró.

–Es tuyo, ¿verdad?

–Hasta la última bujía –dijo él, cerrando su puerta antes de ir a sentarse al volante y arrancar.

No se cansaba del suave rugido del motor y del modo en que la gente se quedaba mirándolo al pasar. Podía conducir el coche que quisiera, el deportivo más rápido o uno de esos que compran los chicos pobres en cuanto tienen dinero para demostrar dónde han llegado. Tenía media docena en el aparcamiento de su piso de Londres al lado del Támesis y en la casa de campo que se había comprado cerca de Melchester, pero aquella belleza de cuarenta años era su favorito.

Y siempre dejaba a las mujeres sin aliento, incluso a las mujeres como Juliet Howard.

–¿Lo arreglaste tú mismo? –preguntó Juliet, con educación y la respiración aparentemente controlada mientras él se dirigía a la parte antigua de la ciudad.

Él podía soportar la educación, pero otras cosas no.

–¿No estarás sugiriendo que un chapuzas no puede arreglar por sí mismo un coche como éste?

–Nunca he sugerido que fueras un chapuzas, y estoy segura de que, si se desea de verdad, la gente es capaz de hacer cosas extraordinarias.

–Arreglar coches no es mi pasión –se detuvo en un semáforo y la miró–. Tengo cosas mejores que hacer que meterme bajo un coche y llenarme de grasa.

Si esperaba una respuesta ingeniosa después de esa declaración, tuvo que quedar decepcionado, porque ella no dijo nada y, en su perfil, recortado por la luz de las farolas, no se leyó ninguna expresión. Ella se colocó un mechón del sedoso pelo tras la oreja en un gesto que a Gregor le pareció más nervioso que provocador.

Aquello le demostró que la confianza en sí misma era sólo superficial, una fina máscara para proteger su fragilidad. De repente surgió su instinto protector y deseó haberle ofrecido más confianza que provocación. Deseaba tomarle la mano y decir: «no te preocupes, todo irá bien, confía en mí».

Una locura.

Neil tenía razón. Las mujeres como Juliet Howard siempre le habían traído problemas. Él estaría mucho más seguro con una mujer a la que comprendiese, con mujeres directas que supiesen exactamente lo que les ofrecía: sexo sin compromiso.

–Oye, no he intentado manipularte antes.

–¿Perdón? –dijo ella.

Gregor no creyó su sorpresa. Había contestado con demasiada rapidez como para no saber de qué le estaba hablando, pero él tampoco estaba diciéndole toda la verdad. Ni siquiera sobre el piso. Si ella se trasladaba allí, él podría hacerla jugar al juego en el que los dos se habían embarcado y además tendría la salida perfecta en el momento en que viera amenazada su independencia...

Pero siguió jugando sus cartas.

–Acerca del piso –dijo él–, supongo que habrá que redecorarlo. Creo recordar que había mucho rojo y negro y supongo que Maggie no habrá cambiado nada desde que se fue Jimmy. Pero es muy amplio. Dijiste que necesitabas trabajo y una casa, y con esto solucionas dos problemas de un plumazo.

–El único problema que tengo eres tú –soltó ella.

–Y Archie –le recordó él.

Ella levantó las manos en el aire en un gesto de impaciencia.

–De acuerdo, y Archie, pero es temporal. No puedo hacerme cargo de las responsabilidades de Maggie, ni de la tienda. ¿Quién sabe cuánto tiempo pasará hasta que pueda ponerse de pie? La enfermera dijo que había sido una apoplejía leve y puede tener otra.

–Y si alguien no se ocupa de todo inmediatamente, alguien competente, la tienda cerrará, pero eso tú ya lo sabes.

–Eres la segunda persona que me dice eso hoy.

–Entonces ya ves que no lo digo sin razón. Y además, no será algo a largo plazo. Ella está algo confundida en este momento, pero cuando se dé cuenta de lo que está pasando, buscará a alguien que se ocupe de todo de forma permanente.

–También necesitará ayuda en casa. No podrá vivir sola en un primer piso. Si tiene otra apoplejía, podrían pasar horas hasta que alguien la encontrara.

–Con todos esos motivos, Jimmy la llevará a una residencia para mayores antes de que nadie empiece a echarla de menos.

–Parece que lo conoces bien.

–Bastante bien. Ha heredado muchas cosas de su padre. La única persona que le interesa es él mismo –después, al ver su mirada curiosa, dijo–: Maggie fue muy buena conmigo cuando estuve en apuros. Si me invitas a cenar, te lo contaré.

–Tengo una idea mejor. ¿Por qué no te mudas tú al apartamento de encima de la tienda? De ese modo te tendrá a mano si te necesita.

–Yo no necesito un lugar donde vivir –indicó él–. Y además, ya tengo trabajo.

–¿Qué eres? ¿Vendedor de remedios milagrosos?

–¿Qué?

–Estás intentando venderme algo –dijo ella.

–¿Yo? ¿Y qué gano con ello? –intentó contener la risa. Si Neil lo hubiera oído...–. Simplemente intento ayudar a la gente. Tú decides, Juliet, pero piénsatelo bien –había conducido el coche con destreza por las estrechas calles cercanas a la catedral y por fin se detuvo frente a la puerta trasera de la librería–. Pero primero, tenemos que ocuparnos de Archie. ¿Qué crees que es?

–¿A tu amigo Jimmy le gustaban las mascotas exóticas? –dijo ella, abriendo la puerta primero para desconectar la alarma a continuación.

–¿De verdad quieres una respuesta a esa pregunta? ¿Cuánto crees que viven las tarántulas? ¿O las serpientes pitón?

–Oh, por favor... –murmuró ella sin poder evitar un escalofrío.

–Bueno, ha pasado mucho tiempo desde aquello. Seguro que Archie es un periquito histérico.

–Probablemente, pero me hubiera gustado atreverme a preguntárselo a Maggie –contestó ella, inclinándose a mirar bajo el mostrador.

–Bueno, tú estás al mando, yo sólo he venido en misión de ayuda humanitaria –dijo él–. Y no busques ahí a Archie; lo habríamos visto esta mañana.

–Yo no –replicó ella–. No estaba buscándolo –respondió incorporándose–. Pero tienes razón, no está ahí.

–Ha llegado el momento de enfrentarse a lo desconocido.

–Me estás resultando de gran ayuda.

Él le ofreció la mano.

–Tómame la mano si estás asustada.

–Guárdate tus manos para ti, McLeod –dijo ella, abriendo la puerta que daba al piso de arriba. Cuando algo suave y peludo saltó hacia ella en la oscuridad, dio un salto hacia atrás.

Tropezó con el cuerpo de Gregor y dejó de sentir ganas de rechazarlo. No puso objeciones cuando la abrazó con fuerza contra su cuerpo.

Ella estaba temblando y él sabía que debía de sentirse mal por haberle tomado el pelo, pero tenerla en sus brazos era demasiado bueno como para dejarse llevar por un falso arrepentimiento.

Su pelo olía ligeramente a champú y le acariciaba la mejilla, el suave cuello de su jersey tenía el tacto inconfundible del cachemir y podía apreciar las atractivas curvas de su cuerpo, aun por encima de la chaqueta. Su cuerpo tramposo le decía: «Todo irá bien, ella tiene tantas ganas como tú».

Tal vez, pero él no iba a arriesgarse comprobándolo. Quería ver su cara cuando la besara, quería ver que se habría muerto si hubiera tenido que esperar un segundo más.

—No pasa nada —dijo él, retirándose ligeramente. La voz no le salió tan claramente como habría querido y se aclaró la garganta antes de seguir—. Juliet, es sólo un gato.

—Ya lo sabía.

Juliet se estremeció. No se había creído lo de la serpiente o la araña, pero sólo la idea había hecho que se le erizara el pelo de la nuca, y le costó separarse de él. Después del día que había tenido, descansar entre dos fuertes brazos, por irritante que fuera el hombre al que pertenecían, era todo un alivio.

Pero ya había tropezado en esa piedra y Juliet nunca recaía en sus errores.

Alejándose de él, se agachó para acariciar al gato y hablarle suavemente para tranquilizarlo.

—Hubiera preferido que Archie fuera un periquito, porque en ese caso me lo habría podido llevar a casa.

Aqué! era un gato de cuento, grande, de pelo sedoso anaranjado con las patas blancas, como el que había deseado tener de pequeña.

—¿No puedes llevarte un gato?

—Mi madre ya tiene bastantes molestias conmigo; un gato sería un inquilino de más, y eso sin contar con que es alérgica. Vamos, Archie —dijo—, te buscaré algo de comer.

El gato se frotó contra ella, ronroneando sonoramente. McLeod se ocupó de la caja de arena mientras ella le daba de comer y le ponía agua limpia.

—Gracias por ocuparte de eso —dijo ella.

—Para eso estamos los chapuzas.

—Oh, cuánto lo siento por eso, es sólo que...

—Ya lo sé, has tenido un día horrible —la cortó él.

–Los he tenido peores –admitió–. De hecho, podía haber ido mucho peor sin tu ayuda.

–Antes de que empieces a ser demasiado amable conmigo, tengo que decirte que Archie no se vendrá a casa conmigo –dijo Gregor.

–No puedes decir que tu madre es alérgica –replicó ella–. Esa excusa ya la he usado yo.

–Hace años que no veo a mi madre, así que ése no es el problema.

–Oh... Lo siento.

–Fue su elección. He aprendido a vivir con ello, pero sigo sin poder ocuparme de Archie. Mañana por la noche tengo que salir.

–Oh, de acuerdo. ¿Vacaciones o trabajo? –antes de que le pudiera responder, añadió–: Lo siento, perdona, no es asunto mío. Voy a buscar las cosas de Maggie.

–Es el cumpleaños de mi hija. Dieciocho años. Su padrastro le va a dar una fiesta.

–Oh –¿tenía una hija de dieciocho años? Hizo un cálculo rápido y dedujo que debía de haber nacido justo antes de que él desapareciese del instituto–. No lo sabía, lo siento. No por la hija, sino por lo del padrastro.

–No pasa nada. Nos llevamos bien. Me permite que lo pague todo –hizo una pausa y después dijo–: No te olvides de echarle un vistazo al sofá.

Juliet aún seguía dándole vueltas al hecho de que Gregor McLeod tenía una hija mayor.

–¿Qué sofá?

–Has prometido que te quedarías, ¿recuerdas?

Le habría gustado hacerle un montón de preguntas: ¿había estado casado? ¿Cuánto duró? ¿Cómo se llamaba su hija?

–Me parece que el único que ha hecho promesas has sido tú.

Pero ella ya lo había asumido. Archie, que se había ocupado con rapidez de la comida, había vuelto a frotarse contra sus piernas, pidiendo que lo tomaran en brazos y lo acariciaran.

Estaba claro que echaba de menos a Maggie, y probablemente temiera que lo volvieran a dejar solo.

—No tengo elección —dijo, calmando a Archie con un abrazo—. Pero será sólo por una noche. Me ocuparé de buscar algo definitivo mañana.

Solucionar problemas era lo que mejor se le daba, y no sería difícil resolver el asunto de la librería y del gato. Tampoco tenía otra cosa mejor que hacer. La alternativa era volver al pozo de miseria y desesperación.

—Ése es el espíritu que necesitamos, y para demostrarte que no te dejo desatendida, haré todo lo que pueda para arreglar lo de tu coche cuando lleguemos al hospital.

Habría sido demasiado decir que era petulante, pero Juliet apenas pudo reprimir el deseo de darle un puntapié en la espinilla. No había muchos hombres que se ofrecieran a reparar un coche a no ser que cobrasen una barbaridad por el trabajo, pero tampoco quiso mostrarse enteramente desvalida en lo referente a la mecánica automovilística.

—Probablemente sean las bujías —dijo ella—. Es siempre lo mismo. Iba a limpiarlas un poco con la lima de uñas cuando apareciste en plan Lancelot.

—Creo que me confundes con otro caballero andante —dijo—, pero si necesito la lima, ya te la pediré —sacó el móvil del bolsillo y empezó a marcar—. Tengo que hacer una llamada, ¿puedes ocuparte tú de las cosas de Maggie?

—¿Primero cancelas la comida y después la cena? No le cuentes a tu cita la verdad, McLeod, ella nunca te creerá —le advirtió Juliet, ligeramente disgustada e irritada por cómo flirteaba con ella mientras otra pobre mujer estaba esperándolo.

Él le sonrió antes de verla desaparecer en dirección al dormitorio.

¿Qué más podía esperar de ese hombre? Había sido él quien la había levantado, le había sacudido la ropa y la había llamado princesa, para marcharse después con la «reina» del colegio St. Mary's.

Entonces Juliet era una niña y, aparte de en ese momento, él apenas se había fijado en ella, y no tenía la culpa de que Juliet lo adorase y de que casi se le rompiera el corazón cuando desapareció del colegio.

En aquel momento se sentía dolida, le decía el subconsciente. ¿Por qué no dejar que él volviera a levantarla del suelo y sacudirle la ropa? Porque ya era mayor, ya podía librar sus propias batallas y tal vez fuera el momento de empezar a hacerlo.

Después, apartándolo de su mente, miró a su alrededor. A pesar de estar en el centro de la ciudad, el piso tenía el aspecto de una casa de campo, y las vigas de roble del techo ayudaban en gran medida a recrear la imagen. Una antigua chimenea presidía la sala de estar, aunque ahora la habían sustituido por un fuego de gas que se parecía bastante al original.

Pasar la noche allí no sería duro en absoluto, y de repente, la idea de cuidar de una librería y de un gato ya no le pareció una propuesta tan descabellada. Desde luego, no era su puesto de trabajo ideal, pero se sentiría mejor ayudando a una persona que se había portado bien con ella cuando era pequeña y a quien su madre consideraba, si no su mejor amiga, alguien muy cercano.

Tal vez incluso se trajera el ordenador portátil y empezara a trabajar en un nuevo plan de vida de Juliet Howard.

En los cajones de la cómoda encontró ropa interior, un camisón y todo lo necesario para pasar unos días en el hospital. Entonces decidió que tal vez se pensase lo de reorganizar un poco la tienda también.

Sería un pequeño proyecto, pero allí tendría un techo que contendría sus ambiciones.

Fue al baño a buscar un albornoz y algunas cosas más.

—¿En qué estás pensando?

Ella dio un respingo.

—¿Qué?

—Estabas a kilómetros de aquí, pero si no quieres decirme en qué pensabas, princesa, lo entenderé.

—Lo único que estaba pensando es qué necesitaría yo si estuviera en el hospital.

—Ir a casa.

Ella sonrió.

—Eso suena muy atento.

–Me operaron de apendicitis cuando tenía seis años. Vámonos; si falta algo se lo puedes llevar mañana.

–Sí, supongo que será lo mejor.

Él alargó la mano para que le pasara la bolsa que había preparado. Juliet podía llevarla sola, pero si lo hubiera dicho habría provocado otro pequeño encontronazo, así que accedió y se agachó para acariciar a Archie, que no se había separado un instante de sus tobillos, y asegurarle que volvería pronto.

En el hospital, McLeod la dejó en la entrada, después de que ella le hubiera dado las llaves de su coche, y la dejó ir con Maggie. Cuando Juliet volvió media hora más tarde, el motor del viejo coche estaba en marcha. Él apagó el motor y salió del coche.

–Prueba tú.

Arrancó a la primera.

–Gracias. Eres un genio –dijo ella.

Gregor inclinó la cabeza.

–Tendrá que ser una cena muy buena.

–¿Cómo?

–La cena que me debes.

–De hecho, es mi madre quien te la debe. Es su coche, McLeod.

–Pero yo lo he hecho por ti, Juliet. Espero que seas tú quien salde la deuda.

–Oh, pero...

–No te pongas nerviosa. He cancelado la reserva que había hecho para esta noche.

–¿Perdón?

–¿Tenías algo más planeado después de visitar a la enferma?

Por eso había aparecido en el hospital. Sabía que ella estaría allí.

Juliet ignoró la atracción que empezaba a sentir hacia él y dijo:

–Mi plan era pasarme la noche buscando un piso que pudiera permitirme en los anuncios del periódico.

Él sonrió.

–Bueno, eso ya lo hemos solucionado, así que podemos concentrarnos en la comida. Cuando salimos del piso de Maggie ya era demasiado tarde ir a un restaurante, y sólo nos queda la opción

de comida para llevar. ¿Qué te apetece? Como eres tú quien paga, tú decides. ¿Chino? Hay un buen tailandés...

–Para, McLeod. No accedí a invitarte a cenar, y en caso de que lo hiciera...

¡Dejaba una puerta abierta!

–¿Sí? –dijo él rápidamente, aprovechando la oportunidad.

–Preferiría ser yo la que eligiera el sitio y el momento.

–Los dos sabemos que si te dejo elegir a ti, será el día que las vacas vuelen...

Así debería haber sido si ella hubiera conservado la cabeza en su sitio.

–La espera es lo mejor –dijo Juliet con dulzura.

–De acuerdo, estoy dispuesto a esperar por una buena cena con buen vino y excelente compañía. ¿El sábado te parece bien? Pero entonces tendrás que estar dispuesta a pagar lo que yo quiera –no le dio oportunidad de rechistar y añadió–: Supongo que necesitarás que te lleve de vuelta a casa de Maggie, a no ser que tu madre esté dispuesta a dejarte su coche para siempre.

–No, lo necesita para ir a trabajar, pero había pensado llamar a un taxi.

–Por favor, la misma conversación otra vez, no. Yo te seguiré –y le cerró la puerta del coche antes de dirigirse al Jaguar.

Cuando él arrancó, ella ya había salido del aparcamiento. No le apetecía demasiado volver sola a la oscura callejuela de la parte trasera de la tienda, pero tampoco quería parecer incapaz de ocuparse de ciertas cosas ante él. Pero no tendría que hacerlo, porque estaba segura de que cuando mirara por el retrovisor, vería el jaguar siguiéndola de cerca.

Era ridículo sentirse irritada por la seguridad que tenía Gregor en que, tarde o temprano, ella acabaría sucumbiendo a sus encantos. Juliet era la primera en admitir que él tenía motivos para tener tanta confianza en sí mismo; pero no podía saber que ella acababa de vacunarse contra los hombres manipuladores con ojos azules y sonrisas encantadoras, y era completamente inmune a ellos.

Deseó que se marchara a flirtear con alguien con quien tuviera más posibilidades. Alguien a quien no le importase que la llamase

princesa; por ejemplo, la chica a la que había plantado a la hora de comer.

–No tardaré –dijo cuando él aparcó frente a la casa de la madre de Juliet. En sus tiempos había sido una gran mansión, y posteriormente la habían dividido en pequeños apartamentos.

Durante un terrible instante Juliet pensó que él insistiría en acompañarla hasta la puerta principal y que tendría que presentarlo. Tal vez tuviera casi treinta años, pero su madre deduciría rápidamente por qué había tardado tanto en arreglarse por primera vez desde que había perdido su trabajo: se habría sentido como una adolescente llevando a casa al chico malo del colegio. Nunca había hecho eso, no había sido tan estúpida y su madre la había inculcado la importancia de estudiar para poder tener una buena carrera. Lo único que había a casa fueron deberes y más deberes. Hasta entonces.

–Tengo que explicarle a mi madre dónde estaré y preparar una mochila. Tardaré unos diez minutos como máximo –dijo Juliet.

–Tómate el tiempo que necesites. Te esperaré aquí.

Pensándolo bien, tal vez, como chico malo de la escuela, tuviera experiencia en evitar a las madres disgustadas. Aquel día no tenía que preocuparse; su madre estaría en el bingo y lo único que tenía que hacer era dejarle una nota diciéndole dónde estaba junto con las llaves del coche.

Él estaba apoyado contra la puerta del coche hablando por el móvil cuando ella salió de casa. Al verla, colgó y se lo guardó en el bolsillo.

–¿Ella empieza a impacientarse? –preguntó Juliet.

–Él –aclaró Gregor, tomando el portátil y la mochila antes de abrirla la puerta–. Era por trabajo.

–Un poco tarde para eso, ¿no?

–Ya sabes cómo es esto, Juliet –y desplegó una sonrisa que tardó un instante en dibujarse por completo–. Un chapuzas no acaba nunca de trabajar.

Ella entró en el coche sin decir nada. Él seguía sonriendo cuando se sentó al volante. Ya se había disculpado, no iba a echarse a llorar para implorar perdón.

–¿Has decidido qué te apetece comer? Seguro que tienes hambre.

Juliet se moría de hambre por primera vez en semanas, pero no estaba dispuesta a admitirlo. Seguro que Maggie tenía alguna lata de comida preparada en casa que pudiera calentar.

–Gracias, pero creo que me reservaré, con el placer de la espera, hasta el sábado.

–¿El sábado?

–Has sido tú el que ha fijado la fecha antes, ¿no te acuerdas? ¿A las ocho en el muelle del Ferry?

–¿En el Ferryside?

–¿Hay eco en este coche?

–¿Puedes permitirte ir al Ferryside?

Probablemente no, pero había merecido la pena por haberle dejado sin palabras por unos segundos.

–Ya te lo he dicho, McLeod, no me conformo con poco.

Capítulo 5

Greg se obligó a resistirse a todos sus deseos, sobre todo a la urgencia de besar a Juliet. Con el paso de los años había aprendido mucho, especialmente a tener paciencia y esperar para lograr lo que deseaba. A ella la había deseado desde que había oído su voz por teléfono y, a pesar de su frialdad, había conseguido despertar el instinto primitivo que llevaba dentro.

Había sido el mismo impulso que lo había metido en tantos líos cuando era joven, lo que lo había llevado a arriesgarse y a, por fin, poner su sello en la ciudad que una vez lo rechazó.

Pero el tiempo y la experiencia habían calmado sus ímpetus y le habían enseñado a que la precipitación sólo trae consigo dolor y sufrimiento. Con paciencia, y dinero para engrasar las maquinarias, casi todas las puertas se abrirían ante él.

Casi todas.

Su instinto le decía que Juliet Howard necesitaría un abordaje sutil, que haría bien en tomarse en serio todas las advertencias de «manos fuera» que ella le había lanzado durante todo el día. Probablemente no fuera una mala idea pasar un par de días en la otra punta del país, donde la tentación no pudiera vencer sus buenas intenciones porque, por primera vez en mucho tiempo, se sentía a punto de romper sus propias reglas y no pensar en las consecuencias.

Salió del coche rápidamente para no echarlo todo a perder. No pudo abrirle la puerta porque ella no lo esperó, y le llevó la bolsa hasta la puerta de entrada de la tienda. Ella abrió y él se mantuvo a una distancia de seguridad.

—¿Estarás bien aquí sola? —preguntó Gregor.

—Un poco tarde para preocuparse por eso, ¿no crees? ¿O vas a ofrecerte también a mirar debajo de la cama por si hay ladrones?

—No, estás segura —dijo, sonriendo—. Ya lo he comprobado antes. Asegúrate de volver a encender la alarma antes de subir.

—No lo olvidaré. Buenas noches, McLeod.

Cuando ella se acercó un poco más a la puerta, él le bloqueó el paso. Hubo un instante de resistencia, ella abrió mucho los ojos cuando él la tomó por el brazo y le levantó ligeramente la manga de la chaqueta. Después, sin dejar de mirarla a la cara, sacó un bolígrafo de su chaqueta.

—Llámame y dime dónde quieres que te recoja el sábado —dijo él.

La suave y blanca piel de su antebrazo era cálida y olía a vainilla, una tentación para los sentidos. Entonces necesitó de todo su autocontrol para seguir con su plan original y usarlo como hoja en la que escribir su número de teléfono.

—Ya tengo tu número.

—¿Sí?

Él le había dado su tarjeta, pero lo del brazo había significado algo más que darle su número. Había sido algo mucho más primitivo, una forma de poner su marca sobre ella. La pausa que se produjo antes de que Juliet aprovechara para soltar su brazo reveló que ella también lo sabía.

—Estaba seguro de que lo habías tirado en cuanto me di la vuelta.

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó ella, con los ojos brillantes por el reflejo de la luz de una farola—. Los buenos chapuzas son un tesoro...

Su sarcasmo le sirvió para darle confianza; Juliet lo usaba para mantener la distancia, sugiriendo que también ella tenía que luchar contra sus deseos, lo cuál era muy prometedor.

—Gracias por lo de «bueno» —dijo él.

—A César lo que es del César... Además, pensé que estarías seguro de encontrarme aquí el sábado —faltó un «esperándote» que flotó entre ellos un segundo antes de que ella continuara—, cuidando de la tienda y de Archie.

Él sacudió la cabeza.

–Sospecho que cualquier respuesta que te pueda dar se volverá en mi contra. Te diré simplemente que sólo asumiré que el sábado tendré una buena cena en buena compañía.

Su recompensa fue una espontánea sonrisa.

–Oh, eso ha estado muy bien, McLeod. Eres muy bueno.

Por un momento quedó transfigurado al mirar el gesto de su boca, algo que le trajo recuerdos del pasado. ¿Por qué no podía acordarse?

–¿McLeod?

–Lo siento, me he quedado sin habla por un momento. Me alegro de que aprecies mis esfuerzos.

–Me parece muy bien que te esfuerces, pero lo que conseguirás será una cena, no una cita –después añadió–: Si no apareces, supondré que te ha entretenido alguna damisela en apuros.

–Maldición... –pero antes de poder decirle que si la dejaba plantada sería porque se lo tenía merecido, se encontró frente a una puerta cerrada. Entonces pensó en la advertencia de Neil: problemas.

Pero mientras daba un paso atrás mirando la fachada, esperando ver una luz que le indicara que había llegado al piso de arriba sin más problemas, se dio cuenta de que no podía borrar la sonrisa que tenía dibujada en la cara. Desde luego, no podía dejar que ella dijera la última palabra.

Juliet se preparó algo para cenar con Archie ronroneando a sus pies y después pasó una hora navegando por Internet buscando trabajo. Ya había probado a dejar sus datos en las páginas de las mejores empresas, pero hasta ahora nadie había llamado a su puerta. Aquello le devolvía la idea de que el trabajo que siempre había querido, aquél por el que había trabajado duramente, ya no estaba a su alcance.

La verdad era que ningún trabajo la complacería tanto como el que se había ganado con esfuerzo. Se vio obligada a admitir que lo único que la complacería en ese momento sería ver a Lord Markham llamando a su puerta para decirle que había cometido un error y que

la empresa la necesitaba para poner en marcha «su» plan, fruto de sus ideas, su experiencia y su trabajo, suplicándola que volviera con las condiciones que ella pidiera.

Pero eso era una estupidez.

La primera norma de la gestión era que nadie era indispensable, pero volvió a abrir el archivo. No se lo había dejado ver a nadie excepto a Paul. Había sido tan vanidosa como para pedirle opinión, esperando escuchar sus alabanzas, queriendo impresionarlo con su brillantez...

Archie se frotó contra su tobillo. Cuando se inclinó, obediente, para rascarle la oreja, vio el número que Gregor McLeod le había escrito en el brazo.

Desde luego, invitar a cenar a McLeod no había sido un movimiento seguro para una mujer, pero los negocios no le habían ido bien jugándose todo a la carta segura: Paul se la había ganado por parecer justo lo contrario del macho depredador que cualquier mujer concentrada en su carrera evita como la peste. A pesar de su belleza masculina y su buena apariencia, parecía tan... Buscó una palabra para describirlo y lo único que encontró fue «inofensivo». No era una gran referencia para un amante, pero cuando estaba con él, se había sentido con el control de la situación. Él nunca la presionaba, siempre le había dejado marcar el ritmo, y ella había pensado que era porque era su sombra temporal, porque se preocupaba de no sobrepasarse mientras trabajaban juntos. Le gustaba eso de Paul; se había sentido segura con él.

Tan segura estaba que le había comentado sus ideas, halagada por su interés, y lo había llamado a medianoche para decirle que por fin su obra estaba concluida. Él se había presentado veinte minutos después con una botella de champán insistiendo en que debían celebrarlo.

¿Fue entonces cuando lo copió en el lápiz de memoria que siempre llevaba en su llavero? ¿Mientras ella buscaba las copas? Había esperado que él insistiera en pasar la noche con ella, a lo que no se habría podido resistir, pero puso la excusa de una reunión el fin de semana. Aquél había sido el comienzo.

No había vuelto a tocarla hasta el beso traidor que le corrió el maquillaje de los labios y la retrasó lo suficiente como para poner distancia entre ellos.

El suave ronroneo de Archie la hizo sentir mejor. Tal vez, cuando hubiera encontrado una casa, acudiera a un refugio de animales y adoptara a algún alma solitaria como la suya.

—¡Oh, por Dios, Juliet Howard! —exclamó—. No eres la primera persona a la que le pasa algo así. Supéralo, avanza...

«O por lo menos, muévete...» Vivir en casa y dejar que su madre la cuidara no era un comportamiento en absoluto propio de un adulto. Ya estaba bien de autocompasión y, llevando a Archie en brazos para que le hiciera compañía, subió al piso superior para echar un vistazo.

Tenía la misma superficie que el piso inferior, pero el espacio habitable era menor por el techo abuhardillado. Y las paredes pintadas de negro no ayudaban demasiado. McLeod no bromeaba con lo del rojo y el negro, pero no era nada que no se pudiera arreglar con unos cuantos botes de pintura.

Tal vez él pudiera hacerlo. Aquello le costaría algo más que una cena, estaba segura de eso, pero se dio cuenta de que estaba sonriendo al pensar en el regateo que tendrían con el precio.

Por muy irritante que fuera aquel hombre, le había recordado que sabía sonreír...

Después, algo sorprendida por la oleada de placer que la había invadido, bajó las escaleras y preparó el sofá para pasar allí la noche. Con Archie a sus pies, pasó un buen rato despierta pensando en cómo convertir el largo recibidor en un lugar de trabajo, con un escritorio en forma de L bajo el techo abuhardillado. Si pintaba las paredes de color crema, quedaría mucho más luminoso, y seguro que había buenas planchas de madera bajo la desagradable moqueta...

Aquello eran puras fantasías. Ella no necesitaba un espacio de trabajo, pero aquello era más interesante que contar ovejitas. Y mucho más efectivo a la hora de distraerla del indudable placer que le produciría acercarse de forma más íntima a McLeod. Pero eso era

algo que, a pesar de lo real de la tentación, no tenía intención de hacer.

El cartero la despertó cuando llamó a la puerta de la tienda con un paquete desde América que necesitaba una firma.

—¿Cómo está Maggie? He oído que sufrió una caída. Espero que no fuera nada demasiado serio —le pasó un bolígrafo y esperó a que ella firmara—. ¿Se ocupará usted de todo mientras ella está en el hospital?

—Eso parece —dijo ella, devolviéndole la hoja y el bolígrafo, antes de tomar un montón de cartas y cerrar la puerta.

Le echó un vistazo al correo mientras volvía a la tienda, dejando el paquete, que según la etiqueta contenía libros, sobre el escritorio. Había un par de facturas, pero el resto del correo parecía ser personal, así que lo dejó a un lado, junto a las cosas que tenía que llevar al hospital, antes de subir a ducharse.

Apenas había subido la mitad de los escalones cuando volvieron a llamar a la puerta, esa vez en la puerta trasera. Un vistazo rápido a través de la escueta ventana confirmó que la furgoneta de Duke estaba aparcada frente a la puerta trasera.

No pudo evitar el vuelco que le dio el corazón; en teoría sabía que McLeod no era el tipo de hombre ideal para una mujer sensible, que una mujer con cabeza no se rendía fácilmente a un par de ojos azules, pero los hombres como él desprendían un magnetismo especial.

Tal vez hubiera tenido suerte porque nunca ninguno de esos hombres se había fijado en ella. O tal vez no.

Jugar a la baza segura podía convertirse en una costumbre.

—¿No podías alejarte demasiado, verdad? —preguntó ella mientras descorría los cerrojos, para sentirse una completa idiota al ver que frente a la puerta había un hombre joven al que no había visto nunca. Llevaba un peto de pintor y una caja de herramientas en la mano, y la sonrisa confiada del que estaba seguro de que su llegada suponía una buena noticia.

—¿Señorita Howard? —ella asintió—. Soy Dave Potter. Me envía Mac.

Casi podía saborear el amargor de la decepción que sentía.

–¿Se dejó algo ayer?

–¿Cómo?

–Cuando vino a arreglar la ventana –dijo ella.

–¿Mac le arregló la ventana? –la cara de sorpresa sustituyó a la sonrisa de Dave Potter.

Consciente de que su buena obra podía traerle problemas, ella dijo:

–A la hora de comer. Maggie Crawford es amiga suya.

–Oh, de acuerdo. No sé nada de eso. Lo que me ha dicho es que venga a pintar el piso superior. Dijo que era urgente. He traído algunas muestras de pintura para que pueda elegir el color –dijo, tendiéndole un sobre grande–. Si lo prefiere, también puedo ponerle papel pintado. Mac me ha dicho que la dejara elegir y después me ocupara de todo.

¿Pintura? ¿Papel pintado?

–No hay prisa –dijo él al ver que ella no respondía–. He traído todo lo necesario para preparar las superficies antes de hacer nada definitivo. ¿Quiere darme la llave de la entraba por el exterior? –preguntó él, obviamente interpretando su boquiabierta cara de pez por admiración–. De ese modo no tendré que molestarla con mis idas y venidas.

Aquel hombre era completamente inocente y no se merecía ninguna de las respuestas que le estaban pasando a toda velocidad por la cabeza.

Había una única persona con la que quería hablar y, por suerte, todavía tenía su número escrito en el brazo, a pesar de sus intentos por borrarlo la noche anterior.

–¿Me da un momento, señor Potter? –dijo mientras empezaba a marcar el teléfono–. McLeod –empezó a decir, furiosa, en el minuto en que oyó una voz–. Tengo que decirte que eres sin duda el mayor...

Era el buzón de voz y ella se quedó mirando furiosa al teléfono un momento, dudando si lanzarlo contra la pared.

–Mac está de camino a Escocia –dijo Dave amablemente–. Probablemente tenga el teléfono apagado, pero me dijo que le dijera

que no se preocupara por el dinero, que lo añadiría a la factura.

–¿Que dijo qué?

–Tal vez lo entendí mal –dijo él, dando un paso atrás al ver la mirada de Juliet.

–No, no. Lo siento, no es culpa suya –se apartó el pelo de la cara y se dio cuenta de que estaba temblando–. ¿Escocia? –repitió.

–Una reunión familiar, creo, con faldas escocesas y gaitas. ¿Empiezo ya?

¿Por qué se sorprendía? Él no tenía acento escocés y se había criado en Melchester, pero un nombre como el de Gregor McLeod tenía que tener unas profundas raíces en los Highlands escoceses.

–Espere un momento. Voy a buscar la llave –dijo ella por fin.

Si quería redecorar el apartamento para que Maggie lo alquilara, era sólo asunto suyo, pero puesto que se había pasado media noche pensando en combinaciones de colores, no tenía por qué privarlo de su consejo.

Después de darle la llave a Dave, eligió los colores de las habitaciones gracias a las muestras que éste le enseñó.

–Tal vez también pueda quitar la moqueta de la entrada. Una vez que el suelo esté lijado y barnizado, una alfombra quedará mucho mejor –dijo, pasándole la muestra de colores.

–Me ha impresionado –dijo Dave ante su capacidad para tomar decisiones sin dudar–. Normalmente la parte de elegir los colores lleva más tiempo que el trabajo en sí. ¿Quiere que quite la moqueta del resto del piso?

–Yo no quiero nada, señor Potter. Esto no tiene nada que ver conmigo –le informó, ignorando todo el tiempo que había pasando la noche anterior pensando en ello, en los muebles que podrían quedar bien, en dónde colocarlos... había sido una sucesión de fantasías.

Se negaba a dejarse manipular por Gregor McLeod en lo referente a aquel piso. Tal vez estuviera temporalmente sin trabajo, pero era sólo un pequeño obstáculo en su plan de vida.

No pensaba dedicarse a llevar una librería. En cuanto encontrara a una persona que la sustituyera, se marcharía de allí, y no pensaba abusar de la buena fe de Maggie al ofrecerle el piso de arriba.

–Bueno, la madera desnuda sería un poco ruidosa, ¿no? Sobre todo si vive alguien abajo –Juliet lo decía por experiencia–. El resto de la moqueta está en buen estado, sólo necesita una buena limpieza –después se encogió de hombros, como para evitar tomar ninguna decisión–. Probablemente.

–Sí, señorita Howard –fue la respuesta de Dave.

Tenía la incómoda sensación de que tomaba cada cosa que ella decía como una orden, y sintió una punzada de culpabilidad.

–Lo mejor será que lo aclare con el señor McLeod. Puede resultar bastante caro.

Por un momento Dave pareció a punto de decir algo, pero luego repitió:

–Sí, señorita Howard.

–Le traeré una taza de té tan pronto como me arregle –bajó al piso de abajo, encontró el calentador de agua, lo encendió y puso la tetera en el fuego.

Su madre fue su siguiente visita.

–Hola, mamá –dijo, no especialmente sorprendida de verla–. ¿No llegarás tarde al trabajo? Será la segunda vez esta semana.

–La segunda vez en veinte años –corrigió ella–, pero he llamado para avisar de que no llegaré hasta las diez. Quería asegurarme de que estabas bien. ¿Vas a ocuparte de la tienda mientras Maggie esté en el hospital?

–Es temporal, pero ella estaba muy inquieta por la tienda y por su gato. Aunque no tengo ni idea de cómo llevar una librería.

Su madre se encogió de hombros.

–No se trata de física cuántica –dijo–. ¿Cómo está Maggie?

–Piensan que ha sido una apoplejía leve y están haciéndole pruebas. Sospecho que va a tener que replantearse el vivir aquí ella sola. Tal vez incluso dejar la tienda.

–Tal vez, pero seguro que se recuperará antes si piensa que tiene un motivo para volver. Me pasaré a verla esta tarde. Ganamos al bingo anoche, eso la animará. ¿Has desayunado?

–No. Pensaba pasarme por la panadería en cuanto tuviera un minuto.

–Pon la tetera en marcha, voy por un par de bollos –tomó un libro de la mesa de novedades–. Nunca lo dirías por el aspecto externo, pero ésta es una buena librería. Maggie siempre tiene libros de misterio que no se pueden encontrar en ningún otro sitio, aunque le vendría bien un lavado de cara. En la mayoría de las librerías modernas sirven café y snacks, pero supongo que ya no merece la pena hacer algo así aquí, ahora que van a derribarlo todo.

–¿Derribarlo? ¿De qué estás hablando?

–Esta parte de la ciudad. Está en muy mal estado.

–Pero es el centro histórico de Melchester, seguro que tiene algún tipo de protección. ¿Dónde has oído eso?

Su madre se encogió de hombros.

–Alguien comentó en el bingo que conocía a una chica que había trabajado un tiempo en el departamento de planificación y había dicho que esta zona está incluida en el nuevo plan de desarrollo.

–Oh, entonces son sólo rumores. Por un momento me has preocupado. ¿Puedes traer otro bollo más? Hay un decorador trabajando en el piso superior.

–¿En el piso superior?

–Maggie me lo ha ofrecido. Es bastante bonito, o lo será después de la redecoración. Te invitaría a subir a verlo, pero Archie te haría estornudar durante todo el día.

–¿Archie?

–Grande, naranja y peludo.

–Es una pena. Los hombres son como las bicicletas: es mejor que vuelvas a subirme al sillín cuanto antes después de haberte caído, o perderás la confianza en ti misma.

Ligeramente sorprendida, Juliet dijo:

–¿Y eso? ¿Acaso te pasó eso con mi padre?

–Tu padre... –después se detuvo–. Voy a buscar los bollos.

Su madre no le diría nada más.

–¿Puedes traerme también café, leche y pan? Espera, te daré dinero.

–No te preocupes, ya me pagarás. Dime, ¿el piso va con el trabajo?

–No es un trabajo, es sólo una ayuda por una situación de emergencia, pero si quieres tener más espacio en casa, no tienes más que decirlo.

En ese momento entró una clienta que había oído que Maggie estaba en el hospital, pero esperaba poder recoger un libro. La madre de Juliet salió de la tienda con una sonrisa y la dejó ocuparse de la mujer.

Muchos clientes que habían sabido del accidente de Maggie acudieron a recoger sus pedidos. Le tomó un tiempo convencerlos de que la tienda no iba a cerrar, al menos no de forma inmediata, y no había conseguido ir a la cocina a encender la tetera cuando volvió su madre.

–No te preocupes, me tomaré el té en el trabajo –dijo dejando una bolsa sobre el mostrador–. ¿Necesitas algo de casa?

–No tienes que preocuparte por mí, mamá.

–Vas a tener mucho trabajo aquí.

–Eso es cierto. Espero ver a Maggie esta tarde y que me aclare unas cuantas cosas. Espero también que me deje hablar con su hijo para que sea él quien tome ciertas decisiones sobre la tienda, pero tendré que esperar hasta esta tarde.

–Lo que necesitas es una chica trabajadora para que te ayude. Los jóvenes tienen vacaciones de Semana Santa y una de mis compañeras de trabajo tiene una hija simpática y fiable que estaría deseosa de ganar un dinerito. ¿Le digo que venga a verte?

No dudó un instante. Maggie no le iba a pagar nada a ella, después de todo.

–Por favor, cuanto antes, mejor.

–Bien. Y vendré a cubrirta a la hora de comer, si quieres. Puedes ir al hospital en mi coche.

–Eres una madre estupenda y no te lo digo lo suficiente.

–Sí, pero pórtate bien con la pobre Maggie.

El sonido de su teléfono móvil cortó la conversación y Juliet esperó a que su madre se marchara para responder.

–Hola, princesa.

McLeod. ¿Por qué no había comprobado quién era antes de responder? Así podría haberse dado tiempo para tomar aliento.

–Tenía una llamada perdida y pensé que podías ser tú.

–Buen intento.

Él dudó ¿Acaso no era irritante? Su arrogancia al asumir que sería ella, que podía haberle mentido...

¿Por qué iba a mentirle?

¿Por qué le había mentido?

–¿Cómo estás? –preguntó Gregor, irrumpiendo en sus confusos pensamientos–. ¿Lograste dormir anoche?

¿Dormir?

«Respira», se dijo a sí misma mientras su cerebro buscaba una respuesta: algo frío y distante que no indicase que había pasado un solo segundo pensado en él.

–¿Dormir?

–Sí, cuando te tumbas, cierras los ojos y cuando los abres es por la mañana. Se supone que ibas a hacerlo en el sofá de Maggie. ¿Qué tal? ¿Has pasado frío?

–He dormido bien. Archie es mejor que una manta eléctrica.

–Yo hubiera sido mejor todavía.

No había respuesta posible para esa afirmación, o al menos ella no estaba preparada para asimilarla, así que dijo:

–Espero que no estés hablando mientras conduces, McLeod. Ni siquiera con el manos libres. Es muy peligroso.

Capítulo 6

Nada en la expresión de Gregor McLeod reflejaba el hecho de que acababa de tener uno de esos momentos geniales que lo habían llevado al éxito.

Seguridad.

A pesar de su aparente fortaleza y su independencia, Juliet Howard, aunque no fuera capaz de admitirlo, estaba enganchada a las cosas seguras.

—¿Ha empezado Dave a trabajar en el piso? —preguntó, sin molestarse en tranquilizarla, a pesar de que estaba tranquilamente sentado en el asiento trasero del Rolls que lo había recogido en el aeropuerto. En realidad no era su medio de transporte favorito, pero irritaba tanto a los abuelos maternos de su hija que le compensaba.

Además, si Juliet se preocupaba por él sería porque había estado pensando en él, y puesto que Gregor no había conseguido quitársela de la cabeza, aquello le parecía muy justo.

—Está aquí desde las ocho. Estoy segura de que Maggie te lo agradecerá.

—No lo hago por Maggie —dijo él—, pero si eres tan lista como te creía, eso ya lo sabrás.

—¿Crees que soy lista? —aquel giro irónico hacía que la pregunta pareciese más una oferta de paz que una petición de un cumplido.

—Claro que sí —dijo él, feliz—. Y tan cabezota que lo habrías rechazado sólo para no estar en deuda conmigo.

—Pinta lo que quieras, Gregor McLeod, pero no te debo nada.

—¿Cómo que no? ¿Y por qué me llevas a cenar el sábado?

Oyó una respiración ultrajada y después:

—Qué te siente bien el aire de los Highlands, McLeod.

Y colgó.

–Maldición.

–¿Se resiste la chavala de la voz de chocolate suizo? –dijo Neil, levantando la vista del periódico.

–Neil, no te vendría mal que te pusieras al día en cuanto a terminología incorrecta para designar a las mujeres. No creo que en ningún momento de tu lejana juventud Juliet pudiera haber sido considerada una chavala.

Estaba muy lejos de serlo. Aunque la primera vez que la vio no quedó impresionado, era capaz de reconocer sus errores. En el hospital, desde el pelo rubio oscuro a los zapatos de diseño, emanaba un aire de mujer exitosa que él sabía reconocer y seguía sin comprender cómo una mujer como ella tenía tiempo suficiente para ayudar en una librería que había superado ya su fecha de caducidad.

Neil seguía mirándolo, esperando una respuesta.

–Es una mujer educada y elegante.

–Entonces sí que estás metido en líos. Luego no digas que no te lo advertí.

«Ése es el problema de emplear a alguien a quien conoces de toda la vida, que te pierden el respeto», se dijo Gregor para sí dejando el teléfono sobre el asiento de cuero, y retomó el informe del arquitecto sobre la modernización de la rivera que estaba revisando cuando le había surgido la necesidad de oír su voz.

–Intentaré recordarlo cuando me invite a cenar en el Ferryside el sábado.

–¿Te va a invitar a cenar?

Con eso acababa con la petulancia...

–Deberías prestar más atención cuando escuchas las conversaciones ajenas.

–Si querías una conversación privada, tenías que haber esperado a llegar al hotel –dijo, encogiéndose de hombros–. No vas a dejar que pague, ¿verdad?

–Estamos en el siglo veintiuno, Neil, ahora hay igualdad.

Se permitió una sonrisa divertida y después se dedicó a estudiar la conversión de los nuevos edificios del plan de desarrollo del viejo

muelle. Aquello no le sirvió para olvidarse de Juliet: habría deseado tenerla a ella a su lado en lugar de al cínico que tenía por mano derecha.

Pero la decisión de los gobernantes de la ciudad de dar a conocer el área de desarrollo antes de la fecha prevista lo obligaba a llevar consigo a Neil para trabajar en ello antes y después de la fiesta de Chloe.

–Mark Hilliard ha hecho un buen trabajo. No veo muchos problemas.

–Por lo que te cobra, tendría que hacer que la ciudad te pusiera una alfombra roja a tu paso.

–Esa es la idea generalizada –dijo él, sonriendo.

–Bueno, no seas tan optimista. Cuando tu plan salga a la luz, tendrás un montón de fanáticos de los ladrillos viejos protestando a tu puerta.

–Es una pena que ninguno de ellos se preocupara cuando Duke dejó que la zona de Prior's Lane se deteriorase, a pesar de seguir elevando los alquileres.

–Hablando de tu nuevo solar, ¿qué piensas hacer con él?

–A la ciudad le vendrá bien tener más plazas de aparcamiento.

Neil hizo una mueca.

–Aunque cubrieses Melchester de hormigón seguiría sin haber suficientes. Habría que intentar que la gente dejara de usar su coche para ir al centro.

–Bueno, Hilliard está trabajando en ese aspecto también. Lo veré el viernes por la tarde.

Juliet, aún algo temblorosa, se dirigió a la cocina a preparar una cafetera. Mientras el café subía, abrió el paquete de libros que había llegado aquella mañana.

¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¿En qué estaba pensando cuando invitó a McLeod a cenar al restaurante más romántico de la ciudad y posiblemente de todo el país?

En la portada del primer libro que tomó aparecía una belleza bien dotada entre los brazos de un fuerte escocés vestido sólo con una

falda y una manta escocesa sobre el hombro desnudo. Soltó el libro al instante, como si le quemara las manos.

Un cliente difícil le resultó de gran ayuda para distraerse, y cuando al fin consiguió desempaquetar el resto de libros, ya estaba lo suficientemente calmada como para buscar entre ellos los que había encargado el grupo de lectura. Aquello parecía un buen negocio y se preguntó dónde se reunirían para charlar sobre los libros que leían. Y entonces comprendió el significado de los sillones y las estanterías de libros usados.

Aprovechando el momento de calma, decidió sumergirse en el papeleo para ver cómo estaban las cuentas de la tienda. Su mente voló hasta imaginar la parte trasera de la tienda convertida en un área donde los clientes pudieran entretenerse y tomar un café con un libro en la mano. ¿Habría un grupo de lectura de novelas de misterio? Seguro que, de haberlo habido, su madre habría estado en él. Podrían remodelar la tienda y convertirla en un sitio especializado al que los fanáticos de estos géneros acudirían en masa.

El trabajo de Dave estaría mucho mejor aprovechado en la parte de abajo, repintando las paredes y alegrando un poco la tienda. Tal vez McLeod estuviera dispuesto a ceder parte de su tiempo por una buena causa...

Sus pensamientos se volvieron en dirección a Saffy, la estudiante que le había enviado su madre y que acababa de entrar. Llevaba un aro en la nariz, demasiado maquillaje y la falda demasiado corta: una chica de diecisiete años, en resumidas cuentas

–Mi madre me ha dicho que necesitaba una ayudante –dijo.

–Pues así es.

Después de acordar con ella las condiciones del trabajo, Juliet empezó a enseñarle el funcionamiento del negocio.

–¿Qué tal estás, Maggie?

–Estaré bien en cuanto dejen de sacarme sangre como vampiros a todas horas. Esa enfermera es peor que Drácula.

–Bueno, parece que estás mucho mejor –dijo Juliet, dejando un zumo de naranja sobre la mesita.

–Sobreviviré. ¿Y tú? ¿Quién se está ocupando de la tienda?

–Mi madre se ha quedado allí para que yo pudiera venir a verte un rato. Ella vendrá esta tarde. He contratado a una chica para que me ayude durante las vacaciones escolares, espero que no te importe.

–Haz lo que creas que tienes que hacer. No sé cómo pude pedirte que te ocuparas de todo, pero me alegro de que lo hicieras.

–Échale la culpa a Gregor McLeod, él te dio la idea cuando te vio tan preocupada. Pero todo va bien, en serio. Nos hemos acomodado en tu sofá y estamos de lo más cómodos.

–¿Gregor y tú? –preguntó Maggie con tono de sospecha.

–Archie y yo –dijo ella con firmeza–. Te he traído el correo personal. Las facturas pueden esperar.

–Será mejor que la próxima vez me traigas la chequera –dijo Maggie, aparentemente resignada a pasar allí unos días–. Esto no es correo personal, sino pedidos de libros.

–¿Cómo? ¿Vendes por correo? ¿Eso es algo habitual?

–Probablemente no, pero llevo años haciéndolo. Hay una mujer americana que no podía conseguir los libros de sus autores favoritos en Melchester y me preguntó si podía pedirselos. Cuando se mudó a otra ciudad, me pidió que se los siguiera enviando por correo. Después se lo dijo a sus amigas y ahora me llaman y me escriben desde todas partes pidiéndome libros. Incluso americanas pidiéndome obras de autores ingleses. Hay gente que no se fía de Internet. ¿Puedes ocuparte de ello? –le dijo, devolviéndole el montón de sobres y empezando a explicarle en proceso.

–Maggie, ¿recuerdas que me dijiste que podía cambiar algunas cosas de sitio?

–¿Te refieres a esa maldita mesa? –dijo Maggie, frunciendo el ceño.

–Sí, pero estaba pensando en ir más allá –y le contó algunas de sus ideas–. No quiero presionarte, pero piénsalo. Podemos hablarlo dentro de un par de días.

–No, tienes razón. He dejado que las cosas se me escapen de las manos, me he quedado anticuada.

–Nada de eso, pero no te vendría mal cierta ayuda. Con el alquiler del piso de arriba aumentan tus ingresos, así que puedes permitirte

pagar temporalmente a una estudiante.

–¿Y tú? No espero que trabajes gratis.

–No pasa nada. Para mí son casi unas vacaciones, y es mucho más útil que estar tomando el sol en la playa.

–Bueno, si tú lo dices... Pero necesitarás dinero para pagar a esa chica. Cuando te marches, dile a la enfermera que me gustaría que me trajera el teléfono. Le diré a mi contable que se pase a verte.

–De acuerdo. Ah, y Gregor McLeod ha enviado a alguien para que pinte el piso de arriba.

–Qué buen chico. Era terrible de joven, y se metió en muchos líos por una chica, pero tiene buen corazón –después sonrió–. Y buena planta.

–¿Entonces te parece bien? –preguntó Juliet, sin dejarse arrastrar por el comentario sobre el aspecto de McLeod ni por la curiosidad por los «líos» en que se había metido. El hecho de que tuviera una hija respondía en gran medida a esa pregunta–. Bien, quería saber tu opinión.

–Por lo que sé de ti, Juliet, diría que has convertido en costumbre el hacer las cosas bien, pero no tenías que preocuparte. Gregor se pasó por aquí antes de volar a Escocia para decirme lo que iba a hacer. Dijo que te dejaría elegir los colores que quisieras.

–Eso dijo, pero...

Pero Maggie cerró los ojos. Si era por cansancio o para evitar seguir hablando del piso, Juliet no lo supo, pero aquello le sonaba a conspiración. Ambos querían que se trasladara allí por distintos motivos: Maggie, para que la tienda siguiera abierta y McLeod... No, ni siquiera iba a pensar en qué podía querer él.

No pensaba dejarse manipular por él y, además, tenía la patética esperanza de volver a Londres pronto...

Pero tenía que asumir que eso no iba a pasar, al menos a corto plazo. Debía concentrar todas sus fuerzas en revitalizar la librería. Sólo había una cosa...

–Antes de pensar en mudarme, Maggie –dijo ella con firmeza, ignorando sus ojos cerrados–, tenemos que hablar sobre el alquiler. Y tenemos que firmar un contrato que nos proteja a las dos –al no obtener respuesta, tomó las cartas y se levantó–. Pero no te

preocupes, si no te apetece ocuparte de ello, llamaré a tu hijo para que lo solucione todo.

–¡Ni se te ocurra! –replicó Maggie abriendo los ojos de golpe–. Me meterá en una residencia antes de lo que puedas imaginar.

–No si yo puedo impedirlo –dijo Juliet–. Eres demasiado joven para dedicarte a la vida ociosa, y no dejes que nadie te diga lo contrario.

Maggie sonrió.

–Mi marido solía decir algo parecido.

–Debes de echarlo de menos –comentó Juliet.

–No tanto como debería, pero él no fue el mejor marido del mundo. A pesar de todo, Jimmy lo pasó mal cuando se marchó. Los niños necesitan un padre.

También las niñas, pensó Juliet.

McLeod podía haber hecho tonterías en su juventud, pero al menos había mantenido el contacto con su hija, aunque debía de tener dieciocho o diecinueve años cuando ella nació.

Tal vez hubiera sido demasiado dura con él.

Más tarde, mientras subía por Prior's Lane en dirección a correos con un montón de paquetes en las manos, se detuvo a imaginar cómo quedaría la fachada de la tienda pintada de negro, con letras doradas y unas cestas de geranios colgantes.

Lo que la zona necesitaba era una asociación de comerciantes, se dijo, un grupo activo que la regenerase. Pero aquellas cosas no surgían por sí solas, llevaban una cantidad de trabajo que una persona dedicada a trabajar todo el día para sobrevivir no podía hacer. Necesitaban a alguien que supiese cómo conseguir ayudas del gobierno. Trató de ignorar la vocecilla en su interior que le decía «necesitan a alguien como tú», pero cuando se puso a la cola de correos, ya estaba haciendo listas de forma automática.

Tenía que empezar con una reunión, distribuir folletos explicando los objetivos y conseguir que la gente se implicase. Una vez hubiera quedado claro quiénes estaban dispuestos a colaborar y quiénes a

decir que sí a todo sin tener que hacer nada, habría que crear un pequeño comité.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el titular del periódico que leía un hombre en la cola: «Se anuncia un nuevo plan de desarrollo en el centro de la ciudad».

Había una fotografía de casas abandonadas y de los muelles del río, un plano del área que se vería afectada y ya no pudo ver más porque el hombre pasó la página.

El rumor que había oído su madre no era del todo falso, pero no podían estar pensando en derribar todo el centro histórico de la ciudad y sustituirlo por oficinas y aparcamientos. ¿O sí?

Tan pronto como hubo enviado los libros, fue a comprar un ejemplar del periódico antes de volver a la librería. En efecto, estaban pensando en ello.

El editorial decía que Prior's Lane estaría incluido en el plan de choque y daba la bienvenida a la regeneración de la rivera, al dinero y los puestos de trabajo que traería consigo el complejo de oficinas, aunque preveía una resistencia considerable a la «erosión» del pasado histórico de la ciudad.

–Eso tenlo por seguro –dijo Juliet.

Saffy levanto la vista de un libro y dijo:

–¿Cómo?

–Si un constructor ricachón piensa que puede pasar por encima de nosotros como si nada, está muy equivocado –después, al ver que Saffy no tenía ni idea de qué estaba hablando, le pasó el periódico–. Es un escándalo.

–¿Por qué? Sólo van a derribar un montón de edificios viejos y feos.

–No sólo eso. Prior's Lane también está incluido en el plan.

–¿Y qué? ¿Quién va a venir aquí con frío y lluvia si pueden encontrar cualquier cosa en el centro comercial? Además, es imposible andar con tacones por los adoquines.

–Pero son mucho más bonitos que las baldosas y el asfalto, y no se rompen ni se estropean –pero la reacción de la chica le hizo pararse a pensar que no todo el mundo recordaría esa zona como ella–. Tienes razón en lo del centro comercial. Es una pena, porque

antes había unas tiendas preciosas por aquí –dijo, describiéndole a Saffy cómo era aquello cuando ella tenía su edad.

–¿Y si había tiendas tan bonitas, por qué cerraron? –replicó la chica, no muy convencida.

–Ésa es una buena pregunta.

Una para apuntar en su agenda. Consciente de la importancia de actuar cuando las cosas estaban calientes, escribió una invitación a la reunión que se celebraría, a falta de otro sitio, en la parte trasera de la librería. Después mandó a Saffy a entregar fotocopias de la misma por las tiendas de la calle.

Su madre llegó cuando estaba cerrando.

–¿Qué tal ha ido todo?

–Bien –dijo, echando el cerrojo–. Me duelen los pies, la espalda y casi todo lo demás, pero ha sido un buen día.

–Eso es porque no has visto el periódico.

–Sí lo he visto. He organizado una reunión para mañana por la noche.

–Por Dios, no desperdicies mucho tiempo en eso.

–No, he pasado de estar desempleada y sin ocupación a tener dos proyectos importantes en mente: revitalizar la tienda y salvar Prior's Lane.

–Tienes trabajo, pero te faltan recursos.

–¿Alguien que ponga dinero? Seguro que se le dará mucha publicidad a la causa de Prior's Lane. Si manejo bien este asunto, les demostraré que no soy tan mala trabajadora como creían mis antiguos jefes.

–Buen razonamiento, y seguro que esto te vendrá bien. Tal vez, si consigues salvar Prior's Lane salgas en los periódicos.

Era decepcionante comprobar que, tras creer que sus técnicas de gestión eran fruto de duros años de estudios, realmente había aprendido mucho de su madre, una mujer que se había visto sola y con una hija a los dieciséis años y había salido adelante.

¿Su padre sería alguien como McLeod? ¿Joven, asustado, huyendo del desastre que había contribuido a crear? Pero McLeod no había huido.

Por impulso, abrazó a su madre.

–¿Y eso?

–Eso es por todo. ¿Vas a estar en casa esta noche? Tengo que recoger algunas cosas, mi ropa de batalla, entre otras cosas.

–Ven a casa conmigo. Por el camino compraremos cena para llevar y te ayudaré a recoger tus cosas mientras me cuentas qué estás planeando.

–¿Qué tal la fiesta?

–Un derroche –replicó Greg subiendo al coche–. El padrastro de Chloe no ha reparado en gastos.

–Creía que tú te ibas a ocupar de la factura.

–Como te he dicho, él no ha reparado en gastos, y yo no he escatimado en nada. Ella es todo lo que tengo y la veo muy poco.

–Bueno, eso cambiará cuando venga a la universidad al sur del país.

–Neil, yo no fui a la universidad como tú, así que no puedo estar seguro de ello, pero me imagino que los universitarios pasan muy poco tiempo con sus padres. ¿Ha ido el anuncio según lo planeado?

–Sí.

–¿Y?

Le pasó una hoja que había encontrado en Internet aquella misma mañana.

Greg contempló una foto de Juliet Howard con Prior's Lane de fondo. El lugar parecía más pintoresco que degradado y notó que habían puesto unas macetas de narcisos frente a la fachada de la tienda para darle un toque de color. Una buena idea.

–¿Sabes quién es? –preguntó Greg.

–Sí. Es «Problemas». La chica de la voz de chocolate ha convertido a los comerciantes de Prior's Lane en un grupo de presión. El periódico dice que sus posiciones son firmes.

Greg sonrió.

–Mira, Neil, ¿no te parece impresionante? Me encanta el traje que lleva, muestra lo justo de pierna. Lo suficiente para hacerte querer ver más...

–No entiendo cómo esto te parece divertido.

–No me lo parece. A decir verdad, estoy admirado. Vamos, tú también debes estarlo. ¿Cuánto ha tardado en organizar todo esto?

–Tú eres el genio, así que haz tú los cálculos. El plan de desarrollo apareció en el periódico el miércoles en la edición vespertina. Esto aparece en la primera edición de hoy viernes.

–Menos de cuarenta y ocho horas.

–Y también ha hablado en la radio esta mañana.

Ella no sólo parecía impresionante, sino que también lo era. ¿Qué demonios estaría haciendo en Melchester? ¿Por qué no estaba dirigiendo alguna empresa? Él mismo le daría trabajo al día siguiente. Aquel mismo día, pero lo estaba ayudando mucho al dirigir la atención de los agitadores profesionales hacia la parte menos importante del plan de desarrollo.

–¿Qué vas a hacer con esto, Mac?

–Nada. Al menos por ahora –ya había comprobado que no había trabajado para él en ningún momento, pero estaba claro que había trabajado para alguien–. Quiero que te dirijas a esas agencias de empleo para ejecutivos y les digas que buscamos una mujer para un puesto directivo superior, con experiencia en alguna gran empresa, entre los veinte y los treinta años. Veamos si aparece su nombre.

–¿Y si lo hace?

–Mándame un correo electrónico con la información que encuentres, y que alguien busque en Internet esa entrevista de la radio. Me gustaría saber lo que ha dicho.

Sólo quería oír su voz.

–Pero... –Neil se encogió de hombros–. De acuerdo, me pondré a ello.

–Y recuérdale a todo el mundo que si la prensa les pregunta algo, la respuesta correcta es: sin comentarios. Lo mismo vale para alguien que les invite a una copa en un bar. Me he tomado muchas molestias como para que mi nombre no aparezca involucrado en este proyecto, pero está claro que a la gente le gustaría saber quién está detrás de Melchester Holdings.

–¿Y Marty Duke? Te acaba de vender un terreno que acaba de ser incluido en el plan de desarrollo. Debe de estar echando espumarajos por la boca.

Greg sonrió. Él había pensado lo mismo.

–Según tengo entendido, estaba listo para abandonar el país tan pronto como le llegara la transferencia de la venta, está claro que dejando atrás a un montón de acreedores. Esperemos que no lo hayan atrapado. ¿Hay algo más de lo que tenga que ocuparme de forma inmediata?

–Nada de lo que no me pueda hacer cargo yo.

–Bien. En ese caso, me voy a casa a ducharme y a prepararme para la reunión con Mark Hilliard. Estaré todo el fin de semana en la casa de campo, por si me necesitas, pero no me llames a no ser que haya una emergencia. Tengo una cita con una mujer muy guapa.

–¿Sigues pensando en salir a cenar con la señorita Howard? Ahora que es...

–¿La líder de la oposición? –propuso él–. Dime, amigo, ¿por qué tendría que evitar oír de sus propios labios lo que planea para acabar con mis ambiciones?

Neil estaba claramente sorprendido.

–Ya, pero eso no es ético, especialmente si invita ella.

–No puedo evitarlo, si piensa que soy un chapuzas cualquiera.

–Ta va a matar cuando se entere y, ¿sabes una cosa? Yo estoy de su parte.

Capítulo 7

Juliet se detuvo frente a la puerta del bonito restaurante de la rivera a tomar aliento. Aquel día había empezado muy temprano, antes de abrir la tienda, y las llamadas y preguntas de la gente que habían visto el periódico no la habían dejado casi ni respirar.

Había intentado llamar a McLeod una docena de veces para anular la cita, aduciendo la excusa de tener mucho trabajo. Si había visto el periódico, podía imaginárselo.

Incluso si no lo hubiera visto, le habría gustado ver el trabajo de Dave, y cada vez que se abría la puerta de la tienda, ella levantaba la cabeza esperando verlo, que le ofreciera posponer la cena o al menos cambiar el plan por algo más tranquilo: pedir cena para dos a domicilio, una botella de vino y sentarse cómodamente frente al fuego.

Estaba completamente dividida entre las ganas de verlo y el deseo de que no apareciese hasta que Dave hubiera acabado en la librería y pudiera ver lo bien que había quedado. Después, por enfadado que estuviese, tendría que admitir que ella tenía claras sus prioridades.

Luego se sintió irritada por el hecho de que ni siquiera se hubiera molestado en llamar para confirmar la cita.

Así pues, allí estaba, esperando frente al Ferryside sobre sus tacones más altos, con las pestañas tan largas como lo permitía la tecnología más avanzada del maquillaje moderno y con un vestido que en Londres era el máximo de la sofisticación, pero que en aquella pequeña ciudad parecía un poco escotado y demasiado corto.

Sabía que tenía que haberlo llamado.

¿Cómo se le había ocurrido elegir aquel restaurante entre todos los de la ciudad? Porque había querido impresionarlo, le dijo aquella vocecilla interna que no se lo pensaba dos veces para contestar, para demostrarle que tenía el control, que ella podía tomar decisiones.

¡No, no!

O tal vez sí, un poquito. Pero en realidad era para convencerse a sí misma, para devolverse la confianza... La vocecilla no callaba.

«Querías vestirme para matar, para hacer que McLeod te mirara y te deseara, para demostrarte que no ya no eres la niñita patética que lo seguía a cada rato esperando que repararas en ella, que se pasaba una semana en las nubes cada vez que te guiñaba un ojo».

Se puso las manos sobre las orejas para evitar seguir escuchando la voz de su conciencia

–Juliet, ¿estás bien?

Ella dio un respingo al oír la suave y grave voz tan cerca, y dejó caer su bolso. McLeod salió de las sombras junto a la puerta, lo recogió y sus dedos se tocaron cuando se lo devolvió.

La impresión y el nerviosismo que se habían apoderado de ella se reflejaron en su voz.

–McLeod...

–Pareces sorprendida.

–No. No te había visto. No esperaba que estuvieras aquí, he venido un poco antes para asegurarme de que... bueno, ya sabes.

–¿Para darle los datos de tu tarjeta de crédito al camarero y así evitar problemas con la cuenta?

–Es lo que solía hacer en las comidas... cenas de trabajo... en el pasado.

Y aquello era una cena de trabajo, se dijo a sí misma.

–Y yo llegué temprano porque rechazaste mi ofrecimiento de pasar a recogerte y no quería que esperases sola en el bar.

–Muy amable por tu parte –dijo ella, tragando saliva y deseando no haber dicho nada de trabajo.

–Soy un hombre amable, Juliet.

–Siempre listo para rescatar damiselas en apuros, amable con las ancianitas... –y con las niñas a las que perseguían los matones del colegio–. ¿También recoges perros abandonados?

–Todo se acaba sabiendo. También les dejó comida a los pájaros en mi jardín –la ayudó con el abrigo y se lo pasó al camarero como si lo hubiera hecho mil veces, sintiéndose como en casa en el lujoso ambiente del local–. ¿Es políticamente correcto decir que estás preciosa? Como es una cena de trabajo...

–Correctísimo. Gracias, McLeod. Tú también –y era verdad, estaba para comérselo. Llevaba el pelo oscuro engominado, la chaqueta del traje se le ajustaba perfectamente a los anchos hombros, como hecha a medida, la corbata era de seda... Estaba perfecto. La gente se volvía para mirarlo porque era el tipo de hombre que provocaba esa reacción, llevase lo que llevase.

Y parecía mucho más amenazador que cuando llevaba vaqueros y una chaqueta de cuero.

–Quería decir que estás muy elegante vestido con un traje.

Su sonrisa era la misma, seguía acelerándole el pulso. Sintió que se ponía colorada

–Aquí no te dejan entrar en vaqueros.

–No. Lo siento, espero que no tuvieras que comprarlo para la ocasión.

–Ha sido un gran esfuerzo, princesa.

–¿Tienes jardín? –preguntó ella, cambiando de tema.

–Noto cierto tono de incredulidad en tu voz, pero te diré que sí. Me encanta subirme en la cortadora de césped y después tumbarme en una hamaca colgada de dos árboles a tomarme una cerveza. Nuestra mesa está por allí –dijo él, conduciéndola con la mano sobre su espalda.

Su vestido no le cubría lo suficiente.

Estaba preocupada por la falda y el escote y no se había parado a pensar en que llevaba la espalda casi al descubierto.

No era que él la estuviese tocando demasiado; de hecho, apenas la rozaba, pero esa ligera transmisión de calor que subía por su espalda le estaba cortocircuitando las conexiones entre el cerebro y los sentidos. Parecía estar abrasándole la piel.

–¿Has venido en el coche de tu madre? ¿Juliet?

–¿Qué? Lo siento, hace mucho calor aquí –dijo, sacudiendo el bolsito minúsculo que llevaba como si fuera un abanico–. ¿Qué

decías del coche de mi madre?

–Preguntaba si has venido en él o has decidido jugar a la carta segura.

Segura... ¿Aquello ofrecía alguna seguridad?

–No. Sí –ni siquiera le había dicho nada a su madre, para no arriesgarse al subsiguiente interrogatorio. Para su madre, en aquel momento estaba metida en la cama. Empezaba a parecer idiota–. No, no he venido en el coche de mi madre, porque no me parecía buena idea arriesgarme a estropear mi manicura si tenía que abrir el capó. He venido en taxi.

–Me parece muy bien. Ahora podemos tomar algo mientras me cuentas tus planes para salvar al mundo de los malvados constructores.

–Entonces has visto los periódicos... –dijo, contenta de poder cambiar de tema mientras él le mostraba una mesa un poco apartada del resto. El camarero apareció para abrir una botella de champán que estaba enfriándose al lado de la mesa.

Ella dio un respingo cuando el corcho salió de la botella.

–Pareces un poco nerviosa –dijo McLeod, sentándose a su lado.

–¿Debería estarlo? –y añadió, antes de que él pudiera responder–: ¿Tenemos algo que celebrar?

–Uno no aparece todos los días en la primera página del periódico local al frente de una tropa lista para el ataque de los infieles constructores. Este momento merece un brindis con champán.

–Yo creo que no –ya había tenido suficientes brindis con champán.

–No te preocupes, esto corre de mi cuenta –dijo, pasándole una copa y chocándola con la suya–. Por la heroína del día.

–Por favor, sólo soy la portavoz de los comerciantes.

–Sospecho que algo más. Los narcisos quedaban muy bien.

–¿Sí? –dijo, dando un sorbo a la copa y dejándola rápidamente sobre la mesa para que él no notara que le temblaban las manos. Había sido muy generoso por su parte, pero el champán era la bebida que menos le gustaba.

Los narcisos... ése sí era un tema agradable.

–Sí, quería que Prior's Lane apareciese bonito

–Apenas reconocí el lugar, además el fotógrafo hizo un buen trabajo al desenfocar el fondo de la foto para que no se viese lo estropeada que está la pintura.

–Tardamos un rato en conseguirlo –admitió ella–. Menos mal que hay cámaras digitales.

–Y fotógrafos simpáticos.

Ella empezó a relajarse, incluso sonrió.

–Eres un cínico, McLeod –dijo ella, tomando otro sorbo de champán.

–¿En serio?

No pasaba nada. En realidad no había sido el champán lo que había arruinado su vida.

–El fotógrafo también estaba sorprendido al pensar que una zona histórica pudiese desaparecer bajo veinte pisos de acero y hormigón. Ambos estábamos interesados en que la foto saliese bien.

–¿Fue él quien te llevó los narcisos?

–¡Oh, no! Fue Dave quien se ocupó de eso –¡maldición! No tenía que haber dicho eso–. Pasé un buen rato regateando con el vendedor. Como las flores estaban un poco pasadas, las conseguí por muy poco dinero.

–¿Y Dave? ¿Está haciendo un buen trabajo?

Vaya, no había conseguido desviar su atención.

–Genial. Quería darte las gracias.

–Estoy seguro de que lo habrías hecho si no se hubiera cortado la llamada.

–No se cortó...

Se detuvo y tomó aliento. No lo estaba haciendo demasiado bien. Miró al camarero.

Él acudió al instante a rellenarles las copas y a rescatarla diciendo:

–¿Están listos para mirar el menú?

–Gracias.

–Eso ha sido muy sincero, princesa –dijo Greg, admirado por sus tácticas de distracción e indicándole al hombre que podía dejar los menús encima de la mesa. No pensaba dejarla esconderse aún tras la cubierta de piel–. Cualquiera diría que llevas una semana sin comer.

Ella no sabía que Dave lo había llamado para pedirle permiso para ir a buscar las flores y que le había contado al detalle lo que había hecho en el piso.

–Bueno, tal vez no una semana entera –dijo, sonriendo–, pero llevo un día terrible y no he tomado nada más que una taza de café desde el desayuno –se detuvo–. De hecho, no recuerdo si he desayunado –después lanzó una nueva ofensiva para cambiar de tema–. Sobre lo políticamente correcto, me gustaría que dejases de llamarme «princesa». Tengo la impresión de que no recuerdas mi nombre.

–Eso es imposible, Juliet. Pero no te preocupes por esto –añadió–. Dentro de unos pocos días te alejarás de Prior's Lane y volverás a tu vida habitual.

–¿Mi vida habitual? Esta es mi vida habitual ahora –después, mirando a su alrededor, dijo–: Bueno, no esta exactamente, pero sabes a qué me refiero.

–Sé que si la gente cuya supervivencia depende de Prior's Lane no se preocupa de luchar por ello, no habrá nada que tú puedas hacer para salvarlos.

–Pero sí se preocupa. La mayoría –él levantó las cejas, como si estuviera siendo demasiado optimista–. Desde luego, las tiendas de ropa de segunda mano no van a apoyarme, ya que si están ahí es por el estado en que está el barrio, y si la zona vuelve a ser competitiva, se irán a otro sitio.

–En el avance del progreso siempre hay alguien que sale perdiendo.

–Si la zona desaparece bajo toneladas de cemento, todo el mundo saldrá perdiendo. Sólo necesitan a alguien de fuera con otra perspectiva para organizar la resistencia.

O alguien, pensó Greg, que necesitara una causa para volcar en ella todo su entusiasmo. Viéndola frente a él, con aquel atrevido vestido, era difícil imaginar qué la había traído a Melchester con el rabo entre las piernas. Desde luego, no estaba buscando un puesto de trabajo.

–Es muy duro para ellos –siguió ella–. Todos trabajan muchas horas.

–Sí, lo sé. Y espero también que sepan la suerte que tienen al tenerte cuidando de sus intereses.

Tomó un menú y le pasó el otro a ella.

Era su momento de ponérselo difícil:

–¿Quiere decir eso que cuento con tu ayuda? Hemos formado un grupo de acción y cuento con el apoyo de la sociedad de historia...

–Gracias, pero ahora estoy muy liado –y suponía que su grupo de acción no se tomaría demasiado bien que lo invitara a su cuartel general.

–¿No te importa lo que pueda pasar? Sabemos lo que va a pasar con el resto de la zona que entra en el plan de desarrollo, pero Prior's Lane es una adición de último momento. Si no te importa lo que le pase a Maggie y al resto de la gente, mira por tus propios intereses: el solar de Duke también está en el proyecto.

–Lo he visto en el periódico.

–Oh –dijo ella, dejándose caer en el asiento, claramente decepcionada de que su estrategia no hubiera dado los frutos deseados–. ¿Y tu trabajo?

–Yo no trabajo allí, sino para mí mismo –afirmó Gregor.

–Pero pensé... –él podía imaginar lo que estaba pensando–. Tú contestaste al teléfono y conducías una de sus furgonetas.

–Lo compré –dijo él, dejándola interpretar la respuesta como quisiera.

–¿La furgoneta?

Él estaba ligeramente decepcionado. Juliet no lo veía como nada más que un chapuzas que compraba furgonetas, no negocios enteros.

–Entre otras cosas. Tenías razón: Marty Duke había dejado de trabajar en eso y yo estaba allí cuando tú llamaste. Cortaron el teléfono poco después de tu llamada.

–Ya lo entiendo –dijo ella, aunque tenía el ceño fruncido y estaba intentando encajar las piezas.

–¿Qué piensas del resto del plan? ¿De la zona de la rivera?

–Sobre el plano está muy bien. No creo que le guste a todo el mundo, pero no tiene sentido aferrarse al pasado sólo por ser pasado –afirmó Juliet.

–No.

Ella vio que la miraba de un modo extraño.

–McLeod, hay una gran diferencia entre arreglar una zona deteriorada con edificios nuevos y enterrar el pasado bajo un aparcamiento de varias plantas.

–¿Un aparcamiento? ¿Es eso lo que van a hacer?

–Es uno de los rumores, ya sabes la falta de plazas de aparcamiento que hay en Melchester, y Prior's Lane, al lado del nuevo centro comercial, es el lugar ideal para hacer un aparcamiento.

Ella se encogió de hombros y la luz brilló sobre su blanca piel. Él tuvo que contenerse para no rendirse a la tentación de alargar la mano y tocarla.

–¿No pueden decirte nada en la oficina de urbanismo? –preguntó él.

–Parece que no saben nada, o eso es lo que quieren que creamos. Hay una empresa de construcción que se está encargando del plan de desarrollo, pero lo único que dice es «sin comentarios».

–Podríais hacer una manifestación frente a la sede.

–Claro, mi madre, Archie y yo. Eso les preocupará muchísimo.

Él se echó a reír y después, al ver que ella lo decía de veras, se puso serio y lo dejó.

–Lo que necesitáis es algún tipo de mecanismo de bloqueo para obligarlos a hablar con vosotros. Tal vez la gente de la sociedad de historia puedan encontrar algún antiguo estatuto que garantice los derechos de comercio en la calle a los ciudadanos de Melchester.

–Están en ello.

–Muy bien. Parece que vas a estar muy ocupada. ¿Qué tal lo llevas con la librería? Supongo que te has olvidado de los cambios que pensabas hacer en ella, según están las cosas.

–Bueno...

Juliet sabía que era el momento de contarle la verdad, que le había pedido a Dave que dejara de pintar el piso y se dedicara a pintar la tienda según ella y Saffy iban retirando los libros y organizando las estanterías. Pero sería mucho más fácil que lo viera cuando estuviera acabado y se diera cuenta de que ella había hecho

lo correcto. Incluso si se enfadaba con ella, sería demasiado tarde para hacer nada más que enviarle la factura.

Así que cambió de tema.

—Maggie te tiene en muy alta estima, McLeod.

Él respondió con una sonrisa que no llegó hasta sus ojos, y ella tuvo la sensación de que sabía exactamente lo que estaba haciendo, pero lo único que dijo fue:

—Es un sentimiento mutuo.

—¿Entonces nos ayudarás? ¿Por ella?

—¿Nunca abandonas, princesa?

—No cuando se trata de algo importante —le aseguró ella, furiosa por que no quisiera involucrarse. Y parecía haber olvidado su nombre de nuevo.

El apelativo cariñoso la había embrujado de pequeña, pero estaba claro que llamaba así a cada chica con la que se encontraba. Era más cómodo que arriesgarse a confundirse con su nombre.

—Y odio ser yo quien te diga esto, McLeod, pero te falla la memoria: me llamo Juliet.

—Y yo, Gregor —replicó él—. Si me llamas así, prometo que no lograrás alejarme de Prior's Lane.

Ella no le había pedido eso, y él lo sabía.

—¿En serio? ¿Estás preparado para pasar todo tu tiempo libre haciendo pancartas, organizando peticiones de firmas...?

—Sólo tienes que decir una palabra, princesa —dijo él, repitiendo el apelativo a propósito.

Su cara estaba ensombrecida por la iluminación del local, pero sus ojos brillaban de un modo desafiante que hizo que ella sintiese una oleada de calor por todo el cuerpo. El reto era una clara forma de ligar con ella. Él sólo tenía una cosa en la cabeza, y no era Prior's Lane. Tal vez no fuera el único.

«Gregor...»

Quería saborear su nombre, susurrarlo, escuchar cómo sonaba...

—No, tienes razón —dijo ella, deseando que la luz mortecina ocultase su azoramiento—. No sería justo involucrarte en eso, sobre todo cuando tienes tanto que hacer.

–Tú decides, pero puedes cambiar de idea cuando quieras –dijo, y sonrió–. Creo que va siendo hora de pedir, ¿no crees? Me parece que el camarero se enfadaría mucho si supiera que pasas hambre.

Ella pensó que la sensación de calor era la misma que cuando abría la puerta del horno. La tentación de tocarlo le quemaba los dedos.

El momento pasó tan rápido como había llegado y cuando abrió el menú, Juliet se dio cuenta de que, al exponerle sus posibilidades invitándola a arriesgarse y ponerse en sus brazos, su relación había cambiado sutilmente para siempre. No porque él la hubiera presionado a hacer algo para lo que no estaba preparada, sino precisamente por lo contrario: lo había dejado enteramente en sus manos. Y a partir de entonces, cada vez que ella lo llamara McLeod, los dos sabrían que estaba pensando en lo que él había dicho.

Lo único que tenía que hacer era decir una palabra.

«Gregor...»

Miró por encima del menú, esperando mirarlo sin que él se diera cuenta, y de repente se encontró mirándolo fijamente a los ojos azules. En aquel momento ella podría haberse olvidado de la comida, haberlo agarrado de la mano y correr con él hacia algún lugar oscuro en el que desatar y desvestir su pasión. Y se dio cuenta de cómo una buena chica podía olvidar los consejos y advertencias de sus padres y caer en la tentación.

Él sonrió, rompiendo la magia del momento.

–¿Quieres echarme una mano con esto? –preguntó. Dejando a un lado su menú, se acercó a ella y puso el brazo sobre el respaldo de su asiento–. Los chapuzas no estamos acostumbrados a que nos traigan a restaurantes franceses.

Ella no se creyó ni por un momento que hubiera quedado impresionado con el menú, pero no le importó. La suave tela de su chaqueta acariciaba su espalda y su brazo se le antojaba sólido y protector.

¿Y si todo eran imaginaciones suyas? Mientras ella se diera cuenta de lo que era, atracción sexual entre dos adultos, sin pretensiones ni mentiras...

Se estremeció.

–¿Tienes frío? –él estaba mirándola, pero ella no pudo corresponderlo.

–No, sólo... Bueno, tal vez debí ponerme algo menos –lo único que se le ocurría era «revelador».

–¿Algo menos? ¿Es eso posible? –aprovechó él.

–Creo que debería decir más en lugar de menos. Más abrigado –y echó a reír–. No tiene ningún sentido: los hombres salen vestidos con chaqueta, camisa y corbata, mientras que las mujeres parece que intentamos ponernos lo menos posible.

–Bueno –dijo él, inclinándose para besarla en el hombro–, desde el punto de vista masculino, es un buen sistema.

Capítulo 8

Has entrado en calor? –dijo Greg, mirándola a los ojos mientras ella se esforzaba por encontrar las palabras más apropiadas para definir cómo se sentía—. No me des las gracias, la calefacción central es parte del servicio.

Era un poco cruel, pero era tan fácil hacer que se sonrojara... Juliet Howard era un cúmulo de contradicciones: en un momento fría y distante, y segundos después, confusa y perdida. Ella había insistido en que aquello no era una cita pero su vestido, o más bien cada centímetro cuadrado de la piel que dejaba a la vista, decía lo contrario.

Juliet apretó los labios, decidida a no dejarse tentar por la indiscreción e, ignorándolo, le dedicó toda su atención al menú, dejándolo a él con toda su atención concentrada en la suave curva de su cuello, la sedosa piel de su espalda...

Ella lo miró, vio lo que él estaba mirando y dijo:

–McLeod, quiero cenar esta noche.

–A sus órdenes, señora.

Durante unos minutos la conversación trató sobre los méritos del pescado sobre la carne, sobre placeres pasados de buenas cenas y otras experiencias que les sirvieron para conocerse un poco mejor el uno al otro. Fue una conversación fácil y relajada, lo suficiente para que, una vez Juliet hubo recuperado el control tras el beso, se aventurase en el peligroso terreno personal.

–Entonces, McLeod, ¿Qué tal tu viaje a Escocia? ¿Y la fiesta?

–Fue muy bien si tu idea de diversión es demasiada comida, demasiada bebida y la música demasiado alta.

–A decir verdad, no lo es.

–La mía tampoco, pero Chloe parecía estar pasándoselo bien, que es lo único que me importa.

–Qué padre tan entregado –dijo, con una inesperada calidez en su voz–. ¿No tendrás una foto suya, verdad?

–¿No estarás riéndote de mí? –dijo él, sacando su cartera para mostrar una foto de una chica muy parecida a él cuando tenía su edad.

La chica tenía sus mismos ojos azules, el pelo negro con tendencia a rizarse, pero no la mirada peligrosa de su padre, o tal vez ésta quedara oculta por la sonrisa formal y los pendientes de perlas.

–Estás metido en un lío, McLeod –dijo ella.

Por primera vez, ella lo desconcertó.

–¿Sí? –miró la fotografía por si había algo en ella que se hubiera perdido.

–A no ser que ingrese en un convento, dejará un rastro de corazones rotos a su paso. Seguro que lo ha heredado de su madre.

–Su madre es pelirroja, tiene los ojos verdes y pecas.

–¿Pecas? ¡Qué poco caballeroso!

–Bueno, podríamos llamarlo polvo dorado de hadas.

–Oh –dijo, intentando reponerse del pinchazo de celos. Prefería que hubiera dicho que la madre de Chloe tenía grandes pecas naranjas por toda la cara–. Debe de resultarte duro tenerla tan lejos.

–No está lo suficientemente lejos, según sus abuelos. Hicieron todo lo posible para alejarme de ella, y de Fiona, por supuesto.

–¿La chica pelirroja con pecas? Se ve que no lo consiguieron.

–No fue por no intentarlo. Es extraño, pero he odiado a los padres de Fiona durante años. Nunca les perdoné lo que hicieron, pero en la fiesta vi a Chloe tonteando con un chico y por fin entendí lo que ellos habían pasado todos estos años. Comprendí que sólo querían protegerla de chicos como yo –levantó la vista y sonrió–. Parece que ahora me toca sufrir a mí.

–Ahora eres padre. Viene en el lote.

–Bueno, hasta ahora lo he tenido fácil. Aparecía una vez al mes con un juguete nuevo que ella me había pedido, nunca tenía que enfadarme para que se fuera a dormir o regañarla para que hiciera

los deberes. No es nada comparado con el trabajo de estar con ella cada día.

–Lo siento. Debe de haber sido muy duro para ti –le puso una mano sobre el brazo por instinto–. Has hecho lo que has podido, mucho más que otros hombres en tu situación.

–No ha sido suficiente.

–No –no sólo quería a la niña, sino también a la madre.

Ella retiró la mano y preguntó con cautela:

–¿Los padres de Fiona os impidieron estar juntos? ¿Casaros? ¿Estoy anticuada?

–Creo que yo también lo estoy. Lo único que teníamos en común eran los dieciocho años y las ganas de pasarlo bien. Ella estaba en el colegio de chicas de St. Mary's, con una plaza esperándola en Oxford. Yo estaba acabando el último año en la escuela pública de Melchester. Dos mundos totalmente diferentes. Ella era una niña bien con ropa de marca y... bueno, ya me entiendes.

Juliet recordó que él había asumido que ella venía de una familia acomodada. En una de sus listas había escrito el propósito de ser una de esas niñas sonrientes y confiadas con uniformes que no hiciesen distinción entre pobres y ricos.

–Bueno...

–Yo era el tipo de chico contra el que la habían prevenido toda la vida.

–Los chicos malos, especialmente los que tienen moto, parecen ser terriblemente atractivos para las chicas de buena familia.

–¿Cómo sabes que tenía moto?

–Me habría apostado mi mejor camisa –respondió Juliet, intentando cubrir el desliz con su mejor sonrisa.

–Sí. Bueno, sus padres me creyeron el único responsable, y si hubieran podido me habrían mandado arrestar por desvirgar a su hija, aunque ella ya no fuera virgen. Los chicos formales y bien vestidos de St. Dominic parecían considerar un deber el librar a las chicas de St. Mary's de tan pesada carga tan pronto como cumplieran los dieciséis años... –se detuvo, como si estuviera contándole algo que ella debía saber–. Por lo menos no se me ocurrió decirles eso.

–No habría sido muy caballeroso por tu parte.

Él la miró con el ceño fruncido.

–Si una de sus amigas no me lo hubiera contado, nunca habría sabido nada de Chloe.

–¿No seguiste viéndola?

–Nunca entré en sus planes a largo plazo. Sólo fui una distracción para celebrar el fin del instituto antes de marcharse a pasar el verano a la Toscana. Las náuseas matinales debieron de arruinarle el viaje.

–Vaya.

–No pasa nada, princesa –dijo él, alargando la mano para recuperar la que ella le había ofrecido antes y acariciarle los dedos–. Me gustaría que creyeras que me rompió el corazón, pero después de todo no fue más que otro caso de lujuria juvenil. Muy descuidada, además.

Ella podía imaginarse a dos jóvenes con demasiada prisa para comprobar si habían tomado todas las precauciones. Por un momento deseó sentir ese abandono al deseo...

–¿Por qué no te dijo lo del embarazo?

–Ella siempre dijo que era por lo que su padre podía hacerme. Yo sospecho que también había algo de autoprotección. Ya había caído en desgracia como para admitir también que lo había hecho en el lado malo. No pareció muy feliz cuando yo aparecí reclamando mis derechos, pero no iba a permitir que ni ella ni su familia me borrarán del árbol genealógico.

–Eso te honra.

–Mis padres pensaron que estaba loco, que debía dar gracias por que me hubiesen dejado a un lado. Fue Maggie la que me ayudó y me dijo lo que tenía que hacer: un análisis de sangre y un test de paternidad ante los tribunales, pero antes de que pudiera hacer nada más, pusieron la casa en venta.

–¿Por eso te marchaste?

–¿Qué?

Ella se dio cuenta de que había vuelto a meter la pata y que lo había dicho como si lo hubiera echado de menos.

–Fuiste tras ellos. A Escocia –dijo ella con rapidez.

–Oh, no. Eso habría sido más fácil, porque yo tengo familia allí. Fiona se trasladó allí años después, cuando se casó con su marido. Se marcharon a Irlanda y tuve que iniciar el proceso legal nuevamente allí. Entonces se dieron cuenta de que yo no desaparecería fácilmente.

–¿Dejaste las clases y la oportunidad de ir a la universidad?

–Hay cosas más importantes –dijo él, encogiéndose de hombros.

–Pocos chicos de dieciocho años habrían dicho eso –respondió Juliet.

–Tal vez no estuviera hecho para estudiar. El caso es que al final me concedieron el derecho a verla una vez al mes en presencia de su niñera.

–¿Sólo una vez al mes? ¡Qué barbaridad!

–Tal vez pensaron que perdería el interés. Bueno, cuando vieron que a pesar de ser de familia trabajadora me bañaba todos los días, sabía comportarme en la mesa y no estaba por civilizar, las cosas fueron mucho mejor. Incluso me invitaron a las fiestas de cumpleaños de Chloe.

–Con caras largas, supongo.

–Sólo las de los adultos, y sobre todo cuando alquilé un castillo de aire. A los niños les encantó. Como soy muy obstinado, seguía volviendo a pesar de las frías bienvenidas.

–Y ahora que pagas las fiestas de cumpleaños, supongo que las cosas habrán cambiado.

–Tal vez todos hayamos cometido errores, pero ella es mi hija y le daría la luna si me lo pidiera.

–Tiene suerte: una familia que la quiere, un padre que... –se muere por ella, iba a añadir–. ¿Qué pasó con Fiona?

–No la veo mucho. Esperó un año para ir a Oxford y después conoció a Angus. Se casaron y tienen tres niños más.

–Final feliz para todos menos para ti, ¿no?

–Estoy en ello. ¿Y tú? Sé que tu madre tiene un coche desastroso. ¿Y tu padre?

–A diferencia de otros como tú, no es un gran padre –dijo, compartiendo por primera vez aquel asunto tan doloroso–. No lo conozco.

McLeod esperó unos segundos antes de decidirse a preguntar:

–¿Te gustaría conocerlo? ¿Saber qué es de él?

–No lo tengo claro –dijo ella, jugueteando con la comida que le acababan de traer–. Abandonó a mi madre. Entiendo que estuviera asustado, pero ella sí tuvo la valentía de enfrentarse a sus padres y tenerme a pesar de que se negaron a mantenerla.

–Qué valiente.

–Era aún más joven que Fiona y presencié su lucha para mantenerme y darme más de lo que ella había tenido –tenía la mirada ensombrecida–. Chloe se dará cuenta algún día de la suerte que ha tenido –después levantó la vista y sonrió–. Y no lo digo por los juguetes que recibió.

–Este año el coche que le he regalado no era de plástico rosa –rió él–. Prueba el pato ahumado.

En aquel momento a ella le pareció completamente normal comer de su tenedor.

–Delicioso.

Lo miró y se dio cuenta de lo cerca que estaba, de lo íntimo que era aquel gesto. Paul nunca había sido tan espontáneo, pero realmente a él sólo le interesaba lo que guardaba en su portátil. Había pasado por los mismos pasos que McLeod, pero si los comparaba, el primero parecía haber sido una estatua de madera. Lo que más le dolía era no haberse dado cuenta.

McLeod dejaba claro con cada gesto y cada mirada que sólo la quería a ella. Y se vio luchando para seguir respirando.

–Tiene un sabor muy sutil. ¿Qué será? –preguntó ella.

–No tengo ni idea, pero me da igual porque no intentaré reproducir este plato en mi cocina.

–¿No cocinas?

–Sólo para sobrevivir. ¿Y tú? –quiso saber Gregor.

–Sí, supongo que las mujeres estamos más acostumbradas.

–¿Cocinas para ti sola o para más gente?

Ella se echó a reír.

–Muy sutil, McLeod. Para mí sola, aunque estuve con alguien hasta hace poco.

–¿Por eso volviste a Melchester?

–¿Cómo sabes que estuve aquí antes?

–Me lo dijiste tú. Y que estabas buscando un trabajo y un lugar donde vivir, pero ya no.

–Sí, sobre todo me he buscado mucho trabajo, aunque no sea pagado.

–¿Maggie no te paga?

–No hablamos de eso. Como se niega a cobrarme alquiler, me niego a que me pague. Y su contable está en desacuerdo con los cambios que estoy haciendo; él cerraría la librería mañana mismo.

–Bonita manera de trabajar.

–Bueno, no es que me parezca bien, pero tiene un punto de razón. Maggie apenas me conoce y me ha dejado al cargo de todo lo que tiene. Podría robarle todo. El contable no se tranquilizó hasta que comprobó que no tenía expediente policial, pero sigue sin estar contento con la situación. Supongo que piensa que la tienda no merece la pena, ya que si todos no luchamos contra ello, convertirán la zona en un gigantesco aparcamiento.

Él sacudió la cabeza y su cara se iluminó con una sonrisa.

–No ha estado nada mal. Me preguntaba cuánto tardaríamos en volver a tu tema favorito. Tú quieres salvar tu calle, pero ¿qué piensas hacer para cambiarla?

–Necesita pintura, flores y otras cosas. Investigué por qué se convirtió en una calle comercial y me di cuenta de que antes la gente llegaba al aparcamiento de la estación e iba andando hasta el centro por Prior's Lane. En el centro comercial dejas el coche al lado de la tienda. Saffy dijo algo interesante...

–¿Saffy?

–Una estudiante que me ayuda en la tienda. Dijo que en el centro comercial no hace frío ni llueve.

–¿Qué? ¿Quieres cubrir la calle?

–No sé si es posible, pero me he dado cuenta de que nos vendría bien un arquitecto o un ingeniero de estructuras. Voluntario como todos los demás, por supuesto –ignoró su risita burlona–. Tendríamos que interesar a los comerciantes en el proyecto. Me he enterado.... –y siguió lanzando ideas y planes durante diez minutos seguidos–. Lo siento. Te estoy aburriendo mortalmente.

–Admito que el comercio minorista no es mi tema estrella, sobre todo cuando estoy en un restaurante romántico con una mujer bonita, aunque no sea una cita, pero tienes razón en lo de interesar a los comerciantes. Eso será más útil que todas las firmas del mundo.

–Eso lo dices porque tienes miedo de que te mande a la calle con unas hojas y un bolígrafo en la mano –rió ella.

–No tengo miedo, puedes pedirme lo que quieras, princesa –levantó las cejas y dijo–: ¿Quieres que haga algo por ti?

Ella se dio cuenta, incómoda, de que habían dejado de hablar de la campaña, pero él no podía saber nada de lo de la tienda. Él o Dave le habrían dicho algo...

–¿Pedir el postre? –propuso ella.

Él levantó la mirada y el camarero acudió al instante. Ella le pidió algo con chocolate y él no quiso pedir nada.

–Cuéntame algo más de esa relación que te hizo volver al hogar –pidió él.

–Fue una relación breve. Él fue un bastardo. Peor aún, yo fui idiota.

–Puesto que estabas buscando trabajo, supongo que trabajabais juntos.

–¿Sabes que eres muy listo para ser un simple chapuzas? –él sonrió–. Cometí el error fatal de salir con un compañero de trabajo. Si algo va mal, uno de los dos se tiene que marchar.

–¿Era tu jefe?

–No te pases de listo. Yo era su jefa. O al menos, eso pensaba yo. El me robó mis ideas y se quedó con mi puesto en la junta directiva, así que perdí el control y brindamos con champán.

–¿Se lo tiraste a la cara?

–Efectivamente. Ya sabía que era muy predecible. Un clásico. Hice el ridículo frente a mis compañeros de trabajo, le arruiné el traje de Armani y me marché a toda velocidad con una caja de cartón bajo el brazo que contenía siete años de trabajo. Él calculó mi reacción y me preparó una emboscada.

–Juliet...

–El problema es que no tuve suficiente con una copa de champán, sino que le tiré el contenido de toda la bandeja encima al presidente de la compañía. Creo que por eso me consideran persona *non grata* en Markham & Ridley.

–Lo siento.

–¿Por qué? No fue culpa tuya –dijo ella.

–Por pedir champán. Ahora comprendo tu cara de horror. Pensé que sería porque iba a acabar con el saldo de tu tarjeta de crédito.

–No... no sabía si iba a poder tragarlo, pero cuando conseguí controlar los temblores, todo fue bien.

–Tal vez sea como montar en bicicleta...

–Es lo mismo que me dijo mi madre el otro día.

–¿Por el champán?

–No, por... –ella sacudió la cabeza, pero ya era demasiado tarde–. ¿Y tú? Tiene que haber alguna otra mujer importante en tu vida aparte de Fiona.

–Ella no fue importante. Me cambió la vida, pero no fue importante para mí. Hubo alguna más que pareció importante en su momento, pero la cosa no cuajó. Hace mucho de eso y, al cumplir años, se hace uno más exigente –sonrió–. Siempre he tenido el listón muy alto.

–¿Y la cita que cancelaste para venir a rescatarme? –preguntó ella.

–Siento desilusionarte, pero trabaja conmigo, se llama Neil y tiene mujer y dos hijos que afirman que no es una mujer.

–¿Y por qué no me lo dijiste?

Le encantaba ver cómo ella se debatía entre esas pequeñas dudas, pero el camarero llegó con el postre y lo salvó de responder.

–Voy a sentirme culpable por comerme algo tan artístico –dijo ella mirando el bello plato que tenía ante sí y que le había permitido cambiar de tema.

McLeod se inclinó hacia delante, rompió un hilillo de chocolate y se lo puso en los labios a Juliet. Ella quiso tomarlo sin tocarle los dedos y el hilillo empezó a romperse; al intentar atraparlo, sus labios se cerraron sobre los dedos de él.

El tiempo se detuvo, su corazón se aceleró y su vientre se contrajo.

–Ya está –dijo él, y se llevó el pulgar a los labios para limpiar un trocito que ella se había dejado. Después le tomó una mano entre las suyas–. La vida es demasiado corta para ahorrarse los pequeños placeres.

¿Así de simple? Se había pasado toda la vida trabajando; el placer había sido para los demás, y cuando se había dejado vencer por la tentación, se había equivocado por completo.

Pero ella no podía tener nada que a McLeod le interesase más que calor humano y su cuerpo. Algo que sabía que él sabría corresponder en su justa medida. Un placer sencillo.

–¿Me disculpas un momento?

Él apenas se acababa de levantar cuando ella llamó a un camarero para darle su tarjeta de crédito.

–Cargue aquí la cuenta y pídanos un taxi para Melchester.

–Pero, señora...

–Hágalo.

No esperó más y se dirigió a los lavabos, deseando encontrar allí lo que buscaba.

Mientras metía las monedas por la ranura, debían haberle temblado las manos, pero su pulso era tan firme como el de un cirujano. Debía haberse sentido avergonzada cuando entró una mujer a arreglarse el maquillaje y le sonrió en el espejo, pero ella le devolvió la sonrisa y se guardó el paquetito en el bolso.

Añadió una propina escandalosa y firmó la factura, le dio las gracias al camarero y se sentó en su sitio.

–Espero que no te importe que pasemos del café, pero tenemos sólo unos pocos minutos antes de que llegue el taxi –dijo ella.

–¿Has pedido un taxi?

–Sí, Gregor –dijo ella, y lo miró de un modo imposible de confundir–. Quiero que me lleves a casa.

Capítulo 9

A Greg no se le escapó el sentido del uso de su nombre de pila por primera vez. Pareció un ronroneo, suave como el terciopelo y lleno del cálido deseo que él había luchado por mantener bajo control desde que la vio entrar en el restaurante.

Le había contado cosas de las que no hablaba desde hacía años, que no le había contado a nadie, pero aquello había evitado que su mente se incendiase cada vez que la miraba. Era sólo una cena, pero ella se había vestido así para castigarlo por haberse comportado como un cavernícola y no tenía nada que alegar en su defensa. Al final de la velada ella se montaría en un taxi y le dejaría echar un vistazo a esas sexys piernas por última vez antes de decirle adiós con la mano. Se había pasado los últimos cuatro días pensando en ella constantemente. ¿Cuándo le había pasado eso por última vez? No recordaba el sabor de la comida, sólo el sabor de la piel de su hombro, en el punto donde la había besado.

Podía cerrar los ojos, oírla hablar sobre salvar Prior's Lane, el tema que menos le gustaba a él en aquel momento, y excitarse.

Se había esforzado, realmente necesitaba saber lo que ella estaba pensando y lo que planeaba, hasta el punto de plantear alguna pregunta para no parecer idiota, a pesar de que la combinación de aromas de su piel, su ropa y su pelo lo había dejado flotando en una nube.

Y ahora ella estaba sentada frente a él, mirándolo con los ojos serenos, sólo traicionados por las enormes pupilas, ofreciéndole todo con sólo una palabra.

Pero aunque cada célula de su cuerpo decía «¡Sí!», su conciencia le aseguraba que eso no era lo que ella quería realmente. Ni lo que,

en lo más profundo de su corazón, quería él. Cuando se perdiera en el cuerpo de Miss Ejecutiva del Año, sería porque ella se lo pidiera a gritos, no por la decisión fría de hacer caso a su madre y volver a montarse en la bicicleta antes de haber perdido el coraje. Él no sería el primer imbécil con suerte que se cruzara en su camino y le sirviera de bicicleta.

Él la deseaba.

No podía creer cuánto la deseaba, más de lo que su razón podía asimilar, más de lo que podía controlar. Por eso no quiso ser un cualquiera de su agenda. Ella había establecido las normas de la velada: cena, no cita, y ahora quería romperlas. Si eso lo hubiera hecho él, la historia no habría tenido final feliz.

Era fácil de decir, pero difícil de hacer. Necesitaba enfriarse, darle a su cuerpo un momento para que se pusiera de acuerdo con su cabeza y para poner distancia entre ellos.

–Vendré en un momento –dijo él, poniéndose en pie.

–Yo...

Gregor no podía creer que ella fuera a mirarlo a los ojos y a decirle que no tenía que visitar la máquina del baño porque ya se había ocupado ella.

Mientras él esperaba, las mejillas de Juliet se tiñeron de rojo y después sacudió la cabeza. Había perdido el coraje para decir lo que había pensado hacía unos segundos. Su expresión se volvió glacial y él salió a tomar un poco de aire fresco al exterior del restaurante, lo más parecido a una ducha fría que podía encontrar allí.

Cuando volvió, ella seguía con la mirada fija sobre el postre intacto, aunque no había tanto pánico reflejado en su cara.

–¿Nos vamos? –dijo él, sin sentarse.

–Pero aún no he acabado.

–Tú ya eres bastante dulce –respondió Gregor, ofreciéndole su brazo para levantarse sin preguntarle si estaba lista–. El taxi que has pedido está en la puerta.

–¿Sí? ¿No puede esperar?

El color rojo de sus mejillas había desaparecido. De hecho, había desaparecido todo el color. Estaba claro que se estaba arrepintiendo.

Él pensó que debía haberse sentido más seguro de ese modo, tras su cambio de idea, pero mientras la cubría con el abrigo de cachemir hasta los tobillos, se dio cuenta de que las cosas no eran tan sencillas. Al verla así, su imaginación voló, y lo que estaba cubierto se hizo aún más deseable.

Y su súbita pérdida de confianza en sí misma le hacía desear ponerse al mando, tomar el timón de las decisiones, echársela al hombro y llevarla a su cueva, como el cavernícola que ella le creía. Lo único que necesitaba era una limusina con chófer para llevarla...

Al salir al exterior, él vio su coche, ya a una prudente distancia. Su chófer debía de pensar que estaba loco. Al cancelar la cuenta pagada por Juliet y disponerse a pagarla él mismo, el maître debió de pensar lo mismo de ellos, pero la propina le haría guardarse sus opiniones para sí mismo.

Él abrió la puerta del taxi para que Juliet pudiera entrar.

—¿Qué entiendes tú por «casa»? ¿La librería o la casa de tu madre? —dijo manteniendo la voz baja y sin expresividad.

Ella dudó por un segundo y él pensó que tomaría la vía de escape que él le estaba ofreciendo. Después, levantando la barbilla en gesto de desafío, dijo:

—La tienda. Tengo muchas cosas que hacer mañana.

Él le dio la dirección al taxista antes de sentarse a su lado.

—Ponte el cinturón, Juliet —dijo él ajustándose su cinturón de seguridad, que los mantendría a una distancia prudencial.

Ella se lo puso con más rapidez y fuerza de la que era necesaria. ¿Acaso se imaginaba que iba a intentar asaltarla?

A pesar de sus tentaciones, no era el plan que tenía, y ella tendría que dar todos los pasos. No iba a ponérselo fácil.

—Gracias por la cena —dijo él—. El restaurante es precioso.

—Me alegro de que te haya gustado.

¿Alegrarse? Juliet no podía creer que acabara de decir aquello. Ella era un amasijo de deseos y dudas en conflicto y él hablaba de la cena.

—El pato estaba muy bien.

¿Cómo podía pensar en la comida cuando ella no podía recordar haber tragado nada? Lo único que recordaba era el sabor del

chocolate y de su piel. Había acabado por ofrecerse a él como postre, había dicho la palabra.

«Gregor».

No se había equivocado. El nombre sonaba bien en su boca, suave como la lluvia de los Highlands y duro como el granito. Y ahora estaba sentada a su lado en un taxi que los llevaba al centro. No le importaba para nada el pato, lo único que quería era que la tocara, que le hiciera cosas impronunciabiles con la boca, que sus propios labios...

Y sin aviso previo, la pretensión de que la cena no era más que un ajuste de cuentas cayó como un castillo de naipes.

Tal vez fuera el golpe de aire frío al salir del restaurante, pero el pico de adrenalina se había calmado en algún punto entre el chocolate y el frío al entrar al taxi.

O tal vez fuera el modo frío en que él accedió, como si le estuviera haciendo un favor, como si no tuviera que preocuparse ni un poquito por hacerla sentir especial. Sintió un escalofrío. ¿Acaso creía que ella hacía eso de forma habitual? ¿Tenía idea de lo importante que era aquello para ella?

Maldición, estaba allí sentado, bien alejado mirando por la ventana en vez de mirarla a ella. «Tócame», le pidió ella en silencio, suplicando que le leyera el pensamiento. «Sólo tienes que tocarme...»

Él había estado flirteando con ella desde que hablaron la primera vez por teléfono. ¿Por qué había respondido al teléfono si sólo estaba allí para comprar una furgoneta? Parecía estar muy interesado en el río y los almacenes de la rivera.

¿Qué demonios le pasaba? ¿Qué le pasaba a ella? Le había dado luz verde y no entendía por qué no la envolvía en sus brazos y la besaba hasta hacerla perder el sentido antes de que cambiara de idea. ¿No era eso lo que solían hacer los hombres?

Estaba claro que Gregor McLeod no hacía eso, puesto que había tanto espacio entre ellos como para dejar pasar a un ejército entero de dudas.

En sus sueños, aquél era el momento en que él debía mirarla a los ojos y recordarla, recordar el día en que se había convertido en su

caballero andante y después... No, ni siquiera ella era tan tonta.

Era lo suficientemente lista como para saber que sólo sería la sustituta de la mujer a la que nunca podría tener, la chica perfecta de colegio privado, su verdadera princesa. Ella era la versión falsa, pero al final había conseguido todo lo que su madre le había prometido: una universidad prestigiosa, un título y una carrera sólida.

Pero las chicas que se habían burlado de ella en el colegio tenían otras cosas que ella deseaba: maridos, hijos, la seguridad de un hogar... los sueños imposibles de su lista porque nunca se había fiado de nadie que la alejara del camino seguro.

Pero aquello era diferente. Ella no esperaba un «felices para siempre», sino una noche para calmar el vacío, para abrazar a alguien y sentirse querida. No era mucho pedir, pero tal vez sí para ella.

—Entonces, eso es todo. Ya hemos cancelado nuestras deudas.

Él la miró.

—Excepto el café.

—¿Café?

—Y la pintura. Vas a invitarme a un café dentro, ¿verdad? Enséñame lo bien que está dejando Dave el piso. Supongo que por eso tenías tanta prisa en que saliéramos del restaurante.

Oh, ni siquiera había pensado en el piso cuando había susurrado «Gregor». El piso tenía en aquel momento peor aspecto que cuando ella lo vio por primera vez, con la moqueta levantada, los pegotes de yeso sin alisar en algunas paredes y la pintura rascada en otras.

—Qué poco detallista por mi parte, ni siquiera te he ofrecido una copa de Brandy o un café. No sé en qué estaba pensando.

—¿Ah, no?

Ella tragó saliva. Al menos en el asiento trasero del taxi no podía verla enrojecer.

—Me acabo de acordar de que en el restaurante has sido tú el que no me ha dejado acabar el postre. Tenías mucha prisa —dijo, pensándolo mejor.

—El taxímetro ya estaba en marcha —contestó él, encogiéndose de hombros.

Greg pudo escuchar su suspiro.

–¿Tienes frío?

–Estoy bien.

Ella estaba muy lejos de estar bien, y él estaba conteniéndose para no saltar a sus brazos y darle tanto calor que los dos empezaran a arder. Lo único que podía hacer para ser capaz de mirarse al espejo al día siguiente era mantener la distancia, y agradecía que el uso del cinturón de seguridad fuera obligatorio.

–Tal vez debieras buscar ropa interior de abrigo para ponerte con ese vestido.

–No hay mucho espacio para eso aquí dentro –indicó ella, haciéndole ver que no le había hecho gracia. Mucho mejor.

Y mucho peor también, porque ahora era incapaz de dejar de imaginar el tipo de lencería mínima que cabría bajo aquel vestido.

Tenía que ser un tanga, diminuto y de encaje que se ajustase a su cuerpo justo donde él debía tener las manos.

Y poco más.

–Ya me he dado cuenta –dijo él, incapaz de parar–, pero puesto que te has envuelto en ese vestido de lycra, se supone que lo que querías era atraer las miradas de todos los hombres del restaurante.

–¿De todos los hombres? –preguntó ella, y él pudo adivinar una sonrisa en su cara.

–De casi todos. Conmigo no iba a ser tan fácil, y había una pareja de gays que ni te han visto.

–No me lo creo. Éste es un vestido de firma y no han dejado de mirarlo hasta que hemos salido del restaurante. Te digo que no era por la comida por lo que babeaban.

¿Así que lo que le molestaba era que él aún podía recordar lo que habían comido? Lo que ella no sabía es que él sólo se acordaba del pato porque Juliet lo había comido de su tenedor.

–¿Babeando? ¡Oh, por favor! –y sólo habían visto la parte delantera, porque él la seguía de cerca... no habría suficiente agua fría en el mundo para calmar tanto ardor–. Pero llevas unos zapatos muy bonitos, y han funcionado para traerte a casa sana y salva, conmigo tras de ti.

Antes de que Juliet pudiera darse cuenta, el taxi se paró frente a la tienda. ¿Por qué estaba tan enfadada?

Se había vestido para excitarlo, para que la mirara y deseara tocarla. Quería volverlo loco y que perdiera el control de sí mismo.

El conductor le abrió la puerta y ella salió a la calle abriendo el bolso para pagarle, pero Gregor se adelantó.

—Tal vez te arrepientas de haber hecho eso, McLeod —dijo ella mientras el taxi se alejaba por la estrecha callejuela.

—No creo —él la miró a los ojos—. La llave.

Ella la sacó del bolso y se la pasó, inmersa en una maraña de dudas, anhelos y deseos. Si la tocara, si la abrazara y la besara, todo sería mucho más simple, más fácil. Pero él estaba esperando a que ella diera el primer paso.

Gregor abrió la puerta, apagó la alarma y se retiró para dejarla pasar primero.

Juliet, al notar el olor a pintura, se giró hacia él diciendo que tenía que confesarle algo.

—Dímelo después —dijo él, sin dejarle hablar de Dave ni de la pintura de la tienda, mientras la llevaba contra la pared y la sujetaba con su cuerpo.

Ella se quedó rígida de la sorpresa.

¡No! No tenía que ser de ese modo.

—El piso... —empezó a decir Juliet.

Pero él ya tenía las manos en el interior de su abrigo y le estaba levantando la falda del vestido, recorriendo sus muslos con las manos.

Oh... oh...

—El piso.... —insistió ella.

Gregor había encontrado las ligas de encaje de las medias y las presillas del ligero, y emitió un sonido gutural que a Juliet le llegó muy dentro.

—Sobre Dave...

Él recorrió con su boca el perfil del cuello del vestido, dejando un rastro húmedo a su paso sobre el escote expuesto y, en lugar de apartarlo y preguntarle qué demonios estaba haciendo, ella gimió

pidiendo más, dejando caer la cabeza hacia atrás contra la pared, invitándolo a que se sirviera él mismo.

–La tienda... –ya no sabía que decía, sólo podía sentir que se estaba derritiendo–. La pintura...

Sintió una profunda punzada de dolor interno cuando él, al no encontrar obstáculos, le colocó las manos sobre el trasero desnudo y la levantó para que ella pudiera sentir su erección.

–Hablas demasiado, princesa –dijo él con voz ronca mientras la miraba.

Ninguno de los hombres con los que había salido se habían comportado así. Ella sentía los labios hinchados y, sin pensarlo, se pasó la lengua por ellos para enfriarlos. Deseaba que le quitase el vestido, que se rindiese ante ella...

–Gregor –dijo ella, como si su nombre fuese una oración. La luz de la luna iluminaba la parte de la tienda donde estaban, pero los ojos de él brillaban como dos estrellas–. Por favor...

–Dime qué quieres, Juliet.

Greg sabía que estaba loco, que nadie podía malinterpretar ese «por favor». Podía sentir su cuerpo contra el suyo, cómo se abría para dejarle paso, podía oírla gemir. No había duda. Con sólo besarla se derretiría y le haría el amor en el suelo, si era lo que quería.

Y volvió a retirarse para darle una vía de escape. Pero ella no era una virgen nerviosa que no sabía lo que quería; ésas nunca le habían interesado. A él le gustaban las mujeres que sabían lo que querían y que no dudaban en mostrárselo. Juliet era una mujer adulta, y ambos sabían cómo acabaría aquello si seguían por ese camino.

Él no dejaba de tocar aquel cuerpo sexy y femenino, y ella no se apartaba. Aquello tenía que haber sido muy fácil, y sin embargo no lo era. Gregor no sabía por qué, excepto...

–Necesito saber que es esto lo que quieres –dijo, incapaz de contenerse más.

La respuesta de Juliet consistió en colocarle una mano sobre la mejilla y él se dio cuenta de que estaba temblando, no de miedo, porque no estaba rígida en sus brazos, pero sí de deseo. Eso le hizo sentirse diez veces más fuerte y poderoso de lo que se había sentido

en toda su vida y aún siguió esperando, sin animarla y sin dejarla desanimarse.

Él quería que supiera que, a pesar del comportamiento machista que podía estar teniendo, le estaba dando una oportunidad para que lo echara de la tienda. Si eso era lo que Juliet quería, él lo aceptaría.

Como si de una recompensa por su paciencia se tratase, ella le puso la otra mano también sobre la mejilla y lo besó con infinita ternura. Fue el beso más dulce del mundo.

El mismo que una chica le habría dado a su primer novio, con labios suaves y temblorosos, el que no sabría apreciar un joven alterado, pero que podía robarle el corazón a un hombre. Juliet no podía ni imaginar cuánto le estaba costando dejarla tomar la iniciativa y marcar el ritmo; no podía entender que su ternura lo estaba quemando por dentro de un modo que no lo habían hecho ni los besos más calientes que le habían dado.

Después se dio cuenta de que ella tenía la cara bañada en lágrimas y supo que era un idiota. Aquello no era un juego. Iba más allá de su imaginación y, si no podía tenerla y hacerla suya, ni aquella noche ni el día que se hubiera ganado su confianza, se moriría.

Y recordando su pasada arrogancia, su determinación a no acercarse a ella hasta que no lo llamase a gritos, sintió vergüenza. En ese momento, lo único que Gregor se merecía era que ella se apartase y le aconsejara buscarse un taxi porque la velada había acabado.

Capítulo 10

Juliet?

Greg no podía soportar su silencio por más tiempo, y esa vez era él quien suplicaba,

Entonces, un rayo de luz que se colaba por la ventana trasera de la tienda le dejó ver una sonrisa y ella dijo:

–¿Puedes esperar para tomar el café?

Juliet abrió los ojos. Se sentía nueva, como una recién nacida.

Por una vez no había pensado en su madre, en sus jefes o en la empresa... Llevaba toda la vida intentando complacer a los demás y la noche anterior se había arriesgado al tomar una decisión pensando sólo en sí misma.

A su lado estaba su atractivo, tierno e increíblemente sexy caballero, que se había ocupado de todos los dragones que la rondaban. El sol de la mañana brillaba sobre su piel y ella fue incapaz de resistirse a tocarlo hasta llegar a la clavícula. Después, sus dedos cambiaron de dirección y fueron hacia abajo...

Él le atrapó la mano antes de que pudiera provocar serios daños.

–Princesa, tenemos que hablar.

–¿Sí, McLeod?

–Oh, no empieces con eso otra vez. Te prometo que nunca he llamado princesa a ninguna otra mujer en toda mi vida.

El sol se ocultó tras una nube.

«No hagas caso», le dijo su subconsciente a Juliet. Eso se le daba bien, el no hacer las preguntas que podían hacerle daño, evitar el dolor. Pero la noche anterior algo había cambiado.

–¿Nunca? –retó ella.

–Nunca.

Sólo sabiendo que estaba mintiendo se podía haber apreciado la pausa de milisegundos que se tomó antes de responder, como si hubiera dudado entre decir la verdad o no, y al final se hubiera decidido por lo último.

Aquello no debía sorprenderle ni importarle, era una mentirijilla de nada para tapar su despiste y hacerla sentir especial.

Una noche en los brazos de Gregor McLeod no era lo que ella había escrito en su cuaderno, pero entonces era una niña romántica que no sabía nada de la vida, pero eso daba igual. La noche anterior había servido para tachar otra cosa de su lista de plan de vida, otro ladrillo en la pared de su ambición, pero ¿por qué el corazón se le estaba rompiendo en mil pedazos?

–Juliet, Juliet, Juliet –repitió él, tomándole las manos para besárselas y mandar una oleada de deseo a todo su cuerpo–. Por favor...

–Lo siento, McLeod –dijo ella, que nunca se había sentido tan agradecida de ser interrumpida por el timbre de la librería. Nada más habría podido salvarla del deseo que podía ver en sus ojos... Al menos eso había sido real–. Me temo que es mi madre –y empezó a buscar su ropa por todas partes–. Me va a ayudar hoy en la tienda.

Él se puso de lado para mirarla, y ella se sintió desnuda de repente.

–Yo también puedo ayudar. Después podríamos hablar.

Ella le dejó su ropa a su lado.

–Eso tendrá que esperar. Tú no estás en la lista de cosas que tengo que hacer hoy.

Él no se inmutó mientras la miraba sacar ropa interior limpia de un cajón, pero se rindió al no encontrar sujetador y se puso unos vaqueros y una sudadera.

–Te has puesto la sudadera al revés –dijo él.

Casi se la había quitado cuando se dio cuenta de que no era así.

–Muy gracioso.

–No puedes culparme por que quiera tenerte desnuda más tiempo. Dile a tu madre que tienes otras cosas que hacer.

Él no sentía ninguna vergüenza, tumbado boca arriba con las manos detrás de la cabeza, como si fuera a quedarse en la cama todo el día, esperándola para poder continuar donde lo habían dejado. Ella sintió una respuesta interior de deseo y calor, pero ése era el problema de las tentaciones, que una vez que uno se rendía a ellas, era más difícil decir que no. Por eso tenía que alejarse. Apartó la mirada de él e intentó ignorar lo que su cuerpo le pedía.

–Quiero que remoloneemos un ratito, que hablemos un poco, que comamos algo... tenemos todo el día –dijo él.

–Tal vez tú lo tengas, pero yo no. Sal por las escaleras de atrás cuando te marches.

–¿Para qué viene tu madre a la tienda?

–Me va a ayudar a prepararla para mañana.

–Si hay trabajo duro, me necesitarás.

–Vas en traje, McLeod –uno caro con firma de diseñador, lo cual no le había sorprendido después de la Harley, el Jaguar de época y otras cosas.

Tal vez trabajara para sí mismo, pero Gregor McLeod no era un chapuzas cualquiera; sólo le había pinchado con ello para que le dijera la verdad, pero no lo había hecho. Se había conformado con la tierna historia de su hija, pero no le había dicho nada sobre sí mismo.

–Iré a casa a cambiarme.

–¡No! No lo entiendes, en cuanto mamá te vea, se dará cuenta de todo –tragó saliva.

–¿De qué? ¿De que hemos pasado la noche juntos? Ya no eres una niña.

–No es eso –él frunció el ceño al oírla–. Es sólo que...

–¿Qué?

¿Cómo iba a explicárselo?

–Que ya he tirado mi vida por la borda y ella ha sido la que me ha ayudado a volver a ponerme en pie. Cuando te vea, verá que eres el tipo de hombre del que una mujer sensible y cuerda debería huir. Admitámoslo, McLeod, no eres un buen chico.

Él hizo como si se ofendiera.

–Claro que lo soy. Soy muy bueno y me lo dijiste mil veces anoche –sonrió y puso voz femenina–. «Oh, Gregor. ¡Oh, sí! Gregor que bueeeeeno eres...»

Juliet se puso colorada.

–¡Por favor!

–Estás irresistible cuando te pones así.

–¿Entonces, si te lo pido por favor, te marcharás? –dijo ella, aprovechando la oportunidad–. No puedes resistirte, ya lo sabes.

–Dame un beso y me lo pensaré.

–¡Jooools! –su madre la salvó de la tentación. Miró por la ventana y la vio–. ¿Estás despierta?

–¡Espera un momento! ¡Bajo enseguida! –ella tomó sus llaves y dijo sin mirarlo–: Tengo que irme.

Greg saltó de la cama bloqueándole el paso. Él había metido la pata, no ella, y quería que lo supiera. Había pensado que sería muy listo tomándole el pelo, y que podría disfrutar con una mujer que no estaba con él para pedirle un empleo o que le pagara la cena. Pero la noche anterior se había dado cuenta de que estaba engañándose a sí mismo, que desde que oyó su voz sabía que aquello no era un flirteo cualquiera. Era diferente. Estar con ella y hacerla feliz era más importante que cualquier otra cosa y tenía que decírselo. Tenía que decirle todo.

Había pensado que tendrían todo el día para hablar, después de desayunar en la cama y ducharse juntos...

–Deja que me marche, McLeod.

Pero había vuelto a llamarlo McLeod, por culpa suya, por haberla llamado princesa cuando estaba alerta. No le había importado cuando estaba perdida en las llamas del deseo, y él pensaba incluso que no le importaba en absoluto, que era una especie de juego verbal. ¿Estaba usando su apellido sólo para poner distancia entre los dos? ¿Por qué iba a hacer eso?

–No, espera un momento –si pudiera hacerla reír...–. ¿Te enfadas conmigo por llamarte princesa y dejas que tu madre te llame «Jooools»?

–Se ha ganado el llamarme como quiera. Apártate, McLeod.

Ni una sonrisa.

–¿Eso es todo? –preguntó él con un toque de desesperación, sabiendo que perdía algo precioso–. ¿Me despides sin tan siquiera un beso?

–Nada de besos –dijo ella mirándolo a la cara–. Te invité a cenar y la cuenta está saldada. No hagas ruido cuando te marches.

Nada le había sonado nunca tan definitivo como aquello.

Ella alargó la mano para abrir la puerta y se le cayó uno de los zapatos. Los dos se agacharon para recogerlo, pero él fue ligeramente más rápido. Cuando se lo tendió, ella lo miró con los ojos brillantes y dijo:

–Gracias.

Juliet bajó las escaleras de tres en tres y abrió la puerta para que entrara su madre.

–Por Dios, Jools, tienes un aspecto terrible.

–Lo siento, me he quedado dormida. Ha sido una noche muy larga –larga, preciosa y que le había roto el corazón.

Se había engañado a sí misma diciéndose que una noche sería suficiente, pero la tentación de pasar con él todo el día le decía lo equivocada que había estado. Iba a ser difícil asumir aquello, seguir adelante, pero si hubiera accedido a pasar el día con él, no se habría recuperado nunca del dolor de perderlo.

–¿Pones la tetera en marcha mientras doy de comer a Archie?

–Te estás cargando con demasiado trabajo, Jools –afirmó su madre.

–No, tengo que mantenerme ocupada. Creo que podría escribir un libro de auto ayuda para mujeres –la miró–. Ya sabes, algo así como *Gestiona tu ajetreada vida*. Tal vez también escribir artículos para las revistas femeninas... He investigado un poco –investigaría un poco.

–Deberías escribir un libro de misterio en el que una mujer descubre al asesino tramposo que intenta apoderarse del mundo. Apuesto a que sería un bestseller.

–Dos buenas ideas en una mañana –logró sonreír–. Lo pondré en mi lista –miró a su alrededor buscando el cuaderno, pero en su prisa por escapar, se lo había dejado arriba–. Lo haré después. Ahora

tenemos muchos libros que colocar, un escaparate que decorar y muchas cosas más.

Aunque no estuviera lo suficientemente ocupada para ignorar el dolor, por lo menos no tendría tiempo para pararse a pensarlo y hundirse en la miseria.

Fue como si lo hubieran golpeado con un martillo.

Greg se quedó inmóvil durante lo que le pareció una eternidad. Lo había sabido desde el primer momento que la vio; había algo en su voz, en sus ojos y en su pelo claro que había despertado un recuerdo dormido.

Pero ella era una niñita delgada con una trenza que dejaba escapar mechones de pelo; un grupo de chicas de unos trece años, con la cara maquillada y la falda muy corta, se estaba riendo de ella. Al intentar escapar, ella había tropezado y se había caído, esparciendo el contenido de su mochila por el suelo. Él se había acercado a ella y había rescatado un cuaderno antes de que se lo quitara una de aquellas tigresas. Después la había ayudado a recoger el resto de sus cosas.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas y temblaba como una hoja cuando él le tendió el cuaderno. Ella lo había mirado y había dicho «Gracias» con voz suave y dulce. Y él había respondido: «A tus órdenes, princesa».

Nunca supo cómo se llamaba, simplemente la llamaba «princesa», porque su voz le sonaba a la de una princesa, pero procuraba que nadie se metiera con ella cuando él estaba cerca.

Dios, ella debió de reconocerlo desde el primer momento. ¿Por qué no había dicho nada? Qué pregunta tan estúpida. Él se había proclamado caballero andante en el momento en que la vio, como un idiota pagado de sí mismo, creído y esperando una cálida bienvenida por su buena obra. Ella lo había recibido en silencio y había esperado a que él la reconociera también.

Pero mientras que él no había cambiado demasiado, incluso seguía conduciendo una moto, Juliet...

Su princesita se había transformado completamente. Era una mujer, una mujer hermosa, segura de sí misma y sexy. ¿Cómo iba a esperar que supiera que era aquella niñita vestida con ropa de segunda mano?

Pero él lo había sabido, no de forma consciente, claro, pero por eso y sin pensar la había llamado «princesa».

Ella habría pensado que la había mentido, pero no lo había hecho. Ella era la única a la que había llamado así. Tenía que decírselo, mostrarle que era verdad. Tenía que hacer que lo escuchara, así que, sin perder más tiempo, acabó de vestirse, tomó sus llaves, la cartera y el cuaderno y usó su móvil para pedir un taxi que lo esperara al final de la calle. Esperaba que su arquitecto no tuviera otros planes aquel día.

Juliet estaba agotada. Había trabajado hasta la extenuación para evitar pensar. Estaba demasiado cansada para comer y la visita al hospital la había agotado por completo. Cuando llegó al piso, sólo tuvo fuerzas para caer rendida en la cama. Lo último que recordaba era que las sábanas olían a Gregor McLeod y que lavarlas le resultaría durísimo.

—Continuaré con el piso ahora que hemos acabado con esta parte, señorita Howard.

Juliet estaba hecha un lío. Dave le había contado que se había quedado sin trabajo cuando Duke declaró bancarrota y que a su edad le habría resultado complicado encontrar otro trabajo. Y, por el bien de Maggie, el piso necesitaba la pintura tanto como la tienda.

Pero no quería contraer más deudas con McLeod.

—Preferiría que pintaras el exterior de la tienda, Dave, si no es mucho pedir. Negro brillante con las letras doradas. ¿Conoces a algún buen rotulista? Maggie y yo hemos decidido cambiarle el nombre a la tienda: Sangre y Besos. Me gustaría que estuviese acabado para cuando salga del hospital.

—Dígame lo que quiere, y yo lo haré.

Pensó en el caro traje que llevaba McLeod e intentó no sentirse demasiado culpable.

–¿Greg? ¿Dónde estás?

–Neil, ahora no puedo hablar.

–Tienes que escucharme. Marty Duke tal vez haya abandonado el país, pero se ha dejado aquí a su mujer, que está contándole un montón de cosas a la prensa...

A pesar de la escalera de pintor apoyada en la fachada, que tenía efecto disuasorio sobre los clientes, Juliet estuvo muy ocupada empaquetando los libros que no iban a vender para devolvérselos a las editoriales, preparando los pedidos que le acababan de llegar por correo y hablando con un amigo de Saffy para hacer una página web de la tienda.

Un letrero en el escaparate invitaba a los interesados en unirse a un club de lecturas de intriga a ponerse en contacto con la madre de Juliet.

Después de comer, envió a Saffy a la panadería a buscar las tartas que había pedido para la reunión mensual del club de lectores de novelas románticas, que se celebraría en la librería.

–Juliet, ¿tu madre ha vivido alguna vez en Milsom Street? –le preguntó Saffy cuando volvió.

–Hace muchos años –antes de que ella naciera–. ¿Por qué lo preguntas?

–Una persona que estaba leyendo el letrero me lo ha preguntado.

Juliet se levantó y salió para encontrarse con un hombre más bien alto, delgado y elegante y le ofreció la mano.

–Soy Juliet Howard. Creo que ha preguntado por mi madre.

Él se quedó tan pálido que ella pensó que se iba a desmayar, así que lo condujo al interior, a una de las amplias sillas que había colocado en el interior de la tienda.

–Saffy, trae un vaso de agua.

—No, no. Estoy bien, ha sido sólo la sorpresa. Te pareces mucho a ella —él sacudió la cabeza—. Nunca pensé que estuviera casada y tuviera hijos.

—¿Cómo?

—Becky, Becky Howard. ¿Es tu madre? —no esperó a que le respondiera—. Eres idéntica a ella. Para mí, siempre será la chica con vaqueros y camiseta blanca que me despedía con la mano en la estación de Melchester mientras el tren se alejaba.

—¿Conocía a mi madre?

—Éramos unos niños. Mi familia se mudó a otra ciudad y yo le escribí para darle mi nueva dirección. Prometió que me escribiría...

Y entonces fue cuando Juliet se dio cuenta de que estaba mirando a su padre. No la había abandonado, simplemente no sabía que existía, porque su madre no se lo había dicho.

—¿Dónde se fueron?

—A Cornualles, primero. Mi padre tenía que trasladarse por trabajo muy a menudo. Yo no quería ir, pero los dos estábamos aún en el instituto. Habría vuelto, pero al no escribirme pensé que había encontrado a otra persona. Éramos muy jóvenes...

—¿Y usted? ¿Encontró otra mujer?

—Nadie soportaba la comparación con Becky. No podía imaginarme casarme y vivir con otra.

—Saffy —dijo ella, intentando mantener la calma a pesar de estar en medio de un remolino de sensaciones—. ¿Puedes llamar a mi madre? Dile que deje lo que esté haciendo y que venga enseguida. Y luego haz un café. O tal vez prefiera usted té... Lo siento, no sé su nombre.

—Walker. James Walker. Y le agradecería una taza de té. Gracias.

—¿Jools? —su madre entró por la puerta a los cinco minutos—. ¿Qué pasa?

Y entonces, cuando vio al hombre ponerse de pie, dejó caer todo lo que tenía en las manos y exclamó:

—¡James!

Extendió un brazo e hizo ademán de retirarlo enseguida, pero él fue más rápido, lo atrapó y un segundo después estaban abrazados.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Saffy.

–Romance, Saffy. Chico conoce chica, chico pierde chica, chico vuelve a encontrar a la chica –con una mano le señaló la sección que iban a dedicar a los libros de romance–. Ahí puedes encontrar toda la información necesaria.

Pero entonces vio en el suelo el periódico que acababa de dejar caer su madre. Uno de los titulares decía: «Constructor misterioso al descubierto».

Y bajo el titular había una foto de Gregor McLeod.

Tras ella, la campanilla de la puerta repicó y Juliet supo a quién iba a ver antes de girarse.

–Juliet...

–Señor McLeod. ¿A qué debemos tanto placer? ¿Ha venido a visitar su nuevo aparcamiento?

–He intentado llegar antes de que lo vieras.

–¿Por qué? –se sentía muy tranquila, o tal vez estuviera paralizada, con el cerebro entumecido por tantas cosas como habían pasado–. ¿Qué habría cambiado eso?

–Iba a decírtelo... –dudó un instante al ver a su madre y a James, que estaban mirándolo.

–Por favor, no seas tímido. Ibas a decírmelo ayer. ¿Acaso pensabas que una vez que me hubieras llevado a la cama renegaría de mis planes? ¿Que me olvidaría de Prior's Lane y de la gente que trabaja aquí? ¿De tu querida Maggie?

La tienda parecía estar llena de gente, pero a ella no le importó. Cuanta más gente escuchara qué tipo de hombre era, mejor.

–Te crees muy listo, McLeod, haciendo como si estuvieras interesado en lo que estamos haciendo para salvar Prior's Lane, haciéndome preguntas y volviendo al tema cuando yo lo dejaba. Incluso me dejaste pagar, tacaño.

–Juliet, por favor, deja que te lo explique...

Ella era consciente de que se estaba portando mal, pero llevaba toda la vida portándose bien, mientras que la gente a su alrededor mentía sin parar.

–¿Qué? ¿Ya no soy tu princesa?

Tal vez él se diera cuenta de que no tenía nada que hacer o que explicar de su traición, porque no respondió.

–No, está claro que no –siguió diciendo ella–. Bueno, tal vez pienses que has ganado, que me hundiré en un agujero y dejaré de molestarte, pero te equivocas –dio un paso hacia él–. Estoy harta de hacer lo que otras personas quieren de mí, de huir de los enfrentamientos. Lucharé contra ti –le agarró la solapa del abrigo de lana que llevaba–. Haz todo el mal que puedas, pero no conseguirás destruir el valor de ciertas personas.

Él le tomó la mano antes de que la retirara.

–Juliet, te quiero.

Ella se echó a reír.

–¡Por favor! Ahora es que estás desesperado.

Al darle la espalda se dio cuenta de que había una docenas de mujeres boquiabiertas tras ella.

–¿Sois del grupo de lectura de romances? –preguntó–. Lo siento, pero estamos teniendo un día extraordinario. Mi padre perdido durante años acaba de aparecer de la nada, al igual que el hombre que quiere convertir esta zona en un inmenso aparcamiento. Sólo falta el hombre que me robó mi puesto de trabajo para tener el lote completo.

–¡Juliet!

Aquella vez era su madre, pero también la ignoró.

–Señoras, pueden pasar a la parte de atrás. He hecho todo lo posible para que estén cómodas y si quieren té o café, pueden pedírselo a Saffy –después, como nadie decía nada, dijo–: Si me disculpan, necesito ir a un sitio donde pueda gritar.

La carrera hasta el segundo piso no logró apagarle las ganas de gritar. No estaba lista para enfrentarse a las personas de las que intentaba huir.

Tarde o temprano tendría que disculparse por su comportamiento ante todos ellos, o ante la mayoría, pero aún no. No hasta haber tenido tiempo para asimilar aquella terrible traición.

Tomó su abrigo y su bolso y salió por la parte de atrás, pero en cuanto abrió la puerta, descubrió que Gregor se había anticipado a sus pensamientos y que le había cortado la retirada.

–Tenemos que hablar –dijo él.

–No tengo nada que decir...

–Pero yo sí. Podemos entrar o dar un paseo.

–Yo... yo... –balbuceó Juliet.

–Vamos a dar un paseo –dijo él, tomando el abrigo que ella aún no se había puesto y sujetándolo para que se lo pusiera–. Hace frío –dijo, cuando ella se resistió a la invitación.

Se rindió y cerró la puerta de un golpe. Después echó a andar en dirección al río, dejando a su elección el seguirla o no. No se paró hasta llegar al puente. Allí se apoyó en la barandilla para tomar aliento y parpadear para contener las lágrimas provocadas únicamente por el aire frío.

Río abajo, los almacenes abandonados se reflejaban en el agua y ella deseó haber elegido otra dirección, hacia la catedral o algún otro sitio que McLeod nunca pudiera poseer.

Él llegó a su lado con una taza de té humeante que se había parado a comprar en un puesto callejero.

–¿Era tu padre? ¿El hombre de la librería?

–Eso parece.

–¿Qué sientes?

Ella lo miró. ¿Quería hablar de la inesperada visita de su padre?

–¿Cómo crees que me siento? Mi madre me mintió. Me dijo... Me dejó creer... que nos había abandonado a las dos.

–¿Y no lo hizo?

–No tenía ni idea de mi existencia. Cuando me vio, pensó que mi madre se había casado con otro... que era la hija de otro hombre –no servía de nada luchar contra las lágrimas, así que se volvió hacia él–. ¿Por qué hizo eso?

–Puedes preguntárselo –dijo él, encogiéndose de hombros–. O usar tu imaginación. Ambos debían de ser muy jóvenes.

–Aún estaban en el instituto, pero tú ya sabes algo de eso.

–Sí. Tal vez ella quisiera liberarlo para que hiciera todo aquello de lo que era capaz. Tal vez lo quería hasta ese punto. Si él lo hubiera sabido, nada lo habría apartado de ella.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque si yo no lo hubiera sabido, mi hija se sentiría como te has sentido tú hasta ahora.

–¿Y crees que Fiona pensaba en ti cuando quiso ocultártelo?

–Fiona pensaba sólo en ella, pero nosotros no estábamos enamorados.

Ella tomó un sorbo de té e hizo una mueca.

–Le has echado azúcar.

–Supuse que te vendría bien. Juliet, no te he mentado.

–No me has dicho la verdad.

Él miró al río.

–Cuando te llamaba princesa era por puro instinto –confesó.

Ella frunció el ceño. Eso no era de lo que estaban hablando, y él lo sabía.

–No es un apelativo cariñoso que use con frecuencia, aunque no te culpo por creer lo contrario. La verdad es que sólo lo había usado una vez antes. Había una niña delgada en el colegio... tenía unos enormes ojos de color gris plateado –al verla temblar, se quitó la bufanda para ponérsela alrededor del cuello, antes de pasarle el pulgar por la mejilla–. Sus ojos también estaban llenos de lágrimas.

–Gregor...

–Se le cayó la mochila y le ayudé a recoger sus cosas –sacó algo del bolsillo y le mostró el cuaderno negro.

Juliet tragó saliva.

–Me preguntaba qué habría hecho con él –dijo ella, sin llegar a tomarlo de sus manos.

–Lo tomé ayer por la mañana por error –dijo él, dejándolo sobre la barandilla de piedra–. Tengo uno muy parecido.

–Lo sé. Escribiste en él las medidas del cristal. Supongo que lo habrás leído.

–Si hubiera sido un verdadero caballero andante como Lancelot, me habría resistido, pero no lo soy ni pretendo serlo.

–No.

–Es impresionante. No sé si te haces a la idea de que has conseguido casi todo lo que te propusiste.

–Soy muy disciplinada. Una pena, lo del puesto de dirección.

–Me importa más que la mayoría de las cosas que están por tachar se encuentran en la parte más divertida de la lista. Creo que deberías trabajar en ello.

Pero ella ya había dado un gran paso al pasar la noche con él, aunque no pareciera el momento más adecuado para decírselo.

–¿Empiezo por cortarme el pelo? –dijo ella.

–Tienes un pelo precioso, pero si es lo que quieres...

–No. Nunca quise eso realmente, sólo quería ser como los demás.

–Igual que lo de Disney World. Yo tampoco he estado nunca.

–Eso lo reservo para cuando tenga cuatro hijos.

–Ya lo había visto, pero la verdad es que deberías ponerte manos a la obra cuanto antes –dijo Gregor.

–Muchas gracias.

–Y como padre elegido, me encantaría colaborar en todo lo que me pidas, pero tengo que insistir en que hagas de mí un hombre honrado y te cases conmigo primero –hasta entonces había estado muy serio, pero en sus ojos había ido creciendo una sonrisa de esas que acaban metiendo a las mujeres en líos–. No es una oferta que haga a menudo, Juliet. Es la primera vez.

–¿Lo de los niños o lo del matrimonio?

–Las dos cosas.

Ella intentó no sonreír y que la felicidad no se reflejara en sus ojos.

–Gracias, McLeod, pero será necesario algo más que una promesa de hijos y matrimonio para hacerme olvidar los planes que tienes para Prior's Lane.

–¿Alguien te ha dicho alguna vez que se lo pones muy complicado a los caballeros andantes, princesa?

–¿Esperas menos de la futura madre de tus hijos, McLeod?

–No, la verdad es que no –admitió él–. Tal vez si te muestro lo que tengo en mente para esta parte de la ciudad, reconsideres mi oferta.

Antes de esperar su respuesta, él sacó del bolsillo un sobre grande y extendió su contenido sobre la barandilla del puente.

–Es algo muy esquemático –dijo él–. Hilliard me lo dibujó ayer y le dije que trabajara contigo sobre ello.

Ella se quedó mirando el croquis de Prior's Lane con el aspecto que había imaginado, incluso con el elegante tejadillo de forja que protegería a los paseantes de las inclemencias del tiempo.

–No sé qué decir, Gregor.

–¿Sí? –dijo él, doblando el croquis.

–¿Sí?

–Si dices que no, tal vez me decida por construir un aparcamiento, después de todo.

–¿Qué? Eso es chantaje.

–Ya lo has dicho antes... soy malo.

Ella no pudo contener la sonrisa por más tiempo.

–Tal vez sea demasiado severa, pero...

–¿Aún hay más?

–He estado pensando en el solar y la tienda de Duke. Hay muchos hombre desempleados que trabajan bien y me da la impresión de que podrías organizar una especie de cooperativa con un director de oficina para ocuparse del papeleo... –dijo ella.

–Sólo si tú lo organizas.

–Puedo hacerlo.

–No lo he dudado ni por un instante, pero hay algo más que aclarar –dijo él, sacando el ticket de su tarjeta de crédito del restaurante y devolviéndoselo.

–¿Qué es esto?

–Es para decirte que, si te decides a decirme que sí, no te vas a casar con un hombre tacaño.

Ella se quedó mirando el ticket cancelado, después lo miró a él y, cuando la tomó en sus brazos, no hubo necesidad de decir nada más. Sus labios le decían que sí de un modo más elocuente que cualquier palabra. Tal vez fuera por eso por lo que ninguno de los dos oyó el ruido que hizo el cuaderno al caer al río y hundirse en el agua sin dejar rastro.

–¿Qué es esto? ¿Más cartas de fans de la recién nacida?

Juliet miró a su marido, que tenía los ojos fijos en el precioso bebé que dormía en una cuna a su lado, y no pudo evitar una sonrisa.

–Hay una tarjeta de Chloe, llena de deseos de felicidad y agradecimientos a su padre por darle una hermanita por fin. Va a venir este fin de semana para derretirse ante ella en persona –le pasó la nota para que pudiera leerla–. También hay una postal de mis padres. Parece que la enviaron justo antes de tener que interrumpir su luna de miel. Me siento tal culpable por eso...

–Pueden repetirlo cuando quieran. ¿Hay alguna tarjeta de Maggie?
–preguntó Gregor.

–Espero que no esté trabajando demasiado.

–Jimmy está cuidando bien de ella.

–Mmm. No sé si es coincidencia que el trabajo ideal le haya caído del cielo justo con el desarrollo del proyecto –dijo Juliet.

–Para eso están los amigos. ¿Qué es eso?

–¿Esto? –dijo ella, tomando un sobre de color crema–. Es sólo una nota de Lord Markham preguntándome si estoy dispuesta a ingresar en la junta directiva de Markham & Ridley. Por alguna razón, los accionistas no parecen haber quedado muy impresionados con el nepotismo de su último nombramiento.

–¿Ha sido un buen día, eh? ¿Cuánto te ofrecen?

–El doble de la cantidad con la que me habría conformado, si hubieran sido listos.

–¿Te tienta?

–En absoluto –dejó caer la carta al suelo para tomar a su niña en brazos y ponerla en los brazos de su padre. Después, inclinándose para besarla, dijo–: Todo lo que necesito está aquí.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta
apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta
la última página.



ENEMIGOS Y AMANTES

CHARLENE SANDS

La hija de su rival

YVONNE LINDSAY

Pacto por venganza

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)